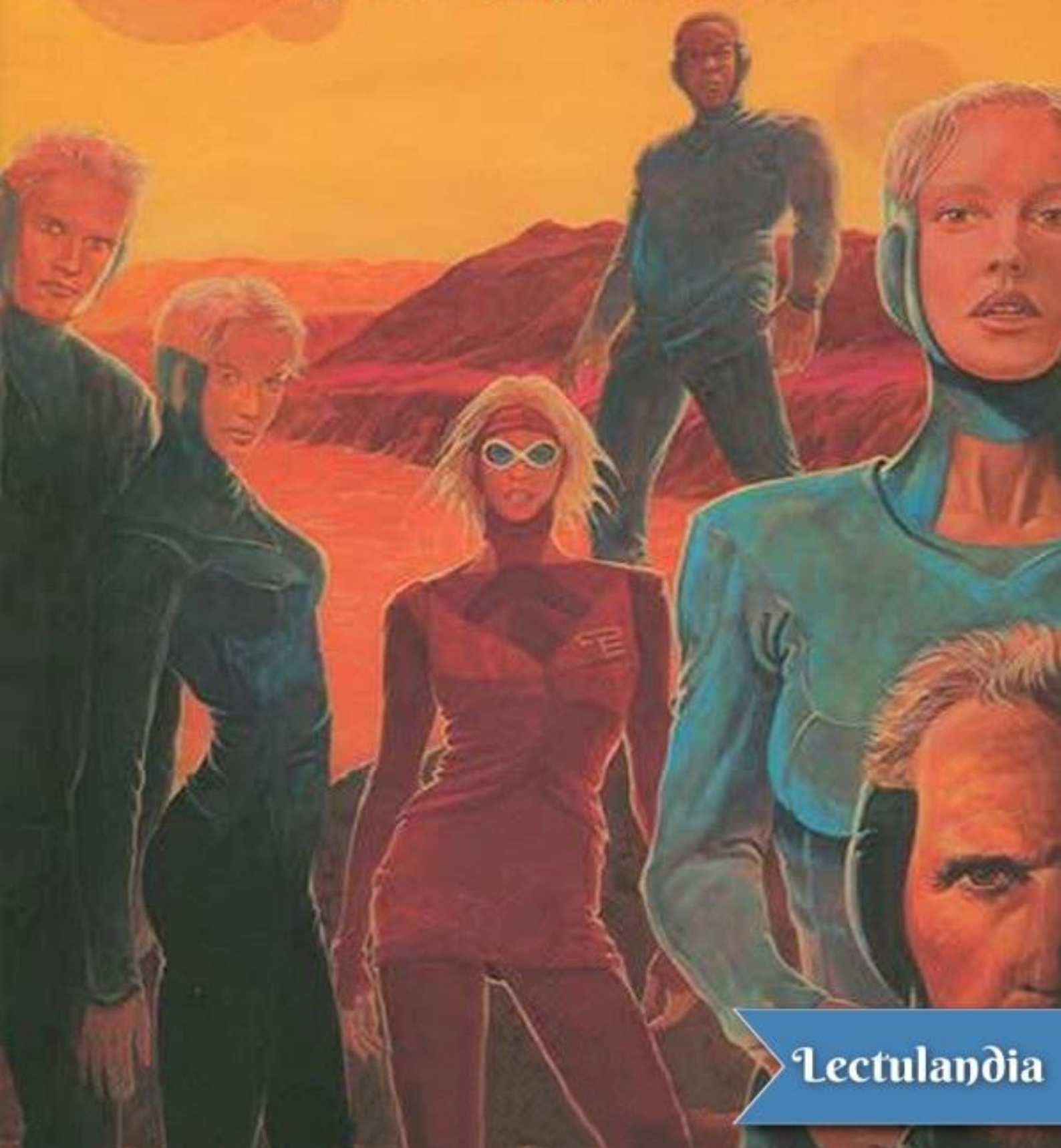


# ***ENEMIGOS DEL SISTEMA***

**BRIAN ALDISS**



**Lectulandia**

*Enemigos del sistema*, para muchos una de las mejores novelas de Brian Aldiss, es una estremecedora distopía, absolutamente implacable con los totalitarismos, que por su calidad literaria podemos situar al lado de excelentes obras de anticipación como *1984*, Georges Orwell, o de *Un mundo feliz*, de Huxley.

En una sociedad dominada por la lógica más insensata y por la disciplina más férrea, la pérdida de algunos de sus miembros más cualificados en un planeta aún por domesticar constituye un riesgo para todo el sistema. Seis superhombres en un mundo hostil, en el que sus esquemas mentales de poco les van a servir, se verán de pronto acechados por los homo sapiens, cuya mentalidad, es evidente, también deja mucho que desear.

Mediante una estimulante aventura, llena de momentos tensos, de giros inesperados y de diálogos de una concisión extraordinaria, Brian Aldiss acompaña con sutileza al lector a una interesantísima reflexión acerca de la naturaleza humana y sus estructuras sociales. Tanto quien busque el placer de la aventura como quien valore el trasfondo filosófico y político en las obras de ciencia ficción no podrá escapar al talento innegable de Aldiss.

**Lectulandia**

Brian W. Aldiss

# **Enemigos del sistema**

**ePub r1.1**

**Trips 22.04.14**

Título original: *Enemies of the System*

Brian W. Aldiss, 1978

Traducción: Domingo Santos

Retoque de cubierta: Trips

Editor digital: Trips

Corrección de erratas: quimeras, Trips

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para mi estimado amigo Jon Bing  
en su fortaleza del norte.

*¿Habéis oído ese silencio  
cuando los pájaros están muertos  
pero algo pía como un pájaro?*

# Capítulo I

Sonaba una música entusiasta mientras avanzaban desde los edificios de la terminal hacia el ferry.

Sin agitación, sin empujarse, se fueron situando en los relajadores mientras aguardaban a que el ferry partiera. En número similar de hombres y mujeres, un total de cincuenta y dos de ellos ocuparon sus lugares sin aparentar inquietud alguna. Sus ropas, tan similares en corte y tan apagadas en color y material, llegaban a parecer un uniforme, y sus cabellos, sin importar a qué sexo pertenecieran, estaban cortados aproximadamente a la misma longitud; todos los rostros parecían imperturbables, casi inexpresivos. Se trataba de la élite del sistema, que emprendía su viaje de vacaciones hacia el planeta clasificado de Lysenka II.

El ferry despegó en silencio y a la hora prevista. Ciudad de la Paz Mundial y la propia Tierra se encogieron tras ellos y, tras comprobar cómo el planeta desaparecía de sus vistas, se volvieron y se sonrieron con circunspección. No se conocían y nadie sabía quién era quién; incluso entre la élite existían varios grados de poder.

Del ferry, los pasajeros transbordaron a una nave TransAbismo que les aguardaba en una órbita de aparcamiento en torno a la Luna. Tan pronto como el ferry se hubo alejado, la TransAbismo estableció su campo de atracción e inició su costosa maniobra. La Tierra desapareció como un ojo que cayera por un desagüe, el Sol se transformó en una mota de luz y desapareció. El tiempo se convirtió en una serie de ecuaciones.

Al saberse fuera de riesgo, los turistas podían ya relajarse y entrar en contacto los unos con los otros. En términos de espacio ordinario, la distancia del Sistema Solar al Sistema Lysenka era de 50,2 años luz, de modo que los pasajeros tenían cuarenta horas de transferencia entre sistemas, durante las cuales podían permitirse establecer relaciones sociales o compartir actividades.

La TransAbismo era una nave espaciosa, bien equipada con salones, restaurantes, miradores panorámicos, una suite acuática y habitaciones privadas. Como se trataba de gente importante, la mayoría de los turistas hacía valer su estatus paseando con porte digno entre las concurridas estancias en caso de que no hubiesen tenido tiempo de hacerlo antes de embarcar en Ciudad de la Paz Mundial; las azafatas, en sus uniformes azules de la compañía TransAbismo, ayudaban a algunos pasajeros a localizar a las parejas que los selectores extrasistema habían elegido para ellos.

Una de las risueñas azafatas presentó a dos pasajeros de alta estatura, un hombre y una mujer, que se tocaron brevemente la punta de los dedos y luego se quedaron mirándose el uno al otro. Con una pequeña reverencia, la azafata los dejó solos.

—Mi nombre es Jerezy Kordan, Ciudadano del Mundo 692 —dijo el hombre, y acompañó con una sonrisa el gesto ya familiar de utilizar tan sólo sus últimas tres

cifras en el primer encuentro—. Me alegro de que nos hayan asociado para estas vacaciones.

En respuesta, la mujer sonrió y recurrió a la misma informalidad:

—Soy la Ciudadana del Mundo 194, Millia Sygiek. Y me complace que el selector lo haya elegido a usted, utopista Kordan, pues sé que seremos compatibles.

Kordan, que poseía un rostro alargado y grave, con labios gruesos que solía mantener fruncidos y unos ojos grises y rasgados, permaneció plantado con firmeza frente a ella, con los brazos distendidos a los costados.

Casi tan alta como él, Sygiek era una mujer de brillante pelo castaño y ojos grises, mentón firme y expresión algo severa hasta que sonreía. Ella cruzó sus manos a la altura de su cintura mientras hablaba.

—Debemos de ser compatibles, puesto que el ordenador nos ha calificado como compatibles. La compatibilidad es una cualidad que ambos debemos apreciar —dijo.

—Sin duda. Está estipulado que el placer es uno de los factores clave de nuestras vacaciones, y la compatibilidad lo garantiza en parte. ¿No considera usted que la compatibilidad es una cualidad positiva, una cualidad constructiva?

—Quería dar a entender que tan sólo algunos progresistas consideran que las relaciones hombre-mujer están un poco pasadas de moda, o incluso que son improcedentes según las necesidades del Sistema, por lo que cuestionan la función útil del sexo.

Kordan hizo un gesto vago con las manos.

—Toleramos a los progresistas en nuestra sociedad mundial —hablaba sin ningún énfasis en particular—. Pero está claro que apenas constituyen cerca de un 1,45 por ciento de la población. —La tomó del brazo como para dejar de lado el tema.

Se dirigían hacia su habitación particular cuando una voz de tenor susurró por encima del latir artificial de la nave:

—Recuerden que las relaciones sexuales son una actividad social aprobada. Son agradables, no hay duda de que incrementan el bienestar físico y mental de ambos participantes y, de este modo, intensifican su valor ante el Sistema. Asíciense con su pareja tanto como les sea posible durante el viaje. ¡Feliz relación!

Sygiek sonrió.

—¿Lo ve? Como somos buenos utopistas, nuestros deseos se adelantan a las recomendaciones oficiales.

Sin embargo, al atravesar uno de los salones de relajación, se distrajeron un instante ante la vista de una hilera de ajedrecomputadores sentados frente a una hilera de tableros de ajedrez en tres dimensiones que aguardaban a que algún humano quisiera jugar contra ellos. Cada ajedrecomputador era tan pequeño como una cabeza humana; su único brazo, construido con una sustancia parecida a la carne, se mantenía doblado a un costado cuando estaba inactivo. Alguien había colocado dos



máquinas una frente a otra y ahora estaban jugando entre ellas el complejo juego.

Cuando terminaba una partida, las máquinas volvían a colocar las piezas con solemnidad y empezaban la siguiente de inmediato. Algunos turistas estaban mirando.

Observando por encima del hombro de uno de los curiosos, Kordan dijo:

—¡Es divertido! Están ejerciendo sus capacidades sólo para ganar a la otra máquina.

El turista que estaba delante de él, un hombre rechoncho de rasgos cetrinos y de estatura menor a la media, lo miró de frente y dijo:

—Sería más divertido si uno de ellos mostrara algo de alegría al ganar.

Una vez se hallaron cómodos en su habitación, Kordan preguntó:

—¿Qué quiso decir ese hombre con que sería más divertido si las máquinas mostraran un poco de placer al ganar? ¿Cómo se puede esperar que una máquina manifieste placer?

—Dijo «alegría». —Ella empezó a desvestirse.

Él seguía concentrado en sus propios pensamientos.

—No cabe duda de que uno debe de experimentar un cierto placer al ganar, aunque «nuestra fuerza reside en nuestra unidad» sea una máxima importante. Ganar implica competir, lo cual no deja de ser una pequeña paradoja, puesto que si tenemos el privilegio de ir de vacaciones a Lysenka II es porque nos hallamos entre los triunfadores del Sistema. ¿Me he expresado de manera correcta?

—Siempre es un privilegio visitar un planeta extrasolar. En el caso de Lysenka II, tengo entendido que se ha abierto al turismo antes de que alcanzara una completa conformidad con nuestras normas culturales, tan sólo para que formara parte de las celebraciones del aniversario.

—Es cierto que la vida animal aún no ha sido sometida, como sin duda tendría que haberlo sido —sus labios se fruncieron—. De todos modos, como historiador con un especial interés en el mundo preutópico, doy gracias por la suerte de poder visitar un planeta en el cual las sociedades animales, tengo entendido, se aproximan a lo que debía de ser la vida en la Tierra antes del Biocom.

Sygiek se quitó las medias y empezó a desprenderse de su túnica de una sola pieza.

—Mi trabajo está relacionado por completo con el presente. No siento ningún interés por el mundo preutópico, ni siquiera durante este año del aniversario —dijo con vehemencia, y frunció los labios a modo de sonrisa.

—Quizá Lysenka II despierte nuevos intereses. Es seguro que vamos a ver cosas incompatibles con la civilización. De todos modos, será mejor que mientras tanto nos reanimes con un poco de compatibilidad. Tiéndase y abra las piernas.

Ella sonrió y se tumbó contra los voluptuosos almohadones, dispuesta a recibirlo

como una yegua a su jinete. De pronto, la imagen del hombre junto a los ajedrecomputadores acudió a su mente.

—Tengamos un poco de *alegría* —dijo.

\* \* \*

Muy pronto, la hermosa y costosa nave había cruzado el abismo de luz que ni siquiera el Estado mundial conseguiría subyugar nunca y se materializaba en órbita alrededor de Lysenka II, mientras algunos comentarios casi subvocales desgranaban datos acerca del sol Lysenka y sus cuatro planetas circundantes, de los cuales tres eran masas turbulentas de gases y sólo uno, el II, era un mundo apropiado en un mínimo para el establecimiento del orden y la ilustración.

Los altavoces del ferry que bajó a los huéspedes a Ciudad de la Paz, la única base construida hasta la fecha en Lysenka II, les dieron la bienvenida:

—Esperamos que disfruten de su estancia en Lysenka II y que sus intelectos obtengan de ella el máximo provecho. Aunque este planeta era conocido del Estado mundial desde hace varios siglos, hasta ahora no se había abierto al turismo. Pueden considerarse ustedes especialmente privilegiados por estar aquí. Para aquellos que trabajamos en Lysenka II, es un honor recibirles sabiendo que su presencia forma parte de las celebraciones especiales que el Sistema lleva a cabo con motivo del millonésimo aniversario del establecimiento del Biocom. Los aspectos benéficos universales del Biocom nunca serán tan apreciados como en este planeta donde todo es primitivo, regresivo y de un orden político-evolutivo muy bajo.

»Así que deseamos que disfruten de su estancia y que ésta sirva para fortalecer su dedicación futura a nuestro bienamado Sistema. Bienvenidos a Lysenka II.

Los pasajeros se miraron entre sí y algunos esbozaron una sonrisa cauta.

Antes de desembarcar en suelo alienígena, todos recibieron la dosis de refuerzo y el tratamiento de acupuntura para aclimatarse al planeta. El ferry descendió en picado y, pasado un momento de silencio más terrible que cualquier abismo de luz, las enormes puertas de salida se abrieron. Tal vez con demasiada rapidez: el cielo, acanelado por las nubes, formaba un techo brillante que cubría a los visitantes del nuevo mundo, quienes parpadeaban y se resistían sin motivo aparente a avanzar.

Unas azafatas, con el uniforme rojo de Turismo Exterior en lugar del azul de TransAbismo, condujeron a los turistas a los ALD o autobuses para largas distancias mientras les sonreían y tranquilizaban. Tan pronto como un autobús estuvo lleno, aceleró hacia una de las carreteras radiales que conducían de Ciudad de la Paz a las zonas salvajes. Los pasajeros inspiraron profundamente y se miraron entre sí, como si el nuevo entorno les forzara a medirse de nuevo entre ellos. Bajo aquella luz poco

habitual, el aspecto de sus rostros era extraño.

El autobús llegó a Dunderzee en una hora-T. Dunderzee era el recién inaugurado complejo turístico de Lysenka, situado en el límite del territorio que los humanos aún no habían explorado desde el propio suelo.

Las azafatas, que todavía se esmeraban en tranquilizarlos, condujeron a los turistas a sus habitaciones en el Hotel de la Unidad, una construcción suntuosa pero que aún no estaba completamente terminada. Cada habitación, además de tener una vista espectacular del salvaje paisaje exterior, exhibía una pared animada que mostraba una panorámica del lago Dunderzee. Cuando Kordan y Sygiek entraron en su habitación, se detuvieron frente a la pared y contemplaron la cascada que alimentaba el lago. Con un suave rumor, el agua caía libremente desde casi mil metros de altura por la ladera carmesí de la garganta Dunderzee. Pesados pájaros planeaban sobre la ladera en dirección a la cascada, internándose luego en la columna de agua blanca.

Mientras se volvía para colocar su maleta en el estante previsto para tal fin, Kordan dijo:

—Aunque he viajado por todo el Sistema y visité dos veces el océano Argyre cuando sus aguas fueron liberadas, la garganta Dunderzee no deja de impresionarme. Me gustará visitar la realidad.

Sygiek se sorprendió de que hablara de manera tan subjetiva, pero no dijo nada, y se quedó observando una partida de criaturas humanoides que se deslizaban enérgicamente entre la espuma del lago.

—Millia, cuénteme algo acerca de usted —solicitó Kordan.

—Puede juzgarme por usted mismo —le miró ella directamente a los ojos. Ambos permanecieron en silencio, mientras se contemplaban el uno al otro.

—¿Dónde nació? ¿En la Tierra? —preguntó él.

—No, yo nací en una ciudad flotante en la llanura de Ust'-Urt, a doscientos cincuenta kilómetros del mar de Aral —señaló hacia el agua que caía sobre la agitada superficie del lago—. No pude ver otra cosa que una llanura inmóvil hasta que tuve doce años, así que quizás esta enorme garganta me atraiga hacia la naturaleza: puedo darme cuenta de que es auténtica.

—Pasado mañana los dos estaremos junto a la cascada real, Millia.

—Sí, debería ser una expedición cultural fructífera. También tengo que relacionarme un poco más con nuestros compañeros turistas, que forman una muestra representativa de los escalones intermedios de la novedad de nuestro Sistema. Y, ahora, si lo desea, puede acompañarme hasta el bar.

—Quedémonos un rato aquí solos, Millia. Me gusta su compañía. Mañana, por fuerza, tendremos tiempo para los demás.

—No haga observaciones antisociales. La unidad es una cualidad que requiere

perpetua renovación. Hemos dispuesto de mucho tiempo a solas en el TransAbismo, ahora intégrémonos en nuestra nueva comunidad.

Él miró la cascada con anhelo mientras salían de la habitación.

## Capítulo II

El Hotel de la Unidad alojaba a unos doscientos huéspedes, todos ellos importantes por derecho propio allá en el Sistema. Jerezy Kordan era un historiador especializado en el Período Clasificado de la Europa preutópica anterior a la introducción del Biocom. Era académico del IEPU, el Instituto de Estudios Preutópicos y, muy probablemente, a su debido tiempo llegaría a canciller. Millia Sygiek se presentaba a sí misma como supervisora de movilidad de población del Sistema. Como tal, su trabajo consistía en viajar por los planetas y satélites del Sistema, comprobando que las comunidades permanecieran equilibradas en tamaño y herencia genética y no degeneraran; la enorme tarea de controlar la circulación migratoria recaía sobre ella y la oficina de MPS.

Por la tarde, se alentó a los recién llegados turistas a que pasearan en la seguridad de los jardines del hotel, a fin de acostumbrarse a las diferencias de gravedad, atmósfera y radiactividad. Había mucho que ver allí, incluyendo un zoológico que albergaba a algunas de las especies autóctonas de Lysenka. Sygiek y Kordan se unieron a otra pareja de turistas, un exobotánico llamado Ian Takeido, hombre joven y tranquilo que había pasado la mayor parte de su vida en el subsistema joviano, y Jaini Regentop, una pálida muchacha especialista en ADN en el Consejo Asesor de Tecnoeugenesia.

La voz de un comentarista, profunda y paternal, les siguió mientras paseaban por una de las amplias avenidas del zoológico.

—Casi todos los árboles que pueden ver a ambos lados están clasificados como *Calamiteas lysenkanas*, o colas de caballo. Su estructura es muy similar a la de los árboles que crecían en la Tierra durante la era carbonífera. Recuerden siempre que Lysenka II apenas acaba de emerger de su equivalente al período devoniano y entra en su era carbonífera. En otras palabras, se halla en el mismo estadio de desarrollo que la Tierra hace unos 370 millones de años.

»Habrán observado también los árboles que nosotros llamamos árboles-caja, variedad que nunca se desarrolló en la Tierra. Cada árbol es, de hecho, una pequeña colonia de árboles en número de más de quince. Al principio, sus troncos crecen a partir de una base común, primero hacia afuera, luego hacia arriba. Y, a medida que envejecen, los troncos se curvan de nuevo hacia abajo, para entrelazar su follaje a unos seis metros por encima del suelo. De este modo se forma algo parecido a una caja, y de ahí su nombre —la voz descendió de tono hasta convertirse en una risita—. Se piensa que esta tendencia a unirse hace de los árboles-caja el primer ejemplo de unidad socialista que hemos hallado en el mundo vegetal de Lysenka.

—Encantador —dijo Jaini Regentop—. Encantador. Y qué pequeño chiste constructivo, también.

\* \* \*

Aquella noche, el Consejo del Hotel de la Unidad celebró una gran recepción, con un banquete y varios brindis y discursos, seguidos de un baile y la actuación de un grupo folklórico traído de Ciudad Bohemia, en Titán.

A la mañana siguiente, al desperezarse, los turistas descubrieron que sus paredes animadas estaban en blanco, y sus radios y pantallas de visión no funcionaban. Sólo las comunicaciones internas del hotel seguían operativas. Un perplejo consejo directivo presentó rápidas excusas y explicó el motivo.

—La suspensión temporal de las comunicaciones externas no afectará la expedición a la garganta Dunderzee prevista para hoy. Los ALD, sus vehículos, funcionan por medio de motores micronucleares. Desgraciadamente, todas nuestras comunicaciones se llevan a cabo vía satélite, así como la mayor parte de la energía que irradia el sol Lysenka llega hasta nosotros también por vía satélite; estas operaciones se hallan temporalmente suspendidas debido a una huelga en el satélite de control en Ciudad de la Paz, pero nos alegra mucho poder decir que el hotel posee su propia reserva de energía para más de una semana. No obstante, rogamos disculpas por todos los inconvenientes y por la avería de sus paredes animadas. Como podrán ustedes apreciar, Lysenka II es un planeta muy primitivo, lo cual a veces contagia su efecto a la naturaleza de la gente. Gracias.

Los huéspedes se miraron con desagrado.

—Los mecánicos y los ingenieros del satélite están intentando renegociar su contrato con el Presidium Planetario —les dijo Ian Takeido a Kordan y Sygiek, en voz baja, durante el desayuno—. Anoche estuve hablando con uno de los técnicos del hotel y parece que, al estar trabajando en un planeta extrasolar, deben cumplir con un contrato de diez años ininterrumpidos antes de poder regresar al Sistema. Pero ellos quieren que la duración del contrato se reduzca a siete años.

—El TransAbismo es terriblemente caro, y usted lo sabe —susurró Sygiek.

—¡Pero *una huelga!* —exclamó Regentop, levantando la vista de su taza de café—. Qué primitivo, Ian ha tenido que explicarme lo que significaba la palabra. Creo que el castigo por huelga era... —y dejó que su voz se desvaneciera.

—Si uno desea algo —dijo Kordan—, tiene que negociarlo. Es una perogrullada, pero es así.

—Se han cansado de negociar —dijo Takeido—. Espero que no considere mis palabras demasiado francas, pero han estado negociando durante años sin resultado.

—Pero la vida pública es negociación, en tanto no interfiera en la marcha del gobierno —dijo Kordan—. El proceso es parte de una dialéctica general.

Takeido movió la cabeza.

—Esos técnicos lo ven como un asunto emocional. Lo que dicen es: «La Tierra es nuestro Ello. Debemos tenerla o morir».

—«¡Ello!» Otra palabra que nunca antes había oído —se quejó Regentop, sonriendo y escrutando con ansiedad sus rostros.

—Como académico, puedo asegurarle que es una palabra realmente arcaica —dijo Kordan, frunciendo los labios—. Y, por lo tanto, casi siempre mal empleada.

—Es probable que haya sido declarada no-palabra —dijo Sygiek, mirando uno por uno a los demás—. En cuyo caso, no debería emplearse, en lugar de emplearse mal.

Hubo una pausa. Regentop se inclinó confidencialmente hacia delante.

—Utilice su autoridad para explicarnos lo que significa «ello», Jerezy Kordan —dijo—. Todos nosotros pertenecemos a la élite y estamos fuera del Sistema. Nada puede ocurrirnos por una simple charla que tengamos aquí —parecía animada, y le dirigió una sonrisa nerviosa mientras hablaba.

Sygiek cruzó las manos sobre su regazo y miró a través de las ventanas.

—Si las palabras caen en desuso, suele haber buenas razones para ello —dijo en tono amonestador—. De otra manera, podrían servir como elementos de réplica en sistemas subversivos de pensamiento. Usted lo sabe muy bien, Jerezy Kordan.

—En el caso que nos ocupa, la explicación sería sólo instructiva —dijo Kordan de manera conciliadora. Ella siguió mirando a través de las ventanas y él se volvió hacia los demás—. Era una entidad de las supersticiones antiguas, algo así como un fantasma. Para resumir, hace mucho tiempo, en la época anterior a la llegada del Biocom, florecieron algunas interpretaciones perversas acerca de la naturaleza del hombre, de acuerdo con las cuales éste no era un ser económico racional. Y, en efecto, ése pudo ser el caso hasta que el comunismo le proporcionó al hombre la estructura racional sociopolítica que le hacía falta para funcionar de manera orgánica. «Ello», entonces, fue un término acuñado en una de esas interpretaciones perversas de otro tiempo, un sistema particularmente pernicioso, una senda ciega de pensamiento que, me alegra decir, siempre tuvo opositores, incluyendo a nuestros primeros antepasados comunistas.

Había caído en un estilo discursivo fácil. Sygiek miró a los demás, que estaban contemplando el rostro de Kordan con una cierta admiración. Éste prosiguió:

—En aquellos días remotos no se comprendía el conflicto fisiológico entre el cerebro, el sistema nervioso central y el sistema nervioso autónomo, por lo que era inevitable que surgiera un concepto erróneo de la naturaleza del hombre. El conflicto fisiológico se interdictó como si fuese psicológico y tuviese origen en alguna hipotética profundidad de la mente, que era considerada como algo muy complejo, una suerte de mundo salvaje e independiente. Aquel modelo erróneo de la fisiología

humana, porque la «mente» no era otra cosa, suponía que en sus lodosas oquedades acechaban diversos elementos salvajes y socialmente destructivos a la espera del momento propicio para derribar la razón. Dichos elementos fueron reunidos bajo el término común de «ello», una fuerza regresiva.

Habían terminado su desayuno. Mientras Takeido empujaba su sillón hacia atrás, dijo:

—¡Instructivo! ¿Cómo supone usted que el antiguo término ha ido materializándose aquí en Lysenka II después de un millón de años o más, Jerezy Kordan?

—Como creo haber puesto en claro, el término fue acuñado en algún sistema capitalista desaparecido hace mucho tiempo, en parte para explicar y disculpar sus propias deficiencias de organización. Si usted comprende la naturaleza regresiva de los animales de este mundo, entonces podrá comprender que estos... técnicos en huelga puedan haber tomado el término de aquí.

—Debería censurárseles por ello —dijo Regentop, con voz impresionada—. Todo esto suena no utópico hasta el desagrado.

Sygiek se puso en pie y se quedó mirando a los demás, pero Takeido se inclinó sobre la mesa; se notaba que deseaba seguir con el tema. Palmeando con fuerza, dijo:

—Esto es de lo más interesante, Jerezy. Si está usted en lo cierto, y por supuesto no lo dudo, entonces los técnicos en huelga están equivocados cuando dicen «la Tierra es nuestro ello». El lugar prohibido de la subversión es Lysenka: el ello, y la Tierra tiene que ser... no sé el término. Tan sólo soy un simple exobotánico.

Regentop palmeó su hombro y sonrió, orgullosa.

—«Superyó» —dijo Kordan—. La Tierra debería ser el superyó. —Sonrió y dio por terminado el asunto, renegando del tema y alzando la vista para saber cómo Sygiek se tomaba la conversación.

—Esta conversación es demasiado indulgente —dijo ella—. «Hablar del error es un error en sí mismo». Dejémoslo así y vayamos a los autobuses. La mayoría ya está allí.

—Esas viejas teorías son una bobada, sin duda —le dijo Kordan, tomándola del brazo mientras abandonaba el comedor—. Son cosa medieval, como la alquimia.

Ella le miró con las cejas ligeramente levantadas y con una sonrisa que él no le había visto antes.

—Pero la alquimia *sí que condujo* a algún lugar, académico Jerezy Kordan: proporcionó uno de los fundamentos del desarrollo científico. En cambio el psicoanálisis era un callejón sin salida.

—Entonces usted también está familiarizada con esos modelos antiguos y prohibidos... ¡El psicoanálisis!

—Es parte de mi trabajo familiarizarme con todo lo que está prohibido.



Él la escrutó y ella le mantuvo la mirada. Él no dijo nada y salieron al exterior. Kordan se detuvo en las escaleras, inspirando profundamente mientras miraba hacia adelante.

Los autobuses aguardaban como grandes bestias soñolientas. El exobotánico, Takeido, llamó la atención de Kordan, tosió y dijo como disculpándose:

—Ha sido un placer escucharle hablar en la mesa durante el desayuno, Jerezy Kordan. Uno se siente muy solo trabajando en las lunas jovianas. Uno piensa, desea hablar acerca de muchas cosas, como los temas que usted ha abordado. ¿Podríamos ir Jaini y yo con ustedes hasta Dunderzee?

Kordan miró a Takeido, como si se preguntara cuán joven y débil era en realidad, y notó en su frente como éste fruncía nervioso las negras cejas.

—Tiene usted absoluta libertad de elegir el asiento que desee en el autobús —respondió—. Pero el lenguaje es algo precioso y debemos conservarlo. Es mejor ser resuelto que ser curioso. «La resolución es el enemigo de la desviación», como proclama la máxima. Imagino que esto se aplica tanto a Júpiter y a Lysenka como a la Tierra.

—Por supuesto —dijo Takeido, y tragó saliva.

—Entonces subamos a los autobuses —propuso Kordan, sonriendo, e hizo una seña con la cabeza a Sygiek. Ella le devolvió, satisfecha, otra inclinación y juntos descendieron la escalinata, en un absoluto dominio de su mundo, hacia los autobuses que aguardaban.

Las puertas del perímetro fortificado del Hotel de la Unidad se abrieron. Sobre ellas ondeaba una bandera con la enseña del Sistema Unido y la leyenda:

¡ESFORZÁNDONOS  
HACIA EL SEGUNDO MILLÓN DE AÑOS  
DE LA UNIDAD DEL BIOCUM!

Mientras el ALD cruzaba las puertas, Sygiek se dio cuenta de que estaba sentada cerca del hombre rechoncho que había hecho la observación acerca de que los ajedrecomputadores en el TransAbismo no experimentaban alegría. Éste le hizo un gesto jovial con la cabeza, como si fueran viejos compañeros.

—¡Una visita ociosa a lugares de interés! —exclamó Sygiek a Kordan, desviando su atención del otro hombre—. Nunca había hecho algo así en mi vida, y ahora dudo un poco de su conveniencia. Los días tienen más valor cuando los ocupamos de manera fructífera.

Kordan la escrutó, como si tratara de leer sus pensamientos.

—No se haga reproches a sí misma con tales sentimientos, Millia. No estamos ociosos. Nos hallamos en Lysenka para recuperar nuestras energías, de manera que podamos volver al Sistema mejor equipados para trabajar por él y apreciar su valor.

El hombre rechoncho se inclinó hacia adelante, palmeando sobre sus rodillas, y les dijo:

—No sean demasiado estrictos con ustedes mismos, amigos. Saboreen la alegría como una fuerza positiva por derecho propio. El ocio tiene virtudes propias.

—Exactamente lo que quería decir —dijo Kordan con afabilidad—. El ocio restaura nuestras energías.

El hombre rechoncho se presentó a sí mismo como Vul Dulcifer 057, jefe ingeniero responsable de los sistemas de aire acondicionado de Iridio, en Venus. Tenía una cabeza grande y firme, de rasgos también grandes y firmes. Mientras observaba el paisaje que pasaba por su lado a través de la ventana, explicó:

—Como cualquier otra persona, yo nunca estoy ocioso. Mi trabajo me ocupa trece horas-T al día, y además llevo varios comités. «Utopía se sostiene tan sólo gracias al trabajo duro», conozco el eslogan del partido, no hace falta que me lo recuerden. El Sistema es una máquina. Si algunos de nosotros hemos llegado a este planeta clasificado, con todos esos degenerados animales capitalistas que merodean por los alrededores, es porque formamos parte de la élite, por lo que sostengo que nos hemos ganado un poco de ocio. Francamente, veo el ocio como una recompensa justa, no sólo como un obstáculo más, en la carrera de asalto al Mundo de la Paz.

Mientras le observaba y le escuchaba hablar, Sygiek pensó que ella y Dulcifer nunca podrían ser compatibles. Él era tan pequeño y cetrino como ella era alta y pálida. Él era grueso y de hombros sólidos; cada uno de sus movimientos expresaba energía. El iris de sus ojos era de color azul marino, y se hallaba rodeado por una hilera de pestañas negras. Su cabello era oscuro y ralo, y lo llevaba pegado al cráneo cuadrado. Sygiek era consciente de la conmoción que ocurría dentro de sí mientras observaba los movimientos de los labios bien definidos de Dulcifer; una conmoción debida a la reflexión: «Nos considera a Kordan y a mí como simples productos en serie del Sistema, sin mentes propias».

—Hablar del ocio como de una recompensa puede conducir rápidamente a pensamientos incorrectos, ¿no es así, Jerezy? El ocio puede no ser diferente en este planeta de lo que es en cualquier otro lugar del Sistema: una trampa, un cebo para ideas desviacionistas. ¿Cómo pueden cambiar esas peculiaridades? El ocio creativo es otro asunto.

Una azafata de mejillas sonrosadas, largas piernas y una sonrisa cálida, avanzaba por el pasillo del autobús y se detenía a intercambiar algunas palabras con cada uno de ellos. Se veía atractiva en su uniforme rojo; la mayoría de los turistas llevaba ropas más holgadas.

—¿Disfrutan de este paisaje primitivo? —preguntó—. ¿No tiene un encanto agreste, virgen? Qué estimulante símbolo de potencial.

—Sí —dijo Dulcifer—. Y al mismo tiempo estamos ejercitando nuestras mentes,

como buenos utopistas, con una argumentación acerca de la naturaleza del ocio.

Takeido y Regentop habían estado escuchando desde el asiento de delante. El primero se volvió y dijo a Dulcifer:

—Parece usted olvidar un pequeño dato, utopista. Ya sabe, la ociosidad es un mal funcionamiento fisiológico. Es un error tratarla como una cualidad de la mente, cuando unas cuantas inyecciones pueden curarla tan pronto como se manifiesta —mientras hablaba, no dejó de mirar a Kordan para ver cómo reaccionaba éste ante su discurso.

Un burócrata llamado Georg Morits se inclinó sobre el pasillo y dijo con vehemencia:

—Tiene usted razón, pero déjeme recordarle que la ociosidad sigue manifestándose a veces como una cualidad mental en infortunados casos de involución al *homo sapiens*. Lo sé bien, he tenido que recluir a unos cuantos especímenes con este tipo de personalidad en mi trabajo. Mi oficina se encuentra en Moscú, ya saben: la ciudad de las ciudades —todos lo sabían; aquel imbécil había estado alardeando durante el banquete de lo hermoso que era todo en Moscú, una antigua ciudad que había sido la capital del primer estado comunista y que se había reconstruido varias veces—. Uno puede ser acusado legalmente de *homo sapiens*, ya saben. En la actualidad es un delito tipificado.

—No en Venus, allí no —replicó Dulcifer, firmemente—. Es como acusar a un animal por la afrenta de ser un animal.

No hubo respuesta. Lo sabían todo acerca de Venus, y de las tendencias regresivas de Ciudad de Iridio.

—Creo que nos estamos desviando del tema —intervino Kordan—. Si me permiten recordarles los antecedentes históricos de este argumento...

—¿Por qué simplemente no olvidamos esta discusión ridícula? —le interrumpió Sygiek.

Kordan parecía herido, pero Dulcifer dijo, mientras sonreía para atenuar lo descarnado de su observación:

—¡Es usted demasiado represiva para unas vacaciones, utopista Millia Sygiek! A mí me gustaría oír lo que su compañero iba a decir. Francamente, el paisaje me aburre, pero nunca he perdido el interés por los seres humanos que me acompañan.

Sygiek se sonrojó y le dirigió una mirada que habría podido fundir iridio, pero no dijo nada.

—Sólo iba a decir, por amor a los antecedentes históricos, que esos primitivos ingenieros genéticos que inventaron al *homo uniformis*, Hombre Semejante en Todo, fueron los que...

—Perdóneme, académico Kordan, pero trabajo en tecnoeugenesia en el Consejo Central —dijo Jaini Regentop, dirigiéndole una sonrisa cortés—, y su fraseología no

es correcta. Esos ingenieros genéticos eran meramente instrumentos del cambio en la gran progresión del *homo sapiens* al *homo uniformis*: recibían órdenes. Primero vino la labor inmortal de los fisiólogos y los grandes endotomistas...

—Jaini, no debería interrumpir a Jerezy Kordan —intervino Takeido—. Es un académico.

—Entonces lo comprenderá. Fueron los endotomistas —dijo Regentop, adoptando algo de las maneras discursivas de Kordan y dirigiéndole sobre todo a éste sus observaciones— quienes demostraron el hecho de que la estructura fisiológica del hombre comprendía tres sistemas de gobierno que estaban en conflicto. Debido al rápido desarrollo evolutivo del hombre a partir del animal, tales sistemas de gobierno no eran por entero compatibles. Podríamos referirnos del mismo modo a una máquina y decir que era imperfecta debido a que contenía demasiado cableado: se trataba de un problema de eficiencia.

Kordan asintió y se mostró aburrido, pero Regentop siguió apresuradamente:

—Los grandes endotomistas y fisiólogos desarrollaron un método por medio del cual esos sistemas de gobierno podían ser procesados en un sistema armonioso. Los tres sistemas de gobierno a que me refiero, incidentalmente, son conocidos como sistema nervioso central, cuya función primaria es motriz, sistema nervioso autónomo, básicamente un sistema sensorial, y neocórtex, un sistema principalmente pensante.

»Para desarrollar nuestro supersistema, más fiable, se introdujo el biodesvío del que tanto se ha hablado en este año de aniversario. Como ustedes probablemente sabrán, el biodesvío es un procesador interno que elimina por fases una buena parte de la actividad del antiguo sistema nervioso autónomo o la sujeta al control directo del sistema pensante. Un ejemplo obvio es el de la erección del pene, antiguamente un acto involuntario.

»Con frecuencia inculco a mis alumnos la idea de que el biodesvío es la auténtica base de nuestra gran utopía: desterró los problemas emocionales que siempre habían atormentado al *homo sapiens*; religiones, guerras, amor romántico, enfermedades mentales..., todas ellas manifestaciones de sistemas fisiológicos anticuados.

—Esto es lo que mencionaba antes, Millia —dijo Kordan a Sygiek con lentitud—. Por favor, continúe si lo desea, Jaini Regentop. Se expresa usted a la perfección.

Ella asintió con humildad.

—Es mi deber hacerlo cuando me refiero a un logro tan supremo. La racionalidad era algo que el pobre *homo sapiens* nunca hubiera podido conseguir. En términos fisiológicos, estaba dividido contra sí mismo. En consecuencia, también se hallaba dividido contra sí mismo mental, social y políticamente y..., bueno, en todas las formas concebibles. No podía planear una sociedad estable como la que tenemos nosotros; la división era su sino.

Su voz adquirió un tono conciliador.

—La división era su sino, pero el *sapiens* también tenía visión. Sí, había previsto incluso la Utopía, el lugar perfecto.

»Y, en forma irónica, alcanzó la Utopía al final, lo cual significó su extinción. Cuando sus fisiotécnicos y endotomistas primitivos inventaron el principio conjunto del Comunismo Biológico, la teoría que sustentaría el biodesvío, se hizo posible racionalizar de forma genética los sistemas inarmónicos de gobierno, llegando a perfeccionarlos en generaciones sucesivas. A través de la microcirugía cromosómica, el *sapiens* desapareció con todas sus debilidades sistémicas, es decir, se eliminó a sí mismo y anunció lo que era casi una nueva raza, sin absurdas imperfecciones evolutivas y realmente capaz de crear Utopía. En una palabra, nosotros, el *homo uniformis*, el Hombre Semejante en Todo.

Todos se miraron, sonriendo con aire reflexivo.

—¿Y qué tiene que ver esta antigua historia con el ocio, excepto el hecho de ser en sí misma una historia ociosa? —preguntó Dulcifer.

—Es la historia del nacimiento del Estado mundial, ni más ni menos —sentenció Sygiek, frunciendo el ceño.

—Jaini Regentop lo ha explicado bien —dijo Takeido a Dulcifer—. La ociosidad es una antigua debilidad *sapiens*. Surgía de una falta de finalidad, sin duda, de una confusión interna. No existen razones fisiológicas para la ociosidad en estos días iluminados, utopista. La hemos conquistado.

Dulcifer se rascó la cabeza y sonrió.

—Es usted un poco joven para ser un conquistador.

Takeido se deslizó hacia atrás en su asiento.

—Hay un Museo del Homo Sapiens en Moscú —dijo Georg Morits, y añadió confidencialmente—: eran bastante avanzados para ser primitivos, ¿saben? Incluso poseían una forma limitada de viaje espacial, cuyos principios se inventaron en Moscú. Puedo decirles estas cosas porque pertenecen a la élite, y no a la masa de los ignorantes. Sé que ustedes lo apreciarán: es bueno hablar entre iguales.

## Capítulo III

Estaban sentados hablando en el último autobús. Delante de ellos avanzaban otros tres autobuses, que se distanciaban poco a poco en la carretera terraplenada a medida que ganaban velocidad. La enorme estructura del Hotel de la Unidad, que había dominado el panorama hasta entonces, se empequeñecía tras ellos, tragada por el imponente paisaje de Lysenka. De cuando en cuando, si la carretera ascendía con el terreno, podían entrever los bordes de una meseta distante, que cabalgaba sobre la cálida oscuridad de la llanura.

Kordan asió la mano de Sygiek, pero ella no tardó en retirarla.

La azafata, en su impecable uniforme rojo con la insignia de Turismo Exterior, había intercambiado algunas palabras, de manera individual, con cada uno de ellos. Luego, desde la parte delantera del ALD, tomó un micrófono y se dirigió a todos los pasajeros mientras sonreía.

—Hola, amigos del Sistema. Mi nombre es Rubyna Constanza 868 y tengo el placer de ser su guía durante el día de hoy. Bienvenidos a esta excursión. Vamos a estar fuera del Unidad durante dos días, y pasaremos esta noche en las confortables instalaciones de la garganta Dunderzee, que estoy segura les va a gustar. Vamos a ver algunas de las maravillas de este planeta, y también algunas de sus instructivas imperfecciones. Se les servirá un refrigerio cuando nos detengamos al mediodía. Estaré siempre a su disposición. Todos tienen un pulsador al alcance de la mano para llamarme.

—Es encantadora —susurró Takeido.

Regentop frunció el ceño en silencio.

—En primer lugar, me gustaría recordarles algunos hechos relativos a este planeta. Seguramente estarán familiarizados con algunos de ellos, pero los hechos hacen que las cosas cobren vida en la realidad.

»Este planeta es grande según los módulos del Sistema de los Planetas Interiores; su diámetro ecuatorial es de unos veinte mil kilómetros. Por fortuna, su masa es relativamente ligera, por lo que no sufrimos una gravedad opresiva. Lysenka II gira sobre su eje cada 33,52 horas-T, lo cual resulta en un día de duración inconveniente. Pueden ustedes descansar hasta que hagamos la pausa para comer, basta con que echen hacia atrás por completo los respaldos de sus asientos.

»Como pueden observar, las nubes cubren el cielo sobre nuestras cabezas. Muy rara vez vemos brillar el sol a través de ellas en estas latitudes, aunque suelen clarear un poco al atardecer. Lysenka es un planeta más bien cálido y amodorrado durante este período de su historia.

Señaló hacia el mundo que pasaba al otro lado de sus ventanillas.

—A nuestra izquierda tenemos un bosquecillo de árboles-caja, aunque, de todos

modos, la vegetación es escasa. La mayor parte del planeta es semidesértica, debido a la insuficiencia de abonos y a la falta de actividad microbacteriana.

»Aunque el planeta fue descubierto hace más de un millón de años, hace tan sólo diez que establecimos una base en él. Lysenka aguarda aún su desarrollo. El problema es ideológico: qué hacer con su fauna. El Estado mundial todavía está estudiando este asunto vital. Debido a los sistemas de vida de escasa energía existentes aquí, la fauna no ha sido capaz de asentarse en el planeta de forma adecuada, por lo que sería posible extirpar a todos los animales. Es una solución limpia y atractiva. Por otra parte, sin embargo, esos animales pueden resultar utilísimos para estudios sobre el comportamiento, como fuente de suministro de especímenes de laboratorio, etcétera.

Constanza había apresurado ligeramente aquella parte de su charla, pero marcó de nuevo un ritmo más pausado al añadir:

—De todos modos, tales problemas no tienen por qué entrar en sus mentes durante las vacaciones, puesto que las decisiones corresponden a otros. Por el momento, lo único que hace falta es disfrutar de los ambientes exóticos. A su derecha pueden ver ahora un rebaño de criaturas parecidas a los canguros. Les aseguro que no corremos ningún peligro, pues nos hallamos en contacto permanente por radio con los satélites de vigilancia. Bueno, en realidad, precisamente hoy nos hallamos fuera de alcance debido a las dificultades técnicas de la huelga; no estamos en contacto, pero de todos modos nos hallamos perfectamente a salvo en el autobús. Observen cómo las criaturas nos están contemplando con respeto.

Los animales que estaban saltando en ese momento a lo largo de la carretera no tenían cola; su parecido con los canguros empezaba y terminaba en su cabeza pequeña y puntiaguda y en su forma de saltar sobre el terreno. Por lo demás, más bien se parecían a los hombres y agitaban sus manos en gestos extrañamente humanos dirigidos al autobús, que pasaba rápidamente.

—Estos animales comen verduras y también carne —dijo Constanza—. Adquieren su velocidad, en primer lugar, para librarse de todos esos otros seres que desean comérselos.

El autobús giró en plena llanura y avanzó por una curva amplia y bien peraltada. Delante apareció una gigantesca pared rocosa, coronada de franjas de cortas y exuberantes colas de caballo. Cada vez se hacía más difícil comprender cómo el autobús no se estrellaba contra la superficie rocosa, hasta que la curva terminó y el vehículo se hundió en un túnel.

Las paredes del túnel habían sido pulidas con láser y en ellas se habían tallado eslóganes de esos que habían contribuido a mantener el tono moral de la sociedad. Por primera vez desde que habían dejado el Hotel de la Unidad, todos los pasajeros se irguieron de sus asientos y observaron con atención a través de las ventanillas, leyendo a veces en voz alta y con evidente placer las palabras que conocían desde su

infancia.

LA RESOLUCIÓN ES EL ENEMIGO DE LA DESVIACIÓN

LA UNIDAD ENGENDRA INMUNIDAD

NUNCA PIENSES AQUELLO QUE NO PUEDE DECIRSE

LA VIGILANCIA ETERNA GARANTIZA UNA ETERNA SEGURIDAD: SIN ELLA ES ETERNA LA ANARQUÍA

NADA HAY QUE NO CUESTE ALGO

Los coloridos eslóganes brillaban a su paso para sumergirse de nuevo en la oscuridad tan pronto como el autobús los había dejado atrás.

De pronto volvieron a encontrarse a la luz del día. Cuando la pared rocosa quedó atrás y se acabaron las curvas de la carretera, los turistas descubrieron que viajaban por una enorme llanura, cuya extensión resaltaba gracias al farallón que ahora quedaba en la distancia y a la lejana meseta que se divisaba entre las brumas. El suelo de la llanura —desagradable, árido y quebradizo— estaba cubierto de rocas apiladas en montones. De tanto en tanto, se podía divisar algún río indolente.

—Hemos entrado en el valle de la Gran Hendidura. Todavía falta un trecho largo para llegar a la garganta —dijo Constanza—. La mayoría de las criaturas que pueblan Lysenka II se concentran en esta área, y a lo largo de todo el camino hasta el océano Starinek, situado en el oeste. El resto del planeta está casi vacío, excepto por algunas colonias de arañas indígenas y unos poco insectos alados. No olviden que los físicos solares y geognósticos nos han dicho que este mundo se halla muy atrasado en su desarrollo si se le compara con nuestros propios mundos. De lo que no cabe duda es de que se trata del último refugio del capitalismo.

Hubo algunas risas ante su ocurrencia. Aunque la mayor parte de los turistas no tenía forma de saber lo que era exactamente el capitalismo, la palabra había retenido connotaciones obscenas a lo largo de las eras.

—A nuestra izquierda podemos ver por momentos el río Dunder. No es tan ancho como suelen ser los ríos de este planeta. En el otro hemisferio hay uno que, observado desde el aire, es por lo menos dos veces más largo que el río Amazonas de la Tierra. El valle en el que nos encontramos y por donde fluye el Dunder fue en otro tiempo su lecho. Se trata de un río con multitud de peces de desarrollo equivalente al de los peces de nuestra antigua era carbonífera. Los expertos nos han dicho que hace unos 3.130 millones de años Lysenka II se enfrió lo suficiente como para permitir que el vapor suspendido en la atmósfera se condensara como lluvia. A su derecha, si giran



un poco la cabeza, pueden ver otro bosquecillo de colas de caballo. Árboles muy parecidos florecieron en otro tiempo en la Tierra.

—Creo que pretende que nos durmamos —dijo Kordan a Sygiek en voz baja.

—Podremos dormir cuando nos detengamos para comer. ¿No es estupenda la carretera que ha construido nuestra gente? Podríamos conquistar cualquier planeta de la galaxia.

—Nunca he comprendido bien por qué no hemos extendido nuestra esfera de influencia en el espacio.

—«Utopía es una actitud, no una dimensión», si me permite recordárselo.

—Es lo mismo. De acuerdo, no pretendo cuestionar...

Hora tras hora se divisaba ante ellos la soberbia carretera. Cuando llovió cerca del río Dunder pudieron ver más animales, la mayor parte de los cuales corría para guarecerse. Los otros tres autobuses habían desaparecido en la cobriza distancia que reverberaba al calor del mediodía.

Rubyna Constanza había hecho una pausa en sus comentarios. Ahora estaba de nuevo ante los turistas, sonriendo con el mismo encanto de antes.

—Habrán observado ustedes la existencia de mayor número de animales junto al río. En su mayoría atrapan peces o bien a otros animales que atrapan peces. Son muy hábiles para camuflarse. Los valientes trabajadores del Sistema que construyeron esta carretera tienen muchas historias que contar acerca de la perversidad de estos animales. Dichos trabajadores y los soldados que los protegían eran los únicos entre nosotros autorizados a llevar armas en Lysenka II, con excepción de la guarnición que defiende permanentemente Ciudad de la Paz, por supuesto.

»Confío en que todos ustedes entenderán —les dirigió una sonrisa encantadora en recompensa por su comprensión— que quizás el acontecimiento más notable en toda la historia de Lysenka, desde el punto de vista del *homo uniformis*, fue la llegada de una nave colonial procedente de la Tierra hace 1,09 millones de años, durante los amargos tiempos preutópicos de nuestro planeta natal. En aquellos días remotos que precedieron al establecimiento mundial de nuestra cultura y al desarrollo de la ciencia cratobática, cincuenta años luz eran una distancia de longitud desafiante. La nave colonial no se dirigía al sistema de Lysenka sino a otro sistema aún más lejano, pero algo fue mal con el primitivo sistema propulsor y la nave cayó en este planeta —extendió la mano hacia adelante y señaló a través de la ventanilla delantera—. Realizó un aterrizaje forzoso en algún lugar ahí delante, a pocos kilómetros de la garganta Dunderzee. Aquella nave colonial procedía del hoy desaparecido sistema capitalista del *homo sapiens* llamado América. Contenía no menos de...

Se interrumpió, jadeó y miró a través de la ventana.

—¡Oh, sygygys! ¡Miren!

La mayoría de los pasajeros ya estaba mirando. Había un obstáculo imprevisto

más adelante en la carretera. A medida que el autobús se acercaba, era posible apreciar que se trataba de una brecha que atravesaba la uniforme superficie en un punto en el que la calzada se había cuarteado y hundido.

Los sistemas de control del autobús eran automáticos y empezaron a detener el pesado vehículo algunos milisegundos antes de que los humanos que ocupaban su interior pudieran reaccionar. Los frenos entraron en acción, chirriando.

El impulso que ya traía arrastró al autobús hacia la hendidura. Regentop se echó en brazos de Takeido. Cuando la guía rodó chillando hacia la parte trasera del vehículo, Dulcifer la agarró y la sujetó contra él. Sygiek se aferró voluntariamente al brazo de Kordan. Algunos pasajeros gritaron. Los neumáticos despedían humo contra el asfalto mientras el autobús giraba de lado, deslizándose hacia aquel accidente del terreno, una grieta que no tendría más de un metro y medio de ancho. El autobús patinó hacia ella, mientras el sistema de inercia trataba de detenerlo. La parte anterior del vehículo rebasó el borde y luego toda la estructura se balanceó y cayó de lado sobre la carretera, raspando el suelo con su plancha y produciendo un fuerte estruendo.

Los pasajeros se vieron arrojados a la parte derecha del autobús. Dulcifer, uno de los primeros en recobrase, vio que Constanza no estaba herida y entonces empezó a gritar con voz firme que el peligro había pasado y que todo aquel que pudiera arreglárselas por sí mismo para salir lo hiciera. Desde la parte trasera del autobús, un hombre ya mayor llamado Lao Fererer, técnico en hidráulica submarina, avisó en voz alta de que había abierto la puerta de emergencia y que ayudaría a cualquiera que lo requiriese.

—Mi rodilla... Me duele tanto que no me atrevo a moverme —jadeó Kordan.

—Inténtelo —dijo Sygiek, quien a su vez se mordió el labio inferior para detener su temblor.

Los pasajeros salieron del vehículo uno a uno mientras se ayudaban y animaban unos a otros, luego se apiñaron junto al borde de la carretera o se sentaron aturdidamente en la cuneta. Hubo algo de sangre, pero nadie estaba seriamente herido.

Miraron a su alrededor, todavía sorprendidos por el accidente y atontados por el calor que contrastaba con el aire acondicionado del autobús. Kordan, Lao Fererer, la mujer que iba con él, una coordinadora interplanetaria de asuntos climáticos llamada Hete Orlon, y uno o dos pasajeros más, se encaramaron encima del autobús para conseguir un punto de observación ventajoso desde el cual poder examinar el territorio, que no parecía muy prometedor. Pese a las grandes distancias, la luz del sol proporcionaba a todas las cosas un aspecto algodonoso que dificultaba la visión y contribuía a crear un sentimiento deprimente de claustrofobia.

Reinaba un silencio enloquecedor, puntuado por el latir metálico del autobús. Una

horda de animales que andaban sobre dos patas, de melena hirsuta y hocico aplastado, les observaba a un centenar de metros. Todos permanecían en posturas de alerta más o menos idénticas. Algo se oyó chapotear en el río, y unas cabezas como de foca se volvieron hacia la escena del accidente. Todo el mundo aguardaba. Los movimientos quedaron suspendidos en el aire húmedo, pegajoso.

—Bienvenidos a Lysenka II —dijo Ian Takeido. Se rio, pero nadie le acompañó.

## Capítulo IV

Kordan saltó al suelo para situarse con rostro grave junto a Sygiek. La naturaleza activa de un vehículo terrestre; el susurro del aire acondicionado; la experiencia familiar de oír una voz electrónica; las apacibles y tediosas disertaciones; la promesa de un destino acogedor: habían desaparecido todas esas cosas que, mientras existían, protegían como una muralla a los turistas de reconocer que no eran más que meras motas en un rostro alienígena, muy muy lejos del Sistema, vulnerables.

Rubyna Constanza se sacudió el uniforme rojo y dijo, en un remedo pasable de su voz oficial:

—Por favor, no se alejen demasiado del autobús. No hay ningún motivo de alarma. Nos echarán de menos cuando verifiquen que no llegamos con los demás autobuses a la cita en la garganta. Aunque la radio no funciona, pueden telefonar al Hotel de la Unidad por línea terrestre, y Rescate Aéreo acudirá de inmediato —y como si pensara en aquel mismo momento en ello, añadió—: En circunstancias normales, el propio autobús está en contacto permanente por radio con el hotel...

—¿Cuántas horas-T tomará todo esto? —preguntó una técnica meteoróloga con gran experiencia del microsistema de Saturno y un hermoso cabello—. Estará oscuro en unas siete horas más, ¿no? ¿Qué ocurrirá si para entonces no ha llegado nadie?

—Tenemos todavía ocho o nueve horas de luz diurna, ¿verdad? —preguntó otra voz.

Las preguntas quedaron sin respuesta.

Una hilera de cabezas oscuras apareció sobre el terraplén que formaba la cuneta. Cabezas y hombros, ojos, rostros estúpidos que escrutaban al grupo de turistas y observaban el autobús accidentado. Nadie se movió. El metal crujió.

Aquellas oscuras cabezas de rostros arrugados de forma inimaginable tuvieron tal efecto petrificador sobre los turistas que el tiempo pareció amontonarse como nubes sobre sus cabezas. Entonces uno de los animales trepó de un salto por la cuneta y se detuvo con aire alerta sobre la calzada. Luego dio otro salto y se situó bajo la carrocería del ALD, que se encontraba en parte en el aire, y curvó los labios en una mueca que mostraba unos dientes grises.

Los turistas retrocedieron, cerrando filas: se enfrentaban a algo que los llenaba de un temor opresivo. Lo desconocido nunca había formado parte de sus vidas, perfectamente reguladas y ordenadas de la manera más cómoda, hasta la aparición de aquel extraño demonio, cuya penetrante mirada y actitud desafiaban todas las reglas bajo las cuales habían vivido.

—Miren... —empezó Kordan. Pero no tenía nada que decir.

El animal, de metro y medio de altura, permanecía agazapado en su sitio, dominando de forma contenida la situación. Dos de sus compañeros treparon por el

talud y se unieron a él, permaneciendo ligeramente en la retaguardia. Mientras los tres aguardaban, exhibiendo los dientes y frunciendo los hocicos, los turistas podían oír sus resoplidos constantes y el roce de sus uñas sobre la superficie de la carretera.

La burda humanidad de aquellos animales consistía en unos brazos desproporcionadamente largos y unas manos anchas como paletas, que colgaban hasta el suelo. Sus pies eran planos y casi redondos y estaban cubiertos de callos. Los rostros de arenosa piel marcada en forma de espiral eran sorprendentes; el efecto era el de un cruce entre hombre y topo, con ojos pequeños profundamente hundidos, situados tras una nariz blindada, y una cabellera hirsuta que cubría la mayor parte del cráneo, mientras que los cuerpos estaban cubiertos por un pelaje irregular.

Hete Orlon empezó a sollozar.

—¡El ello! —exclamó Takeido, no sin cierta fruición.

Lejos de mostrar miedo, las criaturas-topo emitían signos que podían interpretarse como avidez de atrapar a los turistas desprovista de competencia para hacerlo. Los turistas podían observar cómo otras criaturas semejantes acudían en enjambre al terraplén: una docena de ellas trepó ágilmente y se situó detrás de su líder. Parecían cada vez más confiadas, se atrevían a mirar más allá de los turistas, mientras gruñían entre sí y se lamían los labios velludos.

Algún tipo de decisión se produjo en la manada, porque la criatura-topo que llevaba el mando dio un paso adelante, alzando al mismo tiempo una garra. En aquel momento, una bota certera chocó de frente contra su hocico.

Con un grito, la criatura se llevó las manos al rostro y, mientras la sangre brotaba bajo sus garras, giró en redondo, trastabillando hacia sus compañeros. Como de común acuerdo, todos ellos se volvieron y, como si lo hubiesen acordado, todos echaron a correr, saltaron por la cuneta y huyeron hacia la orilla. En un momento habían desaparecido y el algodonoso paisaje aparecía desierto de nuevo.

Vul Dulcifer avanzó y recuperó su bota. Se sentó en la superficie gris de la carretera y volvió a ponérsela metódicamente. Sus ásperos rasgos no traicionaron ninguna expresión.

Los turistas hallaron de nuevo el dominio de sus lenguas. El conjuro se había roto. Se diseminaron por la carretera, oteando con ansiedad a través de la luz brumosa y argumentando entre ellos acerca de si la violenta acción de Dulcifer había estado justificada. Acaso los animales se habían mostrado meramente curiosos.

—Era un momento para una acción individual, camaradas, no para una reunión de comité —dijo Dulcifer, que permanecía sentado en la calzada, mirándoles.

En el grupo había un doctor en medicina general, un hombre silencioso llamado Lech Czwartek, distinguible debido a que era el único del grupo que llevaba una pequeña perilla. Preguntó, dirigiendo su observación a Dulcifer:

—¿Se da cuenta de que ha convencido a esos animales de que somos hostiles?

—Somos hostiles.

Por muy discutible que fuera la acción de Dulcifer, el grupo se sentía más animado. Algunos treparon por el costado del autobús. Otros permanecieron quietos en la cuneta, intentando detectar algún movimiento.

Kordan levantó los brazos y dijo con voz de mando:

—Escúchenme. Lo mejor es que formemos un grupo dirigido por alguien a fin de coordinar la acción. Sería conveniente someter a debate si debemos prender fuego al autobús para mantener alejadas a las bestias hasta que llegue la ayuda.

—Hay comida, bebida y refugio en el autobús —protestó una mujer, una líder unionista de rostro curtido procedente de la Segunda Estación de Mercurio.

—Necesitaremos dormir en él esta noche, si no llega ayuda —adujo otro miembro del grupo.

—Esto es derrotista —dijo un tercero.

—Hablemos de acuerdo con las reglas del debate. Todos tendrán su oportunidad —propuso Kordan—. Sygiek 194 y yo escucharemos por orden todos sus puntos de vista, y luego decidiremos una línea de acción coordinada. Debemos permanecer organizados. La Unidad engendra inmunidad.

\* \* \*

Durante el largo debate que siguió, cada cual expuso su punto de vista, algunos de forma tímida, otros de manera más desafiante. Durante todo aquel rato, Dulcifer permaneció apartado, con las manos en la cintura, mirando hacia el río. Dejando al grupo con Kordan, Sygiek se le acercó y dijo:

—A todas luces está usted vigilando por si acecha algún peligro, Vul Dulcifer. Debimos haber apostado vigías antes de empezar a hablar. El próximo grupo de bestias puede mostrarse menos tímido que el último.

—Sólo tendremos que arrojar más botas.

—Es cuestionable el buen juicio que permite la existencia de bestias salvajes en un planeta destinado al turismo.

—El planeta pertenece a esas bestias.

—Ya no.

—Millia Sygiek, mientras su amigo Kordan procede a dar su discursito, me gustaría bajar por el terraplén y echar una ojeada a los alrededores. Creo que esas criaturas que parecían topos minaron la carretera e hicieron que nuestro autobús se accidentara.

—¿Deliberadamente?

—Tal vez podamos dilucidarlo. Venga conmigo y observe.

El terraplén era empinado. Dulcifer empezó a bajar, clavando sus tacones en el suelo. Mientras ella le seguía y ambos se deslizaban hasta el nivel del río cercano, Kordan la llamó. Ella no miró hacia atrás.

—¿Qué están haciendo ustedes dos? —preguntó Kordan, a gritos, cuando apareció por el borde de la carretera—. No debemos dividirnos. ¡Permanezcamos unidos!

Mientras seguía a Dulcifer, Sygiek se preguntaba si algo de su rechoncha figura y su aire confiado le recordaba al director del jardín de infancia en el cual, junto a un centenar de niños, había pasado los primeros años que siguieron a su exonacimiento.

Bajo los pequeños riscos por los cuales el río había fluido en otra época, el suelo estaba cubierto de restos esparcidos. Aquí y allá, podían encontrarse túneles largos y tortuosos, de aproximadamente un metro de alto. Se hacía difícil determinar si aquellas extrañas formaciones en el terreno eran naturales o artificiales. Entre los túneles y sobre ellos crecían carnosos helechos que esparcieron esporas rojizas por el aire cuando Dulcifer y Sygiek se abrieron paso entre ellos. Muchos de los túneles se hallaban bajo el terraplén sobre el que había sido construida la carretera.

Dulcifer pateó el suelo.

—Aquí es donde se hundió la carretera. No tengo la menor duda de que estos túneles han sido construidos por esos animales que parecen topos. Allí dentro deben sentirse a salvo de la mayoría de los demás predadores. Así que cavaron bajo la carretera y ésta se hundió, tal vez por accidente, sin premeditación. Eso depende de lo inteligentes que sean, a pesar de todo.

Dulcifer observó la expresión de Sygiek.

—Se la ve trastornada. ¿Cuál es el problema?

Sygiek se irguió con aire digno.

—Utopista Dulcifer, he notado cuán liberal es usted al expresar sus opiniones. Mantiene un desdén mal disimulado hacia la opinión democráticamente consensuada, eso es obvio. Luego me ordena informalmente que le siga hasta aquí, como si yo fuera alguien inferior, un ateptótico de Centauro, digamos. A mi juicio, es usted como mínimo un desviacionista potencial, y le advierto que estaré atenta a su comportamiento.

Mientras él la miraba, una gotita de sudor resbaló por su ceja hasta sus pestañas y la imagen de ella sufrió una distorsión. Mientras se limpiaba el ojo con un dedo, dijo:

—Y tal vez informará sobre mí, ¿eh? No le he ordenado que bajara aquí. Usted me siguió.

—Se supone que no debemos apartarnos del grupo.

—Olvídese de ello y concéntrese en el auténtico problema —dio un paso hacia ella—. Es usted dominante pero no es estúpida, Sygiek. Podemos ser atacados en cualquier momento, cuando esas asquerosas criaturas se acostumbren a nosotros y se

den cuenta de que no somos una amenaza. Por atacados entiendo atacados, vencidos y devorados, ¿comprende? La pregunta es: ¿qué debemos hacer? Me gustaría saberlo.

—¡Eh, ustedes dos! —el burócrata de Moscú, Georg Morits, su figura silueteada contra el cielo cobrizo, estaba bajando el terraplén hacia ellos. Se volvieron hacia Morits mientras éste se deslizaba y se detenía a su lado y les apuntaba con un dedo—. ¿Han olvidado algunas reglas elementales? «La acción es colectiva...» Estamos estableciendo un comité de acción, y exigimos que ustedes dos regresen al ALD inmediatamente.

Dulcifer avanzó hacia Morits y éste retrocedió y se apoyó contra uno de los túneles.

—No me cante eslóganes, compañero, no me paso todo el día calentando una silla en una oficina en Moscú. La supervivencia no la conseguiremos declamándonos dogmas entre nosotros. Iré cuando haya terminado, dígame eso a Kordan.

Morits se apretó contra la pared del túnel y dijo débilmente:

—No me ataque por lo que no era más que una decisión sin animosidad alguna. Hay aquí peligros desconocidos y... uh-uh-uh-uh-uh...

A medida que su voz se debilitaba, su rostro fue poniéndose ceniciento. Su cuerpo pareció arrugarse, se tambaleó pero no cayó. Un grito casi solidificado brotó de su garganta.

Cuando se precipitaban a sujetarlo, Sygiek y Dulcifer pudieron ver las garras afiladas y las pezuñas velludas que se aferraban a los músculos del burócrata y se clavaban profundamente en su carne hasta que la sangre brotó a través de su ropa. Aquellos miembros terribles le habían atacado a través de la pared del túnel que tenía detrás. Si Morits se hubiera sentado, las garras habrían alcanzado su garganta y en aquel momento ya estaría muerto.

Mientras pedían ayuda a gritos, los dos utopistas sujetaron a Morits por los brazos e intentaron atraerlo hacia ellos mientras él lanzaba otro desolado grito. Cuando con mucho esfuerzo lograron tirar de él hacia delante, parte de la pared del túnel a sus espaldas se derrumbó. En medio de la arena que se desmoronaba aparecieron varias criaturas-topo. La trampa se había derrumbado y los moradores seguían agarrados a su presa con los hocicos ensangrentados: estaban devorando a Morits.

Permanecieron un momento agazapados en el agujero, como si contemplaran un ataque, mientras otros rostros aparecían husmeando en el boquete. Dulcifer soltó su presa sobre Morits y se irguió para lanzar hacia un lado una patada rabiosa con su bota.

—¡Apártese! —ordenó Sygiek, y extrajo una pequeña pistola de su túnica. Dulcifer apenas tuvo tiempo de apartarse antes de que ella tendiera el brazo y disparara dos veces contra el agujero en una actitud muy profesional.

La pistola era hetrasónica. Sonaron dos notas zumbantes y dos de las criaturas-



topo se desplomaron, agarrándose el vientre. Luego rodaron por el suelo mientras se retorcían, pero pasó muy poco tiempo antes de que sus compañeros las sujetaran y las arrastraran hacia dentro del túnel. Vociferando, Dulcifer se precipitó hacia delante y, de un tirón, le arrebató una de las criaturas heridas a sus compañeros, mientras pateaba hacia todos lados en previsión de otro ataque. Pero los otros ya habían tenido bastante. Arrastrando consigo a la otra criatura herida, se retiraron dentro del agujero y se perdieron de vista.

Dulcifer y Sygiek se volvieron a mirarse: ambos estaban pálidos. Dulcifer se limpió el sudor de las cejas.

—No está permitido que lleve usted un arma. La legalidad del Sistema y todo eso —jadeó.

—Tengo licencia —dijo ella.

Él se limpió de nuevo el sudor y miró al suelo con aire estúpido. No necesitaba más explicaciones. Millia Sygiek era miembro de la temible Policía de la Razón de Unidad, y la PRU estaba autorizada a llevar armas y utilizarlas cuando fuera necesario.

—Así que carga usted con ese peso —dijo lentamente—. Lamento oírlo. La había tomado por una mujer decente.

El grupo de turistas que se había quedado en el terraplén había oído la refriega. Algunos de ellos ya estaban bajando para ayudar. Dulcifer se apartó y les dejó hacer mientras sujetaba aún a la criatura-topo, ya muerta a causa de los disparos de Sygiek. Luego siguió a los demás cuando transportaron cuidadosamente al burócrata herido hasta arriba, a la carretera y a la sombra del autobús volcado mientras iba dejando un reguero de sangre.

Kordan y el técnico hidráulico de cabellos grises, Lao Fererer, que se habían nombrado a sí mismos codirectores provisionales del grupo, despejaron un espacio para los cuerpos y pidieron vendajes.

La guía, Rubyna Constanza, subió al autobús y reapareció luego con vendas y medicamentos. Empezó a trabajar de una forma profesional; tendió a Morits, se arrodilló junto a él y lo giró con suavidad hasta que quedó boca abajo. Entonces empezó a gritar: la parte trasera de sus vestimentas y su ropa interior, sus nalgas, muslos, pantorrillas y parte de un brazo habían sido devorados como por ratas hasta dejar expuestos los huesos. La sangre formaba un charco en la carretera. Por fortuna, Morits estaba inconsciente.

Constanza levantó la vista y miró las caras tensas que la rodeaban.

—¿Qué podemos hacer con estas heridas en este lugar? Seguramente va a morir. En el Hotel de la Unidad, en Ciudad de la Paz, los equipos de urgencias podrían hacer crecer arterias de reemplazo y carne, pero aquí la muerte es segura.

Nadie habló. La obscena palabra «muerte» los impresionaba. En casa era tan sólo

un tránsito satisfactorio, en que el ciudadano se adentraba en una palidez global en armonía con el Sistema. Aquí, en Lysenka II, uno se extinguía de manera rubicunda, con el color rojo de la rabia y de la pasión.

Kordan habló, dominando su voz:

—Haga lo que pueda por él, Rubyna Constanza. Ahora comprendemos por qué debemos acorazarnos indefectiblemente antes de visitar un planeta extrasolar. En lugar de encontrar la Seguridad Eterna, nos enfrentamos a la Anarquía Eterna, aquella que en el Sistema, antes de los días del Biocom y el establecimiento de la Unidad Mundial...

—Ya nos sabemos todos estos discursos de memoria —interrumpió Sygiek—. Aún no ha pasado una hora desde que el vehículo se accidentó, y uno de nosotros ya se halla herido de gravedad. El peligro nos rodea, y nuestro primer deber hacia el Estado es triunfar sobre él y sobrevivir. Espero que comprendan exactamente la situación en la cual nos hallamos: ecológica e ideológicamente, estas criaturas son nuestros enemigos —su brazo trazó un amplio arco para abarcar el terreno salvaje a su alrededor—. Somos el blanco número uno de cualquier monstruo que viva por aquí.

Arrastrando por su mata de pelo a la criatura-topo muerta, Dulcifer se abrió camino hasta el centro del grupo y la dejó caer al lado del cuerpo ensangrentado de Georg Morits.

—Sygiek tiene razón. No necesitamos discursos, necesitamos acción. No necesitamos propaganda, necesitamos información. Ahora no estamos en Utopía. ¿Saben qué permite a Utopía florecer? Se los diré: las proteínas, unas reservas abundantes de proteínas. El primer hecho acerca de Lysenka que deberían recordar es que desde el principio de su historia el planeta ha sufrido una gran escasez de proteínas. Piensen en lo que esto significa, camaradas: *podemos ser devorados*. Para los que habitan aquí, nosotros somos proteínas vivientes, y vamos a tener que luchar. De lo contrario, y a diferencia del pobre camarada Morits, seremos completamente masticados y tragados por algún sistema digestivo alienígena.

## Capítulo V

Un murmullo de sorpresa y de protesta surgió de aquellos turistas desamparados, pero Dulcifer no hizo caso y continuó:

—Puede que seamos eficientes en el Sistema, pero no hemos tenido enemigos externos durante incontables siglos. Aquí, somos ineficaces; en este mundo salvaje y asesino, somos apenas carnada, comida, nada más. Necesitamos información, y un jefe para sobrevivir aunque sea durante las próximas horas.

—Jefatura colectiva —añadió Lao Fererer, despertando un murmullo de asentimiento—. Hasta ahora hemos vivido según nuestros principios, así que no vamos a empezar a abandonarlos en una crisis.

—Nos adaptaremos —dijo Dulcifer firmemente—. Lysenka II está apenas entrando en lo que corresponde al inicio de la era carbonífera de la Tierra hace cientos de millones de años. Estamos en la misma condición en la que habríamos estado en ese pasado remoto, muy anterior a la invención del Biocom. Necesitamos comprender nuestra situación con tanta claridad como sea posible. Rubyna Constanza, usted es la guía. Háganos un sucinto resumen de las condiciones planetarias a las que tendremos que enfrentarnos aquí en el valle de la Hendidura.

Constanza, que había terminado de vendar las graves heridas de Morits, se puso en pie frente a ellos. Tras una mirada rápida a Kordan, la muchacha de Turismo Exterior habló como si siguiera desgranando su información en el vehículo a su cargo.

—Las pruebas de que Lysenka apenas ha emergido del devónico son complejas, y tienen mucho que ver con la situación del sol local, pero la evidencia geológica y biobotánica contribuye a darnos un cuadro general según el cual, en esencia, estamos en un mundo de vida muy primitiva. En los océanos hay peces de varios metros de largo y de cabezas óseas acorazadas, así como también trilobites. Los científicos del Sistema han descubierto en este valle huesos de tetrápodos anfibios, que se parecen a los del orden terrestre de los ripifóridos. En otras palabras, no existen huesos fósiles: las criaturas de las que hallamos restos existieron recientemente, pero fueron devoradas, aunque en otras partes del planeta, cerca de los trópicos, aún existen y merodean por las orillas de los lagos borodinianos.

»La vida vegetal es de una antigüedad similar, como era de esperar. Se pueden encontrar libélulas de más de setenta centímetros de envergadura entre las alas, aunque han empezado a extinguirse debido a que sus larvas fluviales constituyen un bocado exquisito para los animales. Estas libélulas viven especialmente en la región pantanosa al oeste de esta carretera, donde hay bosques de árboles gigantescos, aunque tales bosques son más frecuentes en el ecuador. Aquí podrán encontrar principalmente árboles-caja, colas de caballo, calamitas, quizás algunos gincos y,

por supuesto, helechos y árboles con otras plantas no portadoras de semilla. También hay secuoyas gigantes, con sus conos rígidos y leñosos, pero no hay flores en Lysenka II, un hecho del que se han lamentado algunos de nuestros visitantes.

»Vemos así que los únicos cerebros en el planeta son obtusos y se guían por el instinto. Ninguna criatura lejanamente similar al ser humano podría haber surgido de este lugar en millones de años de no ser por la nave capitalista que se estrelló en esta región hace tanto tiempo.

Los ansiosos turistas habían escuchado todo aquello con atención. Pasándose una mano por el pelo color arena, Takeido dijo:

—Me gustaría ampliar brevemente lo que ha dicho Rubyna Constanza. Soy exobotánico y he llevado a cabo trabajo de campo durante cinco años en el planeta Sokolev. Como se deduce de las palabras de Constanza, aquí en Lysenka la naturaleza aún no ha inventado las angiospermas, es decir, las semillas encerradas en un ovario, lo contrario de las gimnospermas. Una angiosperma requiere de una pequeña envoltura nutritiva que sostiene la semilla en los primeros estadios de vida. Las esporas o las semillas que no se hallan encapsuladas no poseen esta ventaja, consistente en mantenerse por sí mismas, motivo por el que su índice de mortalidad es alto. Uno no puede comer esporas, pero sí angiospermas. Esas pequeñas envolturas alimenticias dieron ocasión a la primera proliferación de los mamíferos sobre la superficie de la Tierra; pueden poner un planeta en marcha y hacerlo progresar. Este mundo no posee aún nada que lo ponga en marcha, al menos por el momento. Gracias.

—En cuanto a la hierba... —empezó Regentop, pero Dulcifer la interrumpió con sequedad:

—He allí el meollo del asunto: no hay hierba en este mundo, no hay cereales, no hay frutos energéticos que los animales puedan comer; ninguno de los requisitos básicos para apoyar un sistema herbívoro-carnívoro como los que se desarrollaron en la Tierra, en Sokolev y en otros lugares. Lysenka aún no ha alcanzado un estadio en el que pueda sostener de forma natural eso que llamamos vida animal.

—Usted habla mucho, utopista Dulcifer —dijo Fererer, y señaló hacia la criatura-topo muerta—, pero este animal que usted ha traído hasta aquí...

—Usted no debería dirigir ni un comité sedentario —replicó Dulcifer, apuntando a Fererer con un dedo—, si no ha captado el hecho evidente de que es ésa la razón para investigarnos antes de que se nos permita venir a Lysenka II. Esto no es un animal, no hay auténticos animales en Lysenka II: todo el sistema herbívoro-carnívoro es *humano* en su origen.

Con la punta del pie, Dulcifer dio la vuelta al polvoriento constructor de túneles hasta que lo puso boca arriba, la herida visible, un brazo tendido sobre la carretera, el otro doblado sobre el pecho.

—Mire esto, Fererer, miren todos. Miren y sientan piedad. Observen sus genitales retráctiles, sus articulaciones, su estructura anatómica. Son así debido a las duras condiciones, esto es sólo pobre inadaptación a un medio salvaje. Aunque se haya visto reducido a esto generación tras generación, sus antepasados eran nuestros antepasados, el *homo sapiens*, una pobre raza confundida que avanzaba torpemente en círculos hasta que logró alcanzar las estrellas. Lo mismo puede decirse de cualquier maldito animal que encontremos en este valle: se trata de ganado exhumano, este es el peligro al que debemos hacer frente, no con instinto, sino con astucia.

Fue la afirmación de que «sus antepasados eran nuestros antepasados» lo que provocó el murmullo más intenso. La voz de Sygiek atajó los comentarios.

—Utopista Dulcifer, le comunico que se le denunciará por desviacionismo a nuestro regreso al Hotel de la Unidad. Está malgastando un tiempo valioso y discutiendo información clasificada ante alguien que no pertenece a la élite.

—Pero la guía *lo sabe* —exclamó un analista de metales férricos llamado Che Burek—. Ella lo sabe: vive aquí, ha sido adoctrinada.

—Sigue siendo tan sólo una guía —dijo Sygiek—, una laborante común. No se ofenda, camarada Constanza. Excepto Fererer, ninguno de nosotros necesita que se le recuerde que todos los animales de Lysenka son descendientes de los capitalistas que se estrellaron aquí. Por supuesto que hay peligros; ¡pero el hecho de que los animales sean semihumanos nos permitirá utilizar el arma más poderosa del Sistema: *la razón!*

Dulcifer soltó una risita seca y pateó el cadáver, que rodó contra el chasis del autobús.

—¡Suenan gracioso viniendo de usted, Sygiek! Debería elegir mejor sus palabras, ya que fue usted quien disparó contra esta cosa.

—Retráctese, Sygiek —pidió Che Burek.

—Ya basta. No sucumbamos a los personalismos —dijo Kordan, dando un paso adelante—. Más de uno de nosotros está en situación de efectuar denuncias. Comprendemos cuál es nuestra posición, ¿no? Los registros del autobús nos dicen que estamos aproximadamente a doscientos cincuenta kilómetros del Hotel de la Unidad. Nos quedan seis horas de luz diurna. Tenemos luces y antorchas de emergencia y otros equipos en el vehículo, así como un remolque que puede llevar suministros, así que echemos a andar de vuelta hacia la seguridad de nuestro hotel. Las posibilidades de un ataque en la carretera son remotas.

Usla Dennig, una mujer del Estado Cuprano que acompañaba a Che Burek, dijo:

—Una caminata así nos llevará más de dos días-T, sin concedernos un momento de descanso; eso significa un día y medio de Lysenka. Y, dicho sea de paso, soy de los técnicos meteorólogos principales del Sistema, y creo que se está preparando una tormenta.

—Hemos tomado una decisión —dijeron Kordan y Fererer al unísono.

—¿Puedo exponer una alternativa, aunque sólo sea una laborante común? —preguntó Constanza. Tenía una figura delicada, bien formada, y les observaba casi con aire divertido—. El Hotel de la Unidad se halla a un largo camino cuesta arriba, y presumo que ninguno de ustedes está acostumbrado a andar mucho; pero hay otro refugio más cercano, y está cuesta abajo. En la propia garganta hay un restaurante confortable, con muchos cuartos de baño, saunas y demás, así como una piscina especialmente creada para comodidad de ustedes en una parte del lago.

—¿Cuán lejos está la garganta? —preguntaron una docena de voces.

—A una hora de viaje en el ALD, digamos que ciento ochenta o ciento ochenta y cinco kilómetros. Estaremos a salvo en la garganta.

Se produjo una discusión improvisada.

Mientras hablaban, oyeron el sonido distante de un claxon.

—¡Un vehículo! —exclamó alguien, y todos se apresuraron a mirar desde la carretera en ambas direcciones. Uno o dos subieron al autobús.

La carretera, vacía, se fundía en la neblina grisácea. Estaban completamente aislados de la civilización. A un lado, quizás a un kilómetro, terminaba la llanura y empezaba un bosque de color verde desteñido. Una horda de criaturas surgió de entre los árboles y avanzaba a paso enérgico hacia el terraplén y el río que se extendía entre el bosque y la elevación. La luz, brumosa, no permitía distinguir con claridad sus características.

Los turistas se quedaron inmóviles, observando.

—Voy a buscar esas antorchas de emergencia —dijo Che Burek, pero no se movió.

La horda comprendía quizá cincuenta individuos que avanzaban un poco a saltos y al parecer a cuatro patas, aunque detrás venían tres corredores en una postura un poco más erguida. Uno de ellos se llevaba un instrumento a la boca y emitía una nota rasgada. Era ése el sonido que habían oído, y que no provenía de un claxon sino de un cuerno.

Desagradable reminiscencia del cuerno de un cazador, dicho sonido era suficiente para provocar terror entre los turistas, que, sin antes formar un comité, subieron al autobús en medio de forcejeos en puertas y ventanillas. Tan sólo Kordan, Takeido y Dulcifer permanecieron en la carretera.

—Ayúdeme a meter a Georg Morits —dijo Kordan a Dulcifer, levantando al hombre herido.

Entre los tres subieron a Morits por el inclinado vehículo, donde otras manos les ayudaron a pasar al interior con tanto cuidado como fue posible.

En aquel momento, Morits salió de su coma, forcejeó y empezó a quejarse débilmente. Sus vendajes empezaron a chorrear sangre y cuando sacudió

doloridamente su brazo la esparció por todas partes. Una convulsión agitó todo su cuerpo, se arqueó rígidamente, gritó de nuevo y se derrumbó.

Lech Czwartek, el doctor, que estaba al lado del herido, lo examinó y, tras mover negativamente la cabeza, declaró que Morits estaba muerto.

Las palabras que surgieron de su boca fueron tan rudas que Hete Orlon tuvo un ataque de histeria. Se retorció, mesándose los cabellos, y golpeó a Lao Fererer cuando éste intentó calmarla, para luego arrojarse llorando sobre el cuerpo inerte mientras gritaba incoherencias.

—Madre, madre, ¿qué te he hecho? Nos han quitado lo que más querías. Ya no es para mí ni para ti. Nadie tiene la culpa, madre, nadie tiene la culpa. Maldigo... ¡No a mí, no a ti! ¿Por qué siempre me has abandonado? ¡Estábamos a salvo juntos, madrecita!

Fererer colocó sus manos sobre los hombros de la abatida mujer en un intento de calmarla y, volviendo el rostro enrojecido hacia los demás, dijo:

—No sabe lo que dice. Puedo asegurarles que es una exonacida, como todos nosotros. Nunca tuvo madre, creció junto a sus hermanos en un jardín de infancia en Mali Zemlya.

Mientras Orlon se deshacía en jadeos trastornados, las criaturas del bosque se acercaban tomándose su tiempo, serpeando por entre las escasas frondas verdes y mirando constantemente a derecha e izquierda.

Sus rasgos no se distinguían con claridad. Eran cebrados, de color marrón y blanco, de orejas notablemente anchas, redondas y curvadas hacia adelante en forma de copa, casi como si fuesen extensiones de la mandíbula inferior.

—Parecen cebras —dijo Dennig, con voz aliviada—. ¡Podrían ser herbívoros y no carnívoros!

La horda disminuyó el ritmo de marcha mientras bordeaba algunos de los túneles de los topos y se acercó al río con las debidas precauciones. Por momentos las criaturas se detenían y alzaban sus patas delanteras para mirar alrededor en una postura casi humana. Los turistas estaban fascinados.

—Imaginar que hubo un tiempo en que fueron humanos —exclamó Lydy Fracx.

—Pensar que hubo un tiempo en que fueron capitalistas —dijo Kordan.

—Pensar que han nacido del vientre de una hembra —añadió Takeido—. Sólo cuando el Biocom libró a nuestra raza de este peso pudieron desmantelarse las sociedades familiares y se pudo establecer una auténtica sociedad global.

—¡Quietos! —exclamó Sygiek.

La horda cebrada había avistado el autobús y se quedó mirándolo largamente, para luego avanzar hacia el río. Amplias extensiones de arena en ambas riberas indicaban cómo el río se había ido contrayendo desde su anchura original, pero seguía siendo un río grande y parecía traicionero: algunas piedras surgían a la

superficie aquí y allá, y en el centro, donde el cauce era profundo, la corriente levantaba una cabellera de espuma que parecía avanzar permanentemente debido a un viento silencioso. Los líderes del grupo de cebras se metieron en el agua y el resto les siguió.

Uno de los corredores rezagados tocó de nuevo su cuerno como un desafío y, mientras cruzaban el río, las hembras y los miembros más jóvenes del grupo se situaron, protegidos, en el interior de un apretado círculo de cuerpos. Los líderes habían alcanzado las aguas más profundas cuando fueron atacados y un fornido macho de melena gris cayó bruscamente sobre sus rodillas para casi desaparecer bajo las aguas revueltas. Dos de sus compañeros lo sujetaron con sus patas delanteras y tiraron de él hacia la superficie. Una criatura de cuerpo negruzco parecida a una foca emergió con él, los colmillos clavados en su vientre, pero fue atacada de inmediato por el resto de la gente cebra.

Siguieron apareciendo focas y con ellas una confusión generalizada, en la cual más de una de las cebras jóvenes fue arrastrada bajo la corriente mientras aullaba, en tanto que la primera foca fue eliminada con un golpe contundente, por lo que soltó su presa y fue arrastrada rápidamente corriente abajo, donde algo gris y veloz se apoderó de ella casi de inmediato y desapareció de la vista.

La horda de cebras daba coces y chapoteaba hacia todos lados. Había retrocedido hacia aguas menos profundas. El cuerno sonó de nuevo; cuando se elevó en el aire para desgranar tres notas vacilantes, los turistas pudieron observar su elaborado diseño. Más tarde discutirían entre ellos acerca de si estaba hecho de hueso, madera o metal.

Aquellas notas ásperas reagruparon a las indecisas criaturas, que, volviéndose, retrocedieron en buen orden hacia la orilla más alejada y, sin mirar ni una sola vez hacia atrás, hacia el lugar donde habían perdido a algunos de los suyos se alejaron por la parte superior del risco, trotando en cuatro patas hasta empequeñecer en la distancia.

—Podríamos haberlos ahuyentado fácilmente, si se hubiera presentado la ocasión —dijo Kordan, animado—. Ahora, reunamos las provisiones y preparémonos para andar hacia la garganta tan pronto como podamos.

—Acabo de recordar algo importante —dijo Jaini Regentop—. Más o menos cada diez kilómetros hay teléfonos de socorro a lo largo de la carretera, los vi desde el autobús. Presumiblemente, el sistema fue instalado para comodidad de los constructores de la carretera. Podemos ir hasta el teléfono más próximo y pedir ayuda.

—¿Por qué no lo mencionó antes? —preguntó Takeido.

—¿Por qué no lo mencionó la guía? Ha visto estos teléfonos una y otra vez.

—Lo había olvidado —dijo Constanza, chasqueando los dedos—. No he sabido



de nadie que haya tenido jamás la ocasión de utilizar esos teléfonos. Además, sólo soy una estúpida laborante común, ¿no?

—¡Tendremos ocasión de utilizar los teléfonos ahora! —dijo Kordan—. Nuestro plan de acción es claro. Sin más dilaciones, iremos andando hacia la garganta y nos detendremos en el próximo teléfono de socorro, y si funciona, pediremos ayuda. Luego, quizá lo mejor sea regresar aquí al autobús y esperar.

—¡O encontrarlo ocupado por animales feroces! —exclamó Hete Orlon, que aún se mostraba llorosa—. No abandonaré la seguridad de este autobús, contra cualquier decisión que ustedes tomen.

Pasando por alto la interrupción, Kordan continuó:

—Si el teléfono no funciona, seguiremos nuestro camino hacia la garganta. Rubyna Constanza nos ha dicho que está a apenas unos ciento ochenta kilómetros. También me ha informado de que equipos de mantenimiento patrullan rutinariamente la carretera partiendo de Ciudad de la Paz cada mañana al amanecer, así que puede que la ayuda esté ya en camino, incluso si no podemos hablar por el teléfono de socorro. E incluso si uno de los autobuses de turistas no regresa desde la garganta para averiguar qué nos ha ocurrido. ¿Están todos de acuerdo? Pueden decir lo que crean oportuno, camaradas.

El desacuerdo brotó inmediatamente. ¿Qué iban a hacer con Orlon? Había otros que, como ella, no deseaban abandonar el autobús. ¿No sería un gran grupo en la carretera el blanco perfecto para un ataque?

Les llevó media hora-T decidir que un pequeño grupo de seis, con provisiones, continuaría el camino. Los demás se quedarían en el autobús.

—¿Quién irá en este pequeño grupo? —preguntó Czwartek, rascándose nerviosamente la barba—. Como médico, mi deber es quedarme aquí con el grupo más grande.

—Es un privilegio seguir adelante, utopista doctor —dijo Sygiek con voz fuerte, levantando enérgicamente su mano—. Yo iré con mi compañero, Jerezy Kordan. Fererer puede quedarse aquí a cargo del grupo del autobús, y para ocuparse de las pobres criaturas débiles como Orlon. Los voluntarios que nos acompañen, reúnanse aquí en fila. Ninguno de los dos desea cobardes. Éste es un planeta capitalista miserable y subdesarrollado por el que sólo deberíamos sentir desprecio.

Algunos voluntarios se adelantaron, entre ellos el corpulento Dulcifer.

—Utopista Dulcifer, está usted bajo censura —sentenció Sygiek—. Se quedará aquí.

Kordan le tocó el brazo.

—No debe dar usted todas las órdenes —dijo—. Dulcifer es un hombre de recursos, aunque provenga de Venus. Dejémosle ir en nuestro grupo. Podremos mantenerlo bajo vigilancia. Es lo mejor.

Tras una ligera discusión, se pusieron de acuerdo sobre los seis que irían. Además de Sygiek, Kordan y Dulcifer, el grupo estaba formado por Rubyna Constanza y los otros dos jóvenes procedentes de distintos sectores de Estado marciano: Ian Takeido, el exobotánico, y Che Burek, el analista de metales. La compañera de Takeido, Regentop, quería ir también, pero ella y Takeido se habían peleado, por lo que Burek ocupó su lugar. Se trataba de un hombre apuesto y jovial, y anunció que se sentiría complacido de recibir órdenes.

## Capítulo VI

Los seis se pusieron en marcha, dijeron adiós con las manos e hicieron el saludo del Sistema, llevando consigo el pequeño remolque motorizado que el autobús traía en el compartimento trasero y en el que habían apilado provisiones, bengalas y otros pertrechos. Avanzaron con pie firme por el centro de la calzada, en fila india, con el remolque en medio, y el autobús desapareció a sus espaldas oculto por una suave curva de la carretera. Estaban solos en medio del inmenso paisaje cobrizo y el silencio se extendía sobre ellos.

Una ligera brisa sopló y desapareció. Una libélula inmensa acudió a inspeccionarlos, revoloteando sobre ellos durante un rato. El río se alejaba de la carretera formando meandros y el paisaje empezó a volverse más accidentado. El grupo permanecía en el centro de un enorme bol invertido de aire neblinoso. Sólo una vez brilló el sol a través de las nubes lo suficiente como para fijar su forma de disco impreciso.

Pasó una hora-T y media antes de que viesen el poste del teléfono de socorro en la distancia. Junto a él había un gran cartel, cuyas letras fueron formando palabras a medida que el grupo se acercaba:

GARGANTA DUNDERZEE, 200 KM

Trabaje – Diviértase – Aprenda incluso del panorama

—Oh, es mucho más lejos de lo que recordaba —exclamó Constanza—. Este viaje es tan rápido y sencillo en el ALD...

—Realmente estamos aprendiendo más de lo que necesitamos de este maldito panorama —se quejó Dulcifer.

—Sólo recuerde que la magnífica carretera por la cual vamos forma parte de nuestra cultura —dijo Kordan.

Cuando llegaron al teléfono, fue Sygiek quien abrió la caja blindada y pulsó el comunicador. Los demás permanecieron junto al remolque, mirando expectantes. La pequeña pantalla no se iluminó.

—Muerto —anunció Sygiek. Cortó el contacto y cerró la caja. Takeido la apartó a un lado y probó él, pulsando una y otra vez, sin resultado.

—Demasiado para nuestra cultura —dijo. Miró tristemente a Kordan—. Nunca llegaremos a la garganta. Usted y yo nunca mantendremos nuestra discusión confidencial. Esos... Esos cazadores de proteínas nos alcanzarán tan pronto como se ponga el sol —se subió sobre el remolque y se puso a silbar.

Kordan carraspeó, frunció el ceño en dirección al joven, y levantó la vista hacia

las nubes bajas que colgaban sobre sus cabezas.

Y allí permanecieron, sin esperanzas y evitando mirarse, bajo el enorme cartel.

—¿Podemos regresar al autobús? —preguntó Constanza—. Ya sé que suena decadente, pero los zapatos me están apretando los pies.

—Ande descalza —dijo Sygiek con frialdad—. Debemos ir hasta el siguiente teléfono, y hasta el siguiente después de ése, si es necesario. No es bueno rendirse, camaradas. Mantengamos algo de buena esperanza utopista en nuestros corazones.

—¿Y qué debemos mantener en nuestras cabezas? —preguntó Burek, y agitando la cabeza dijo a Sygiek—: Usted y Kordan hablan demasiado. Soplando no se calienta la sopa, como decían los viejos campesinos —daba la impresión de ser un hombre introvertido, lo cual hacía más efectivas sus observaciones, especialmente cuando hablaba de aquel modo grave y pausado, juntando sus cejas al hacerlo—. Amigos míos, podemos suponer que los constructores de los túneles habrán cortado los cables del teléfono en el sitio del accidente, así que ninguno funcionará a lo largo de todo el camino hasta la garganta, ¿no creen? Utilicen sus cerebros.

—Exacto —replicó Constanza—. Ésa es otra razón para volver al autobús.

—Más que una razón parece una excusa —dijo Burek—. Yo estoy a favor de continuar. Simplemente, no deseo que suframos una decepción cada vez que alcancemos un teléfono y descubramos que está fuera de uso.

—Déjenme recordarles que nuestra decisión fue dirigimos hacia la garganta —intervino Kordan—. Los demás cuentan con nosotros para llevar a cabo tal propósito. Sin duda, seremos censurados si regresamos sin haber hecho nada.

—Eso es asunto suyo —dijo Takeido, bajando del remolque—. Prefiero ser censurado que devorado, pero eso no quiere decir que me guste alguna de las dos cosas —se sujetó las sienes en súbita tensión—. ¡Me gustaría no haber oído hablar jamás de Lysenka! Escuchen, si anduviéramos hacia el otro lado hasta el teléfono situado *antes* del comienzo de aquel entramado fatal de túneles, quizá descubriríamos que la línea funciona.

—¿Por qué no sugirió esto en el autobús? —gimió Constanza.

Él le tomó la mano.

—Porque acaba de ocurrírseme ahora, encantadora criatura.

Dulcifer estalló en una risotada. Burek le preguntó:

—¿Qué es lo que encuentra divertido? ¿Está usted a favor de seguir o de volver atrás?

—Como ha dicho Takeido, mejor caer en desgracia que ser digerido. Estoy a favor de volver atrás.

—Muy típico de usted —dijo Sygiek—. Tres desean entonces proseguir y tres desean volver atrás. ¿Tendremos que dividirnos otra vez en dos grupos?

—Sólo déjenos tomar un descanso —pidió Constanza, y se dejó caer en la

calzada. Takeido, solidario, se sentó a su lado. Ella no tomó parte en la discusión que siguió; sus pies desnudos hablaban por ella con ternura. Los otros cuatro permanecieron firmemente de pie en la carretera, discutiendo y mirando el paisaje desolado.

Todavía discutían cuando Sygiek estalló:

—¡Ustedes, gente débil, tienen los pies doloridos pero no tienen coraje! Debemos llegar hasta la garganta. Podemos andar por la noche, utilizando antorchas y bengalas para repeler los ataques. Si es necesario seguiré adelante sola.

A lo cual Dulcifer asintió sonriendo y ofreciendo un aplauso silencioso.

—No se trata de tener coraje sino de comprender la situación —dijo Burek, juntando sus cejas—. Nosotros seis no seríamos rivales ante un ataque de treinta o cuarenta de esas criaturas. Nuestro deber es reconocer la realidad y volver junto al grupo mayor para informar de la situación. Usted desea proseguir por razones personales, Millia Sygiek, porque es una persona ansiosa de dominar a los demás y someterlos a su voluntad. Jerezy Kordan no desea proseguir porque sea fuerte sino porque es débil pero desea complacerla a usted. Deje su personalidad a un lado y vea las cosas con sentido común, utopista.

Dulcifer palmeó a Burek en la espalda y soltó una carcajada. Burek lo miró fijamente.

—Usted está tan sujeto a sus deseos personales como ellos —sentenció—. Hay mucho más que reprocharle a usted, que tiene un mayor conocimiento...

Rompiendo su silencio, Kordan dijo:

—Basta de opiniones toscas, por favor, Che Burek. Recordemos que todos somos utopistas y que nuestra fuerza deriva de nuestra unidad. No tenemos ninguna decisión que tomar: seguiremos adelante como se decidió previamente.

Takeido lanzó un suave silbido.

—Camaradas, los excapitalistas están empezando a mostrar renovado interés en nosotros —se puso en pie y señaló a través de la densa atmósfera.

Más allá de la carretera, a través de una tediosa mezcla de rocas y cañones salpicados de colas de caballo, su mirada había indagado en la terrosa desolación, hasta que sus ojos tropezaron con un grupo de figuras acurrucadas que les espiaban, desde una prominencia.

Como si hubieran estado esperando que las vieses, las distantes figuras se levantaron y empezaron a descender con lentitud, en una sola fila.

—No son muchos —observó Kordan—. Estúpidos de nosotros, no hemos traído binoculares. Sigamos andando a paso firme, no hay motivos de alarma.

Mientras sujetaba el remolque con sus pertrechos, Kordan dio ejemplo, Sygiek formó tras él y Burek y Dulcifer los siguieron. Takeido ayudó a Constanza a ponerse en pie y ellos también echaron a andar, la mano de la guía sujeta por la de él.

Sin prisas, las figuras indistinguibles del enemigo descendieron hasta el valle de la hendidura y avanzaron hacia la carretera, acercándose a ella a medida que pasaban los minutos. Resultaba claro que su blanco eran los utopistas.

Mientras el remolque chirriaba tras ellos sobre la carretera, Sygiek dijo en voz baja a Kordan:

—¿Se ha dado cuenta de que parece que tuvieran dos cabezas? Oh, siento tal horror... Menos miedo que horror, porque seguro que ya no les queda ningún rasgo de *homo sapiens*. ¿Debemos echar a correr?

—Si corremos, ellos lo harán también. Mi conocimiento de historia me dice que quizá sea más sensato encender algunas antorchas e intentar asustarlos para que se alejen. Déjeme decirle que siento más miedo por su seguridad que por la mía. Querida Millia, ¿qué debemos hacer?

Ella lo miró y sonrió con rigidez.

—Yo iba a preguntarle lo mismo.

Él le dirigió una rápida mirada de comprensión.

—Entonces, intentemos alejar a esos monstruos.

Los seis se detuvieron en mitad de la carretera y formaron un núcleo compacto, abrieron una caja de pistolas lanzabengalas y, una vez armados, se volvieron para hacer frente a las criaturas que avanzaban rápidamente a través del valle pedregoso.

El enemigo se detuvo. Se trataba de un grupo de cinco especímenes feroces, cada uno más formidable que cualquier otro ser viviente que los turistas hubieran visto en mucho tiempo. Llevaban una especie de chaquetilla de púas cortas y erizadas y el rostro pintado con franjas verticales de color pardusco; dos franjas horizontales negras enmascaraban parcialmente sus ojos. El pelo se les espesaba con rigidez en la parte superior de la cabeza, formando como una cresta de gallo. Parecían enormes cactus ambulantes.

La excepción era el líder, que se detuvo al frente de sus cuatro compañeros. Un hueso de extremos muy afilados atravesaba las aletas de su nariz y en la cabeza, sobre una mata de indomeñable pelo amarillento, ostentaba un cráneo a manera de corona, pintado con colores parecidos a los del rostro y con los dientes del maxilar superior apoyados sobre su frente. Era el cráneo lo que, en un momento de temor, había hecho pensar a Sygiek que los recién llegados tenían dos cabezas.

Iban montados sobre cabalgaduras, llevaban lanzas y permanecían sentados en posición erguida en un silencio tan vigilante como amenazador. Pese a los adornos extraordinarios, la estampa de la humanidad era en ellos más clara que en cualquier otra criatura que hubiesen visto en Lysenka.

—Terribles —dijo Takeido, y se cubrió la boca con la mano.

—¿Debemos o no debemos utilizar las pistolas lanzabengalas? —preguntó Constanza, urgida, en voz baja—. Si tuviéramos tan sólo un arma efectiva, podríamos

terminar con todos ellos —dijo, y se asió a Takeido.

—Cuando yo dé la señal —ordenó Sygiek—, dispárenles a la cara. Pero sólo cuando dé la señal, ¿comprendido?

Los cazadores estaban desmontando. Sus monturas, sus degradados caballos de dos patas, eran criaturas-cebra como aquellas que habían intentado sin éxito cruzar el río. Sobre sus hombros, en estrechas sillas de montar atadas justo encima de sus paletillas, iban los cazadores. Estribos con púas les colgaban hasta las rodillas. Cuando sus jinetes desmontaron, las cinco cebras se dejaron caer al suelo, con signos evidentes de cansancio y sin interés alguno en lo que sucedía alrededor de ellas.

Los cinco cazadores de extraña armadura avanzaron a pie, listos para usar las lanzas que sujetaban. El líder gruñó una voz de mando, sin apartar su mirada atenta de los turistas que se hallaban inmóviles en la carretera. Uno de sus hombres se volvió pausadamente, se llevó los dedos a los labios pintados y silbó. Dos notas. Pausa. Luego las dos notas otra vez.

El paisaje se llenó de perros que parecían surgir de todas partes y ladraban ruidosamente, toda una jauría feroz, vestida de chaquetillas peludas y llenas de púas como las de sus dueños. Algunos tenían caras como de lobo, otros las tenían más embotadas y más humanas. Unos corrían sobre cuatro patas, otros lo hacían a veces sobre dos. Todos se reunieron alrededor del grupo acorralado en la carretera.

En cuestión de segundos, los turistas estaban rodeados.

—¿Bengalas? —preguntó Dulcifer—. Dispararé tan pronto como el primer perro intente morderme los tobillos.

—Espere —dijo Burek—. No nos están atacando.

El líder de los cazadores avanzó a zancadas entre los gruñidos de la jauría, trepó sin esfuerzo hasta la carretera y se plantó inmóvil ante los turistas, tan sólido como un ancho barril. Señaló hacia ellos y emitió una rápida serie de sonidos guturales que no tenía para los turistas ningún significado. Éstos empezaron a retroceder hasta que Kordan inspiró profundamente y dio un paso al frente.

—Somos gente importante —le dijo Kordan—. La Unidad Mundial y el Sistema están detrás de nosotros. Pedimos que nos ayuden a regresar al Hotel de la Unidad, ¿comprende?

Takeido, al ver que el otro no hacía ademán alguno, dijo:

—Son ustedes bienvenidos a su hediondo planeta. Nosotros lo único que deseamos es volver a casa.

Sygiek le tendió la mano, ofreciéndole al jefe un paquete de panecillos rellenos con verdura, preparados en el hotel aquella mañana.

—Un presente —dijo—. Tómelo y ayúdenos.

El jefe de los cazadores se volvió levemente, avanzó hacia ella y la miró, ignorando la mano tendida para clavar sus ojos en los de la mujer.

Un fuerte choque psíquico invadió a Sygiek cuando su mirada se encontró con la de él, mezquino, arrogante, insensible; su actitud delataba esas características desde los ojos estrechos, además de alguna otra cualidad para ella desconocida hasta entonces, algún misterioso móvil primordial de la vida que la asaltó y ante el cual se sintió humilde.

Pero también se sintió avergonzada de aquella humildad indeseable, y bajó los ojos en actitud sumisa ante la imponente mirada.

Él agarró el paquete de panecillos y lo tiró a los perros. Constanza se agarró a Takeido, que la rodeó con un brazo protector. Al advertir tal movimiento, el líder hizo oscilar su cabeza y los miró fijamente. Luego efectuó un gesto imperioso que no llamaba a engaño: debían seguirle.

De sus secuaces se oyeron más silbidos y otros cazadores aparecieron en el lugar en el que éstos habían permanecido a cubierto. Galopaban en criaturas-cebra y muchos de ellos iban acompañados por perros que invadieron la carretera mientras ladraban arrebatados. Los turistas se vieron rodeados por un cordón de hombres y perros y todavía aparecieron otros guerreros.

Hubo más gestos imperiosos, más órdenes restalladas.

—No tenemos otra elección que... —empezó Kordan, con el rostro pálido, cuando Takeido disparó su pistola de señales contra el jefe de los cazadores.

A una distancia de menos de cuatro metros, el jefe se había vuelto a medias para llamar a sus compañeros. La bengala golpeó contra su hombro y estalló, lanzándolo en una voltereta contra sus perros. Un surtidor de luz verde se disparó entre la jauría, cuyas criaturas corrieron gruñendo en todas direcciones.

—¡Fuego todo el mundo! —gritó Sygiek—. Es nuestra única posibilidad —y disparó su pistola de señales mientras hablaba.

Sus cinco camaradas siguieron el ejemplo.

Verdes estallidos llenaron aquel mundo grisáceo; varios cazadores cayeron, algunos corrieron a guarecerse, las cebras se alejaron al galope y chillando. Pero nada había cambiado: nuevos cazadores se materializaron sobre el pedregoso terreno, se lanzaron contra los turistas y los derribaron por la fuerza. Todo aquello mientras aullaban de forma salvaje e intimidatoria.

Magullados, aterrados y desarmados, los turistas permanecieron inmóviles allí donde los habían derribado. Cazadores y perros hicieron una airada exhibición a su alrededor golpeando con lanzas y pies la superficie de la carretera. Desde una cercanía desagradable, los turistas pudieron efectuar una inspección de los perros mientras éstos daban vueltas alrededor.

Algunos de los perros eran perros; se mordisqueaban y saltaban unos sobre otros. Algunos eran críos de los cazadores que corrían a cuatro patas como auténticos perros. Unos y otros, perros y niños, iban protegidos por el mismo tipo de chaquetilla



punzante que llevaban los cazadores, atuendo que consistía en centenares de agujas cónicas de pino cosidas a una base de tela. Además, muchos de los niños llevaban cascos ligeros adornados con pelaje y orejas enhiestas. Era difícil distinguirlos de los perros auténticos. Sus manos, rodillas y pies eran callosos y tenían algo parecido a almohadillas. Muchos tenían rostros afilados, como una imitación de hocicos caninos.

Mientras la jauría de perros hacía cabriolas y escudriñaba los rostros de los cautivos, los cazadores estaban atareados revisando todo lo que venía en el remolque. Los turistas tenían una visión incomparable de rodillas y pantorrillas llenas de cicatrices, y podían oír el lenguaje seco de sus captores. Más cazadores y perros salieron de la nada y formaron círculo alrededor de los infortunados visitantes. Empezaron a llover gotas gruesas y pesadas.

Dulcifer se zafó de un tirón y consiguió sentarse, las manos dobladas sobre las rodillas.

—Por ahora no nos han matado. ¿Qué pensarán hacer con nosotros?

—Depende de que hayamos matado o no a su jefe. Ahora lo están comprobando —dijo Takeido, y se echó a reír con aire miserable hasta que Constanza lo calmó.

La lluvia empezó a caer con más intensidad mientras el jefe era arrastrado fuera de la carretera. Su posición era visible gracias al grupo de cazadores que lo rodeaba. El cielo estaba oscuro.

—¿Por qué no vuelven por nosotros esos malditos autobuses? —preguntó Constanza—. Conozco a esas azafatas estúpidas: Sonya Rykznel, Bonni Fin, Pru Ganin... ¿Por qué no se han alarmado y han vuelto a buscarnos?

La lluvia caía sobre sus rostros. Estaban empapados hasta los huesos. El agua siseaba y burbujeaba sobre la superficie lisa de la carretera. Aguardaban. Kordan ocultó el rostro entre las manos.

—Sólo soy un académico, no un líder. Hay una gran diferencia.

—Estoy pensando en lo que se dijo antes —habló finalmente Burek—. Ellos nos ven como proteínas, van a aprovecharnos como comida. No poseen valores humanos. Después de todo, el enemigo capitalista no dejará de serlo jamás. Estamos en una mala posición. Recuerdo un antiguo proverbio: «Un hombre en el cubil de un león tiene a los lobos por amigos».

—Si regresamos al Sistema presentaré una moción de censura severa —dijo Sygiek—. Todas estas criaturas debieron haber sido destruidas antes de que el planeta se abriera al turismo. El Ministerio de Turismo Exterior tendrá que responder por esto. La propaganda también era engañosa: no habría venido aquí si hubiera sabido cuál era la situación verdadera.

—Estoy de acuerdo —dijo Kordan—. Turismo Exterior ha sido de una negligencia notoria, pero, a pesar de ello, mis órdenes fueron desobedecidas. Utopista Takeido, se le censurará por disparar su pistola de señales sin permiso.

La lluvia les aplastaba los cabellos contra la frente. Los perros gimoteaban y merodeaban sin descanso a su alrededor.

Takeido apartó el agua que corría por su rostro y miró con irritación a Kordan.

—Académico Kordan, como es probable que los perros se echen sobre nosotros dentro de un par de minutos-T y quedemos hechos pedazos, le diré de una vez que le maldigo a usted y a su estúpida autoridad. Cuando nos encontramos en el hotel, pensé que usted era un gran hombre, lleno de sabiduría y buen juicio. Ahora siento desprecio por usted. Estamos a cincuenta años luz del Sistema, así que ¡olvídelo, olvide el Sistema! Es sólo una prisión, con los de su clase como carceleros. ¿No es cierto, Vul Dulcifer?

Dulcifer se encogió de hombros.

—Pero es usted tan parecido a ellos, Ian Takeido: siempre apelando al apoyo de los demás. En el mundo en el que nos hallamos obligados a vivir, cada individuo debe proteger su propio corazón.

—¿Qué tiene usted que decir, hombre-enigma, Che Burek? —preguntó Takeido, apartando la lluvia de sus labios con impaciencia—. ¿Tiene usted una respuesta tan débil como la del utopista Dulcifer? ¿O las palabras de un patán no tienen mayor relevancia? ¿O es usted un miembro secreto de la PRU?

Constanza se llevó la mano a los labios.

—¡No hable así, Ian!

—Digo que aún no estamos muertos, y que aún podemos tener esperanzas si dejamos de pelearnos unos con otros. Recuerden el antiguo proverbio: «Cuando las ranas croan fuertemente, la grulla ataca» —Burek ilustró su afirmación con un gesto de su pesada mano apuntando con tosquedad hacia la carretera—. Es usted joven, Ian Takeido. No comprende que la lluvia no es la única forma de mojarse.

—Ustedes los hombres están locos —dijo Sygiek, mirando con desprecio por encima de los lomos erizados de púas de los perros—. Usted en particular, Takeido, ¿puede imaginar sólo por un momento que debido a que se halla usted fuera del Sistema el Sistema está fuera de usted? Somos sus productos, moldeados por él una y otra vez, tan conformados por él como esos bárbaros degenerados lo han sido por su entorno.

—No podría haber pronunciado una censura más fuerte contra usted misma que la que acaba de pronunciar —replicó Takeido.

La lluvia arreció, llenando el aire con un sonido líquido. El paisaje pareció disolverse en agua. Cazadores, perros y niños mantuvieron su actividad incesante, dispersándose por toda el área, manteniendo siempre una vigilancia atenta en todas direcciones. Al final, el jefe de los cazadores recibió ayuda para ponerse en pie. Blandió su lanza por encima de la cabeza coronada con el cráneo y sonaron vítores; los perros ladraron y gimotearon.

Al mismo tiempo, como si hubiese alguna relación entre ambos acontecimientos, el aguacero cesó bruscamente. Una de las cebras se había puesto en pie, y el jefe montó en ella sin ayuda. Se oyeron nuevos vítores y él señaló a los seis prisioneros.

Más actividad, más gruñidos de perros y niños. Obligados a ello, los turistas se levantaron, limpiándose y apartando la lluvia de sus ojos. Manos voluntariosas los empujaron fuera de la carretera y les forzaron a chapotear en el agua lodosa hasta llegar al punto donde aguardaba el jefe.

Las criaturas trajeron una larga pértiga y cuerdas de cáñamo, con las que ataron a los seis en línea a la pértiga, las manos aseguradas a la espalda, de tal modo que solamente podían avanzar en hilera al mismo paso. Por añadidura a la humillación, les sujetaron fardos con las provisiones y algunos artículos saqueados del remolque sobre los hombros, convirtiéndolos así tanto en bestias de carga como en prisioneros.

Mientras esto ocurría, cazadores y perros fueron desapareciendo en el anegado paisaje, entre hondonadas y maleza. Antes de que pudieran darse cuenta de ello, los seis utopistas desesperanzados estaban de nuevo a solas con los cinco asaltantes iniciales.

## Capítulo VII

Se dio una orden seca: los seis cautivos se vieron obligados a avanzar por el semidesierto, uncidos como bueyes. A cada paso que daban se hundían hasta los tobillos en un lodo amarillento. Iban con la cabeza inclinada, y durante mucho rato anduvieron en silencio.

—La lluvia nunca fertilizará esta tierra —dijo Takeido—. Me gustaría hacer algunos análisis del suelo. Uno puede esperar encontrarse con una ausencia casi total de microorganismos. No cabe la menor duda de que fue por eso que fracasaron las primeras cosechas cuando los colonos se estrellaron aquí. Aún tienen que formarse algunos eslabones vitales en la cadena de la vida. Vaya planeta de porquería para aterrizar en él.

—Con un mínimo de terraformación, podría ser un buen planeta —replicó Dulcifer—. Podríamos convertir esto en una alfombra interminable de trigo en un siglo.

Nadie dijo nada más. Con las cabezas inclinadas y la dificultad para andar, no se animaban a conversar.

Pasó el tiempo y los turistas, en su creciente cansancio, perdieron la cuenta de él. Sus mentes fueron vaciándose a medida que cada paso se convertía en un esfuerzo mayor. Miraban hacia abajo, a sus pies enlodados y doloridos como patas de seres primitivos.

Repentinamente, sus captores les hicieron cambiar de dirección y detenerse detrás de un montón de helechos. Los cazadores desmontaron, tras lo cual sus monturas se derrumbaron como si hubieran muerto sobre el suelo empapado. Un cazador se quedó de guardia mientras los otros cuatro desaparecían rápidamente entre unos peñascos cercanos.

Unos minutos más tarde se oyó un chillido terrible, seguido de un profundo silencio. Cuando los cazadores volvieron a aparecer, cada uno sujetaba una pata de una criatura desmañada que se balanceaba colgada entre ellos. Con sonrisas triunfales, depositaron la presa junto a sus cautivos.

La adaptación a partir del modelo humano había llegado a un grado sorprendente en aquella criatura.

Sin duda se trataba de un cuadrúpedo cuyas largas patas traseras quedaron dobladas bajo su flaco vientre al morir. Por lo demás se parecía a un verraco. Lo que habían sido los dedos separados de las extremidades superiores o delanteras de sus antepasados se habían soldado hasta convertirse en pezuñas córneas.

Sus ojos, abiertos y fijos por la muerte, estaban clavados en los abatidos rostros de los humanos. Dos pequeños colmillos que provenían de dientes caninos surgían en una curva de la mandíbula superior, levantando el labio en una expresión despectiva.

Su cuerpo estaba cubierto de cerdas ralas e incluso poseía una cola corta. Pero el horror no residía en su parecido a un animal, sino en su parecido a un hombre.

Con rapidez profesional, los cazadores atravesaron con una pértiga afilada el cuerpo del verraco, del ano a la boca, y lo colgaron de sus hombros. Mediante insultos y patadas hicieron que las cebras, sin aliento, se levantaran. Luego utilizaron de nuevo los pies para sacar a los prisioneros de su letargo. La procesión comenzó de nuevo y el suelo empezó a secarse bajo sus pies.

A medida que pasaban las horas, la marcha forzada fue haciéndose más dura para los prisioneros. Sus pies eran un sufrimiento, les dolía cada músculo de sus piernas y el roce de la pértiga en los hombros se hacía intolerable. Suplicaron por un poco de agua y descanso.

El día se había apagado por completo antes de que se les concediera un nuevo descanso. Durante las últimas dos horas habían estado avanzando cuesta arriba, siguiendo un doloroso camino que serpeaba por laderas pedregosas. Tan pronto como se les permitió detenerse, cayeron al suelo de igual modo que las cebras.

Unos sonidos líquidos llamaron la atención de los cautivos, que entonces advirtieron que se hallaban tendidos al lado de un pozo de agua que había entre rocas. Un chorro de agua caía al pozo de manera tentadora. Los guijarros destellaban bajo la superficie, como peces huyendo o planeando misiones imposibles. Chorrillos de agua fresca jugueteaban libremente a pocos centímetros de sus ojos.

Primero bebieron los cazadores, luego sus monturas-cebra. Finalmente permitieron a los prisioneros beber y hundir sus cabezas y hombros ardientes en el líquido frío. Mientras permanecían tendidos allí, gimiendo, uno de los cazadores se les acercó con un cuchillo de perdernal y cortó sus ligaduras, de modo que se vieron libres de la pértiga. Con gestos rápidos soltó las cuerdas y se las llevó consigo mientras ellos se masajaban las piernas.

Sygiek miró en torno de sí. Tras ellos, hacia el oeste, un hosco esplendor estaba concentrándose en las nubes bajas. El planeta se extendía desmañado y carente de sentido bajo las nubes. Por supuesto, no se veía por ninguna parte la carretera. Y el silencio era el de un continente no preparado para la vida.

Constanza se arrastró junto a Sygiek.

—Estoy segura de que a estas alturas los otros autobuses han vuelto y han rescatado al resto del grupo. ¿Cree usted que serán capaces de encontrarnos en esta desolación?

—No tienen que seguirnos por tierra. En Ciudad de la Paz hay aparatos de reconocimiento y búsqueda que pueden utilizar desde el aire.

—Por supuesto, pero nadie puede vernos desde el aire en estos lugares agrestes, y pronto estará oscuro.

—Los infrarrojos nos detectarán de día o de noche.

—Utopista Sygiek, la pregunta es si lo harán a tiempo, ¿no? Estos seres primitivos tienen hacia las mujeres actitudes atávicas, repulsivas, muy distintas de las que tienen los hombres auténticos. He oído algunos relatos desagradables de mujeres que trabajaron en la construcción de la carretera, y no hace falta que le diga cómo me asusta nuestro posible destino. Ya sabe lo que quiero decir... Alguna nauseabunda experiencia sexual en masa.

Sygiek se echó a reír y palmeó su brazo.

—No se preocupe por eso. Realmente, no lucimos muy atractivas en este momento, ¿no cree?

Constanza bajó la mirada hacia su pecho y tiró de su uniforme manchado.

—Creo que no es tanto nuestro aspecto como nuestras formas —dijo.

Mientras tanto, Kordan le decía a Dulcifer:

—¿Ve aquella línea de colinas al frente? Pienso que nos llevan allí, se puede presumir que necesitan estar en casa cuando caiga la noche. ¿Puede distinguir cuevas en la pared de los riscos? Estos salvajes seguramente son trogloditas y puede que ésta sea nuestra última oportunidad de escapar. ¿Se siente capaz de intentarlo y correr de vuelta al autobús?

—No.

—No, yo tampoco. Apenas puedo dar otro paso.

Tendido sobre su estómago, Dulcifer observaba con cautela a su alrededor. Los cazadores estaban sentados al lado, hablando con tranquilidad entre ellos. Kordan estaba tendido cerca de ellos; los demás estaban agrupados alrededor del pozo: Burek, Takeido y las dos mujeres. Bajo la vigilancia de Burek, Dulcifer metió una mano en el pozo, agarró una piedra de buen tamaño e hizo una seña a los demás para que hicieran lo mismo.

Con la excepción de Kordan, cada uno tomó una piedra. Permanecieron tendidos, inmóviles, dejando que el agua murmurara sobre su piel.

Los cazadores habían llegado a una decisión. Dos de ellos dejaron en el suelo sus lanzas y se dirigieron rápidamente hacia los cautivos, a los que gruñeron una orden seca. Como no obtenían respuesta, empezaron a patear los flancos indefensos.

Cuando Dulcifer sintió la sandalia en su pantorrilla, se volvió, agarró la pierna del cazador y lo derribó; levantó el brazo derecho mientras su oponente caía y lo golpeó con la piedra. Como había sobreestimado su reserva de energías, erró el golpe al cráneo del cazador y le dio en el mentón. El cazador cayó pesadamente pero al instante contraatacó, y logró sujetar a Dulcifer por la garganta antes de que éste pudiera golpear por segunda vez, le arrancó la piedra de la mano y la hizo rodar lejos.

Los otros turistas no tuvieron mejor suerte. Constanza y Sygiek arrastraron a un segundo cazador al suelo entre las dos, pero no consiguieron dominar su furioso forcejeo ni impedir que pidiera ayuda. Los otros cazadores acudieron corriendo.

Burek se les enfrentó valerosamente con Takeido, que lo apoyó vacilante. Pero antes de que pudieran darse cuenta de nada ya estaban tendidos en el suelo. Takeido se enjugó un labio sangrante. La lucha había terminado.

—Tiene usted unas ideas pésimas, camarada Dulcifer —dijo Takeido—. Me siento desilusionado también de usted, si desea saberlo.

—¡Estúpidos! —gritó Kordan—. Lo único que conseguirán es que nos maten. ¿Por qué no obedecen las órdenes?

Un cazador lo pateó salvajemente por la espalda y fue a caer con sus compañeros. Permaneció tendido allí de manera miserable mientras Sygiek acariciaba su hombro.

Se les inmovilizó de nuevo, atándoles las muñecas tras el cuello de manera dolorosa. Esta vez la pértiga fue eliminada.

—Bueno, al menos lo intentamos... Es obvio que su intención no es destriparnos —dijo Dulcifer.

—Los lobos prefieren la carne fresca —añadió Burek, en tono tétrico.

Mientras se preparaban a seguir la marcha se materializaron más nativos entre las rocas.

Los recién llegados no pertenecían a la casta de los cazadores. Sus rostros no llevaban pintura y no iban con chaquetillas de púas; su único atuendo era una especie de taparrabos que les ocultaba los genitales. Alrededor de sus cabezas, el pelo se proyectaba en una forma sorprendente, de tal modo que parecía una especie de casco. En sus cinturones de piel llevaban pequeñas mazas o martillos. Se apiñaron con curiosidad en torno a los cautivos, aguijoneándoles y riendo, pero los cazadores los mantuvieron a distancia. Les dieron la pértiga aguzada para que la llevaran.

—En términos culturales, es una experiencia inapreciable —dijo Kordan.

El terreno empezó a desmenuzarse bajo sus pies a medida que subían hacia los riscos; no había ninguna hierba para retener el suelo y cada paso era más trabajoso. Los cautivos jadeaban con fuerza antes de que pudieran detenerse de nuevo. Habían llegado a los riscos y estaban ante un poblado.

Entre los recién llegados y los riscos discurría un río al que atravesaba un tosco puente de madera. En la boca de las cavernas, allá en los riscos, había algunos guerreros haciendo guardia, sentados con serenidad. Éstos lanzaron un grito de bienvenida a los cazadores, que el jefe les devolvió con un alarido triunfante. El puente estaba vigilado por centinelas y por un poste de elaborada talladura, con rostros de hombres demoníacos que exhibían muecas amenazadoras a los recién llegados grabados uno sobre el otro. Los centinelas, que aguardaban sin impaciencia, llevaban máscaras similares, talladas en madera.

Mientras aguardaban, Takeido dijo a Constanza:

—Es difícil aceptar que esto está sucediendo en la realidad. Esto evidencia un fallo terrible en el Sistema.

—¿Qué será de nosotros? —suspiró Constanza—. Esta gente es absolutamente inhumana. Llevar máscaras... es absurdo y repulsivo.

—Si supiéramos la verdad —intervino Burek—, probablemente deberíamos admirar el heroísmo de este grupo de salvajes. Son los descendientes de los colonos originales que han conseguido seguir siendo humanos, más o menos humanos, mientras todos los demás iban degenerando gradualmente hasta la animalidad. ¡Son 1,09 millones de años-T de penosa lucha por la supervivencia! En parte me siento feliz de estar aquí, ya que para mí la historia de Lysenka II, si alguna vez se puede contar entera, es la leyenda de un triunfo tanto como un cuento de horror.

Para él había material para un largo discurso, pero Sygiek estaba en completo desacuerdo.

—Por el contrario —dijo—, se trata de una historia de degradación. Piense en el inmenso progreso que hemos conseguido en la Tierra en el mismo tiempo, no sólo al haber sobrevivido a nueve eras glaciales sino al haber racionalizado lo irracional.

Dulcifer le tocó el brazo.

—Aceptar el punto de vista de Burek al mismo tiempo que el suyo podría ser racional. Mantengamos una actitud receptiva y quizá podamos incluso escapar... Tiene usted un carácter fuerte y puede hacerlo. Admiro la forma en que habla, pero le aconsejo tacto.

Ella le dedicó una sonrisa recelosa.

Pese al cansancio, Kordan se volvió hacia Dulcifer y le dijo con sequedad:

—La forma en que asume un vínculo entre Millia Sygiek y usted es incorrecta. Aunque recordemos, en su descargo, que usted procede de Ciudad de Iridio, la familiaridad que adopta es impropia. Por favor, reprímase.

—Lamento haberlo perturbado —dijo Dulcifer—. Los vínculos no acuden a nuestros gestos y llamadas. Ni siquiera el Biocom nos ha hecho tan racionales.

Sygiek inclinó la cabeza, consciente de que aquellas palabras habían hecho brotar lágrimas inesperadas de sus ojos. Miró de manera subrepticia a sus compañeros, sucios y abyectos, a los cazadores alienígenas, pintados para asustar, las máscaras de madera de los centinelas, en fin, toda la escena, descarnada y cobriza y, haciendo caso omiso de Kordan, dijo a Dulcifer:

—He tenido una reminiscencia imprevista... ¿Por qué estaré recordando esto? Por supuesto, fui una exonacida y durante mis primeros diez años me críe en el jardín de infancia de Akrakt, una localidad rural, pero siempre tuve problemas. No tenía amigos entre mis cientos de hermanos. Por lo general, las máquinas me evaluaban como mediocre y solía estar castigada. Pasaba muchas horas del día a solas en el dormitorio sin hacer otra cosa que mirar por la ventana. Afuera había un viejo huerto de melocotoneros. No sé por qué le cuento esto.

—Bueno, averígüelo —dijo Dulcifer—. Prosiga.



—Me parece que por alguna discusión de planificación local no resuelta, el viejo huerto de melocotoneros seguía en la parte trasera del jardín de infancia. Creo que los árboles descuidados eran muy hermosos. Había dos mujeres que trabajaban en el jardín de infancia, mujeres proletarias, gruesas y deformes. Recuerdo que a una le gustaba pasear por el huerto abandonado; tenía el cabello negro y lo llevaba atado en una cola de caballo. Debo haber sabido cuáles eran sus nombres. Llegué a envidiarlas. Andaban siempre juntas, hablando, medio sonriendo, se tocaban con las cabezas. No dejaba de preguntarme si serían hermanas y de qué hablarían.

»Solían detenerse bajo los árboles, levantaban sus brazos gordos desnudos y arrancaban los frutos dorados. Acostumbraban sostenerlos en sus brazos y se los comían y sonreían mientras el jugo les resbalaba por las barbillas. Nada muy agradable, en realidad, pero para mí en aquel entonces, para la niña solitaria que era, aquello resultaba agradable, muy agradable..., se veían tan felices... y en tal comunión... ¿Me entiende, verdad?

—Tendría que haberlas llamado —dijo Dulcifer—. A ellas les habría gustado su compañía y habrían podido darle algunos melocotones.

—Nunca tuve el valor de llamarlas. Mantenía la ventana cerrada.

—Es difícil hacer lo que más deseamos, ¿no? —La miró él casi con timidez.

Ella pateó el suelo y no respondió.

Habían hecho un alto en el puente para que el jefe cazador pudiera entregar oficialmente sus presas a los centinelas. Primero le tocó el turno al verraco ensartado.

La transacción consistió en una lenta ceremonia. El jefe de los centinelas, un hombre robusto de piernas arqueadas y hombros redondeados, inclinó la cabeza hacia adelante en un saludo de agradecimiento. El jefe se lo devolvió tocándose el cráneo. Luego aguijonearon a los prisioneros para que cruzaran el puente mientras los cazadores permanecían rígidos y vigilantes en su sitio.

Mientras cruzaban el puente, Takeido miró hacia atrás y dirigió al jefe un burlón adiós. El jefe no respondió.

Así llegaron bajo el imponente risco que tenía una pared salpicada de agujeros. De uno de ellos brotaba un chorro de agua que se estrellaba libremente contra las rocas para luego ir a alimentar el río. De otros agujeros colgaban escaleras. Había muy poca actividad, los guardias en la boca de las cuevas se mantenían a la espera. El lugar presentaba una apariencia deprimente a medida que la luz iba tomando un tono más grisáceo; para los utopistas, acostumbrados a sus ventiladas ciudades piramidales, aquello parecía una madriguera de ratas que aguardaran el exterminio.

Los centinelas cortaron las ataduras de los prisioneros y los condujeron hasta una de las escaleras, por la que treparon. Tenía unos siete metros de altura y crujía y se balanceaba mientras subían. Un guardia apostado en lo alto los levantó uno a uno y los introdujo por la boca de la caverna.

## Capítulo VIII

Se les obligó a acurrucarse a la entrada de la caverna como quien se prepara para una larga espera.

Los utopistas podían contemplar el mundo exterior mientras descansaban. Era una situación incómoda: el ruinoso paisaje se había teñido de gris; era ese momento del atardecer en que la luminosidad del cielo no hace más que acentuar la oscuridad del suelo. Sus captos habían sido admitidos sobre el puente y, mientras lo cruzaban, con los hombros caídos y la guardia baja, el jefe se quitó con una mano el cráneo que le coronaba la cabeza y lo dejó colgar del brazo distendido, sujetándolo con un dedo que atravesaba una de las cuencas orbitales.

Habían soltado una jauría de perros mestizos para que patrullara el pie del risco y los aullidos melancólicos de las criaturas reforzaban la desolación general.

Sin embargo, por repulsivo que fuera, todo aquello formaba parte de un mundo que los cautivos conocían y, en ese sentido, era preferible a las oscuras madrigueras a las que conducía el túnel que dejaban atrás. Un viento fuerte y viscoso arrastraba con fuerza ruidos y olores desagradables desde aquella dirección.

—No necesitan recordarme que estamos en terribles dificultades —dijo Kordan, hablando en voz baja—. Sin consultarme, atacaron a los guardias y fueron inevitablemente derrotados. Un comportamiento tan indisciplinado ha hecho disminuir nuestras posibilidades de alcanzar alguna forma de acuerdo con estos salvajes. Lo que ustedes esperaban ganar con ello es algo que no puedo imaginar.

Fue el miembro más joven del grupo, Ian Takeido, quien le respondió:

—Sin pretender faltarle al respeto, utopista Kordan, ése es precisamente su problema: ser incapaz de imaginar. La imaginación es necesaria para controlar el mundo exterior —cerró los ojos con fuerza mientras hablaba—. Cuando cualquier elemento nuevo se presenta a nuestros sentidos, sólo con ayuda de la imaginación podemos apreciar de acuerdo a qué grupo de valores debemos clasificarlo. La sola razón no es suficiente. No dudo de que estará de acuerdo conmigo en esto, ¿verdad, Che Burek?

—Para ser francos, no —respondió Burek—. Creo que, intelectualmente, es usted un poco presuntuoso, camarada, y no puedo concebir que esa imaginación vaya a llevarnos a casa.

Constanza pasó un brazo en torno a Takeido.

—¡No es presuntuoso! —exclamó, protectora—. No lo es, incluso aunque diga algunas cosas indiscretas.

—Quizás, utopista Takeido, sea usted tan eficiente como para imaginarnos de vuelta en la seguridad del Hotel de la Unidad —dijo Kordan con una sonrisa leve, como si le doliera algo.

—La imaginación no es un ardid sino un principio de vida —respondió Takeido, mordiéndose los nudillos—. Lo que debemos determinar, mientras haya tiempo, es a qué categoría pertenecen estas criaturas.

—Esas son tonterías intelectuales —dijo Burek—. Recuerdo el viejo dicho: «No importa si la miel no perdona al oso». El asunto es a qué categoría determinan ellos que pertenecemos *nosotros*. Categoría de proteínas, muy probablemente —se echó hacia atrás, tranquilamente, apoyándose en la roca, con los brazos cruzados.

—Este tipo de respuesta derrotista confirma mi opinión —dijo Takeido, cuyas cejas se movían hacia arriba y hacia abajo con nerviosismo—. Desde el principio hemos tenido una imagen *ad hoc* de estos salvajes. Primero los hemos visto como animales, luego como capitalistas, y ahora como caníbales. Lamento que elija estar en desacuerdo conmigo e insultarme, utopista Burek, porque de hecho me estoy guiando por algo que usted dijo cuando estábamos aguardando en el puente, que la historia de Lysenka II no era la historia de un fracaso, sino la leyenda de un triunfo. Si nuestra imaginación nos permitiera abarcar algunos milenios nos daríamos cuenta de que estos seres pertenecen a una supercategoría que se halla por encima de animales, capitalistas y caníbales, no muy distinta de la nuestra. Ellos también se hallan atrapados en un planeta alienígena, que no dejará de serlo mientras ellos y sus descendientes vivan en él. Así que podríamos descubrir que tenemos una causa común con ellos: *todos* necesitamos abandonar Lysenka II. Establecida esta causa, una vez que se ha hecho posible la comunicación nos convertiremos en aliados en lugar de enemigos y podemos negociar con ellos: a cambio de nuestra libertad, el sistema aceptaría trasladar a las tribus humanas de Lysenka a la Tierra.

Sygiek aplaudió.

—Brillantes deducciones. Dije que la razón era necesaria.

—Brillante imaginación —se mofó Kordan—. Y nada más. Nos hemos acostumbrado a lo largo de toda nuestra vida a lo que usted llama negociación; es un principio rector. ¿Cree usted que estos bárbaros, en su mundo inflexible, comprenderán tal concepto? ¡Lo dudo! Para ellos, es más necesario conseguir hoy una comida rápida que un rescate el año próximo.

—Usted no aceptará nada que no piense usted mismo —dijo, airada, Constanza.

Dulcifer y Sygiek se mantuvieron apartados de la discusión que se desarrollaba. Él le pasó un brazo en torno al hombro ampollado, y ella se reclinó contra su cuerpo cómodo y robusto. Tras un momento, él le susurró:

—Cuando atacamos a los cazadores en el pozo, ¿por qué no utilizó su pistola? Podría haber matado a los cinco. Estoy seguro de que matar no va contra sus principios tanto como contra los de Kordan.

—Sí, habría podido usar la pistola —respondió ella, en voz tan baja que él apenas podía oírla—. Sólo que ya no la tengo. Debo haberla perdido. O tal vez me la han

quitado.

Permanecieron sentados, mirándose. Él fue el primero en bajar la vista, exhalando un suspiro de cansancio. Luego levantó de nuevo los ojos, sonrió y exclamó:

—¡Melocotoneros!

Tres salvajes salieron de la oscuridad del túnel. Uno tomó el verraco de la custodia de uno de los guardias, se lo cargó al hombro y desapareció de nuevo, doblado bajo la pesada carga. Los otros dos llevaban estacas con las que agujionearon a los prisioneros para que se pusieran en pie. Antes de revisarlos hicieron una leve inclinación a modo de tosca e indiferente cortesía.

—Deseamos tener un encuentro con su presidium —dijo Kordan—. No tenemos intención de hacerles ningún daño. ¿Comprenden?

Los guardias no parecían haber comprendido. Saludaron a los centinelas de la boca del túnel e hicieron gestos con sus estacas para que los turistas echaran a andar en la oscuridad delante de ellos. Constanza se aferró a Takeido al iniciar la marcha, pues el suelo estaba húmedo bajo sus pies. Gotas de agua fría caían del techo y se estrellaban sobre sus cabezas. Hileras de hongos crecían en los salientes rocosos a un lado del túnel, y a lo largo del camino los cautivos iban tambaleándose.

—¡Oh, Poderes, todo esto es una pesadilla! —gruñó Kordan—. ¡Qué lejos estoy de nuevo de la seguridad de la Academia!

En algún lugar delante de ellos brilló una luz. Cuando estuvieron más cerca resultó que provenía de una lámpara rudimentaria, de piedra o de barro, que señalaba con su llama incierta una curva cerrada en el túnel. Pasada la curva había una empalizada de madera, en el centro de la cual había una puerta cerrada desde el interior. Unos centinelas con cascos miraban con curiosidad a los prisioneros desde una plataforma que se hallaba por encima y detrás de la barrera, pero no hicieron ningún movimiento para abrir la puerta.

—¿Qué estamos esperando ahora? —preguntó Sygiek a la escolta.

No recibió respuesta. La escolta permanecía impassible, dejando que el agua goteara sobre sus cráneos y resbalara por sus mejillas.

Sygiek se estremeció. Se sentía helada y agotada. En la puerta de la empalizada se veía la talla de uno de aquellos fantasmagóricos rostros humanos. Se volvió con aversión y dijo a Kordan:

—¿Por qué no me contestan? Poseen un lenguaje.

Él puso una mano afectuosa sobre el brazo de ella.

—Tendrán sus instrucciones. Deben de atribuir algún significado a la espera ante las entradas que nosotros no comprendemos. Si se les ha dicho que no hablan, no hablarán. A pesar de nuestro respeto por el lenguaje, usted y yo podríamos hacer lo mismo. Al observar a estas criaturas, no puedo dejar de pensar en esa paradoja sorprendente de la involución animal de los colonos de Lysenka. Creo que el lenguaje

es la clave del misterio.

—¿Por qué dice usted «paradoja sorprendente»? Sin un contexto social estructurado de manera conveniente, la gente degenera. Y decirlo es una perogrullada.

Apiñados de pie en la semioscuridad en la que se encontraban, descubrieron que cualquier conversación tendía a la generalización. Constanza estuvo de acuerdo con Sygiek.

—Correcto. Si la organización se marchita, la individualidad queda desamparada. Entonces aparece la anarquía. La fauna lysenkana es una demostración perfecta de la verdad de la doctrina del Sistema.

Kordan agitó la cabeza.

—Si desean argumentar contra la doctrina, debo señalar que en primer lugar era imprescindible que el *homo sapiens* se desarrollara antes de irrumpir en nuevas tierras, formar nuevas tribus, nuevas lenguas y nuevas sociedades. Déjenme explicarles que una involución de la humanidad a la animalidad como la que hemos encontrado en Lysenka es contraria a la ley de la evolución tal como la explicó K. V. Rondaras hace más de doscientos años. Es por eso que hablo de una paradoja —hizo una pausa y luego dijo con vacilación—: a pesar de la explicación oficial, me resulta difícil creer que los colonos hayan podido degenerar en esas varias formas que hemos visto con nuestros propios ojos.

Permanecieron en silencio, escuchando cómo el agua caía al suelo lodoso bajo sus pies, hasta que Constanza preguntó:

—¿Cree usted que lo que ha visto es alguna especie de truco propagandístico?

—Perdóneme —dijo Takeido—, pero entendemos bien los medios de la evolución. Los genes duplicados originan ejemplares suplementarios en los que pueden ir acumulándose los cambios. Para una raza alienígena de Lysenka, los cambios podrían ser rápidos y el grupo humano podría variar con velocidad de acuerdo a la selección natural. ¿Dónde está la dificultad para entender esto?

—Oh, pero, ¿y qué hay de la selección social? Esos seres de los que estamos hablando pudieron haber sido capitalistas, pero poseían organizaciones sociales comparativamente altas para los días preutópicos.

Kordan vaciló, luego se sumergió en su discurso, como decidido a cumplir con un deber.

—Desde el principio hemos calificado a estos seres en términos de su función, como devoradores de proteínas, capitalistas o colonos. Pero cuando su nave estelar se estrelló aquí, estaban privados de *función* en ese sentido. En un sentido evolutivo se volvieron pasivos, maleables. Reducidos a una existencia vacía, probablemente se vieron forzados por la esterilidad de Lysenka II a reproducirse escasamente a fin de sobrevivir allí donde podían hallar algo de comida al desenterrar raíces, recolectar

bayas, buscar insectos bajo las piedras... Al principio deben de haber sido recolectores, no cazadores. Puedo imaginar que les habrá tomado tan sólo una generación retroceder a un completo primitivismo. Y aquellos que no quisieron o no pudieron retroceder tuvieron que morir.

—O tuvieron que defender la nave y sus provisiones contra los demás —gruñó Burek—, para poder sobrevivir.

—Una posesión agotadora —dijo Dulcifer.

—«Cuando el pecho se encoge, el bebé chupa con mayor vehemencia» —respondió Burek.

Los centinelas habían desaparecido de la parte superior de la empalizada, pero no se advertía aún ninguna señal de que fueran a abrir la puerta. Los prisioneros se apoyaron contra las paredes empapadas del túnel y Kordan dijo:

—Déjeme dar mi opinión, por favor. Degeneración no es lo mismo que mutación. ¿Cómo se convirtieron esos humanos en animales? Renunciaron a su humanidad en un proceso involuntario. ¿Y por qué se produjo esto? Porque perdieron el arte básico que nos hace a cada uno de nosotros un *homo uniformis* y que a ellos los hacía humanos: el arte del lenguaje. De sus antepasados animales, el *homo sapiens* había heredado el helado vocabulario del instinto, que luego desarrolló a través de los milenios hasta alcanzar un modo complejo de expresión por medio del cual primero pudo controlarse a sí mismo y luego al mundo. Expresión. ¿Qué expresa el lenguaje? El lenguaje es transitivo. Entre el lenguaje total y la naturaleza del cosmos existe una relación muy cercana; en realidad, de acuerdo con Hondaras, la mente es el punto más alto del cosmos, y la expresión humana su característica más prominente. El vehículo de la mente es el lenguaje. Al final será sólo la Palabra.

—Pese a la ortodoxia de la obra de K. V. Hondaras, esta especulación sigue siendo controvertida —dijo Sygiek.

—No sin razón etiquetamos toda especulación como controvertida —replicó Kordan—. Pero aquí y ahora nos vemos obligados a asumir una postura especulativa. Lo que sí es seguro es que los colonos desamparados tuvieron que hacer frente a una completa desorientación mental. El tiempo estaba equivocado; la Tierra les había fallado. Tuvieron que crecer en contra de una ley inmutable que todas las sociedades prefieren olvidar cuando adquieren sofisticación: que no solamente no hay civilización, sino que tampoco hay las bases elementales para la vida allí donde no se puede cosechar. Esos colonos trágicos sembraron su grano, pero éste se pudrió en la tierra. Los fertilizantes no hicieron efecto. El lugar y el tiempo estaban contra ellos.

Entonces levantó la vista hacia el elevado techo de roca difícilmente visible en la penumbra. Sólo se divisaban una o dos estalactitas que parecían estrellas distorsionadas.

—No cabe la menor duda de que retornaron a la magia cuando la ciencia les falló.

Magia y encantamiento nos retrotraen a las raíces del lenguaje y al poder de la repetición. Pero la magia también falló. El cosmos se mostraba imperfecto.

Frunció los labios.

—Intenten imaginar contra qué tenían que luchar. La experiencia humana demostró ser insuficiente para contrarrestar aquella vivencia nueva e inhumana que los devolvió a un comportamiento instintivo, el nivel de pensamiento de subsistencia del recolector, y el instinto es en último término enemigo del lenguaje. Esta característica única, el pacto entre los códigos de lenguaje y el cosmos, se rompía por primera vez en la historia de la humanidad. En la situación que de allí resultaba, se rompió el equilibrio genético y el camino condujo abiertamente a la regresión hacia modos animales. Somos afortunados de haber caído finalmente en manos de un grupo que ha conseguido retener una cierta humanidad. Tal vez se trata de un grupo como el que postula Burek, que consiguió retener la nave original y así retener también los antiguos valores, incluido el lenguaje, con mayor firmeza que otros grupos.

Takeido se estremecía de frío. Agarrándose la parte superior de los brazos, dijo:

—No debemos ser tan optimistas. Tengo una visión sombría del simbolismo de este oscuro túnel por el que nos han conducido.

Dulcifer, que había permanecido recostado contra la pared del túnel y apenas se había molestado en escuchar lo que se hablaba, se irguió entonces y retomó un punto que Kordan había tocado antes. Secándose el agua del rostro, miró fijamente a los demás y preguntó:

—Entonces, ¿qué es lo que se inclina a creer, Kordan? ¿La línea oficial fundamentada por K. V. Hondaras, o la evidencia de nuestros propios ojos?

—Es una prueba, ¿no? Quizás es por eso que este planeta está cerrado a todos excepto a los privilegiados. Es un mundo que no tiene cabida dentro de nuestro Sistema. Quizá por eso está *abierto* a los privilegiados... A ellos se les puede poner a prueba.

Entonces Kordan miró en derredor, retorciendo con ansiedad el labio inferior, y no dijo nada más.

—¿No me dará una respuesta, usted que es tan afecto a darlas? —insistió Dulcifer con ironía—. Póngalo en palabras para nosotros. «Nunca pienses lo que no puede decirse».

—¿Es usted un provocador o algo así? —dijo Burek, dándole un empujón a Dulcifer—. Quizá Kordan prefiera no decir lo que no puede pensarse. Lo que nos ha dicho es interesante hasta donde he podido comprenderlo, y no veo por qué la filosofía debería cubrir todas las contingencias de la realidad, a menos que filosofía y realidad fueran indistinguibles... Y, evidentemente, eso no se ha pretendido nunca.

—¿Quién puede decir que no se ha pretendido nunca? —murmuró Takeido, que permanecía de pie en medio del lodo y ocasionalmente levantaba un pie.

Finalmente los cerrojos de la puerta de la empalizada y la escolta avanzó con paso firme para conducir al grupo a través de ella. Cuando estuvieron en el interior, la puerta se cerró tras ellos.

Seguía habiendo una gruesa capa de barro bajo sus pies, aunque delante brillaba una luz reconfortante. Había tablones y troncos tendidos en el lodo. De aquel túnel principal salían otros túneles laterales. Mientras seguían avanzando por el camino principal, la oscuridad se hizo menos intensa. Al final, el túnel dio paso a una cámara amplia y bien iluminada. A un lado de aquella cámara había una jaula de madera. Los guardias obligaron a sus prisioneros a penetrar en la jaula y luego la cerraron con un seguro.



## Capítulo IX

Atrapados bajo la epidermis de un planeta alienígena, rodeados de una especie salvaje cuyo rasgo más terrible era su parecido con los hombres, amenazados por todo tipo de destinos, los seis utopistas, agotados, gozaban del lujo del Biocom: controlaban sus pensamientos y permitían que sus sistemas nerviosos unificados los calmaran. La jaula estaba seca y había suficiente sitio para que todos se sentaran. Así que se secaron, descansaron y aguardaron acontecimientos.

A medida que sus ojos se fueron acostumbrando al resplandor, consiguieron una impresión más clara de la caverna a la cual se les había conducido. Estaba iluminada por unos cuantos hachones que surgían de la roca a intervalos, y por un fuego que ardía sobre una piedra en medio del enorme espacio. Había otras dos fuentes de luz, mucho más débiles.

En la parte más alejada de la caverna destacaba un agujero en el techo que permitía atisbar el cielo. En la confusión general de sombras y estructuras que llenaba el área, aquel agujero no era evidente de inmediato. Pero cuando pudieron advertirlo, los prisioneros se dieron cuenta con desánimo de que el mundo exterior estaba casi tan oscuro como el interior, y que Lysenka II entraba en su larga noche.

En segundo lugar destacaba, en la parte más alejada de la caverna, un edificio amplio. Sobre las escalinatas de aquel edificio brillaba un gran número de antorchas, arrojando las sombras de sus columnas hacia el interior. El edificio tenía una fachada circular y carecía de techo. Su elegancia representaba un cambio respecto a la rudeza general que lo rodeaba. Entre sus columnatas se podía ver una sombría masa de metal, y algo que parecía una estructura en forma de escalera que apuntaba hacia el agujero del techo. Perplejos como se encontraban, los prisioneros no podían dilucidar cuál era la función de aquel edificio, pese a que, a medida que iba pasando el tiempo, un cierto número de salvajes tomaba antorchas de las escalinatas, penetraba en el interior y allí se formaba en círculo.

Cuando el pequeño retazo de cielo estuvo completamente oscuro, muchos más salvajes entraron en la caverna. Avanzaban tranquilamente, formando pequeños grupos. Todos iban vestidos de forma tosca. Había bebés y niños pequeños entre ellos, ninguno de los cuales emitía el menor sonido. Los cavernícolas se acercaban desde varias entradas. En la parte opuesta a la jaula se hallaba la boca de un túnel, iluminada por las antorchas cuya luz se podía divisar antes de que sus portadores alcanzaran la cámara central. Los recién llegados realizaban un lento paseo por la caverna y cada grupo se detenía al llegar a la jaula para contemplar a sus extraños ocupantes.

Instintivamente, los utopistas se pusieron en pie y devolvieron las miradas. Los visitantes de la caverna parecían tener una actitud reservada e incluso respetuosa,

pero sus oscuros rostros eran inexpresivos. Luego se alejaban, haciendo gesticulaciones complicadas entre ellos, como si estuvieran representando una función muy elocuente; el significado de aquella función se perdía para los observadores.

Después de todos aquellos gestos se produjo una entrada en masa en el edificio más alejado. Se podía ver a los cavernícolas entre los pilares, rozando con sus manos la compleja estructura de metal. Se oyeron sonidos de gong y trompeta.

Después de aquella ceremonia, la atmósfera se distendió. Algunos grupos familiares se reunieron en torno al fuego central. Una mujer mayor con una vestimenta muy holgada emergió de las sombras y relató, con gestos ampulosos, lo que parecía una historia larga e insulsa.

—El padre y la madre realizan el acto sexual, tras lo cual el niño nace del interior del cuerpo de la madre —dijo Burek, como despertando de una ensoñación—. Vi la reconstrucción del hecho en un holograma, y debía ser algo tremendamente doloroso, aunque, tal como dice el proverbio: «Las vacas no esperan otra cosa que lo que les ocurre a las vacas». Observen que estos primitivos incluso conservan a sus hijos junto a ellos, porque a diferencia de nosotros no poseen expertos que les enseñen a crecer de manera adecuada hasta convertirse en adultos. La ciencia de la adolesquemática ni siquiera ha sido inventada en lo que a esos desdichados se refiere.

—Algunos están comiendo ahora —dijo Constanza—. Al menos no figuramos en su menú de esta noche. El rescate debería llegar por la mañana. ¿Por qué las patrullas se están demorando tanto?

De un túnel lateral salían mujeres con mandil que llevaban bandejas de comida humeante. Iban acompañadas por un hombre que llevaba una gran bolsa colgando de la barriga y que tomaba piezas de algún tipo de cada uno de los seres que aceptaba comida. Los observadores eran incapaces de entender el significado de aquello.

Takeido olisqueó el aire.

—Los alimentos huelen bien. ¿Recibiremos algo?

—Deben de estar comiendo animal o tal vez a alguno de sus compañeros —dijo Kordan—. Una dieta así nos sentaría mal.

—Me gustaría probarla —dijo Takeido—. El terror le hace a uno sentir hambre. Tengo que comer, o caeré al suelo y empezaré a gritar.

—Yo he comido animal —comentó Dulcifer—, y no me ha ocurrido nada —y, en voz baja, añadió al oído de Sygiek—: e imagino que usted también lo habrá hecho como parte de su entrenamiento en la PRU.

Ella le hizo callar colocando sus dedos sobre la boca del hombre.

Cuando los restos de comida fueron retirados, la entrada de unos animales cabriolectantes rompió la relativa quietud de la caverna.

Dos de ellos se precipitaron dentro, seguidos por cavernícolas armados de látigos

que hacían sonar vigorosamente. Aquellos animales se reconocían de inmediato como carnívoros, ya que la forma de sus cráneos no la determinaba el desarrollo cortical, sino la robusta mandíbula inferior, a la cual parecía estar subordinado todo el resto de la cabeza. Cuando las criaturas les gruñían a sus torturadores, dejaban ver sus enormes colmillos. Sus cuerpos eran flacos y la mayor parte de la musculatura y del peso se concentraba en los hombros y en las patas delanteras y traseras. A pesar de su animalidad y su piel moteada, la forma básica humana era en ellos evidente, más aún cuando se erguían sobre las patas traseras. Los torturadores les habían atado unos adornos alrededor del cuello y la cabeza, incrementando así el efecto de parodia cruel.

Los domadores condujeron a los animales, que parecían leopardos, en fila cerrada. Los espectadores, sentados con las piernas cruzadas junto a sus hijos, palmoteaban y cantaban con monotonía. El canto aumentó gradualmente de volumen. De nuevo se oyeron sonidos de gong. Con extraños gestos que parecían automáticos, los torturadores dejaron caer sus látigos, sacaron sus largas espadas y se arrojaron sobre los animales que, con chillidos lastimeros, intentaban escapar, pero sus patas traseras estaban trabadas. Tras una o dos estocadas se derrumbaron en un estremecimiento y los captos recogieron sus cuerpos y los levantaron muy en alto. La sangre chorreaba y se oyeron más cánticos.

Todos se pusieron en pie. Los asesinos encabezaron una procesión alrededor de toda la caverna y luego dentro del edificio de la columnata. Y luego se produjo un silencio.

Un hombre alto, vestido con lo que aspiraba a ser un uniforme, con guantes, largas botas y un casco transparente sobre la cabeza, apareció procedente de la oscuridad de la parte trasera del templo. Se detuvo en silencio mientras las bestias muertas eran depositadas sobre las piedras delante de él. Sumergió las manos en su sangre y luego avanzó a grandes zancadas hacia los sombríos bloques de metal, donde aguardaban algunos asistentes, también vestidos con restos de uniformes. Todos empezaron a frotar y agitar un conjunto de varillas y piezas metálicas cubiertas y la concurrencia inició un canto pausado.

El hombre alto anduvo hasta una silla situada al lado del conjunto metálico. Empezaron a resonar profundos tambores hasta hacerse ensordecedores. El hombre tiró de una palanca; los tambores sonaron más deprisa. La silla basculó hacia atrás convirtiéndose en una litera. Los tambores tronaron, la asamblea gritó con toda la potencia de sus pulmones. La litera se inclinó hacia atrás, su ocupante extendió un brazo hacia arriba. El ruido se fue convirtiendo en un susurro, el fantasma de un susurro. El dedo al extremo del brazo apuntaba hacia arriba, hacia la oscuridad, hacia el retazo de cielo. Las nubes se habían alejado.

Una estrella brilló en aquel retazo de cielo.

La ceremonia terminó de manera abrupta; la magia ya se había producido. El hombre alto saltó de su litera y los niños empezaron a gritar y corretear entre la multitud, que empezaba a volver a casa.

—Nunca pensé llegar a ver un... *rito* —exclamó Kordan—. Era un rito primitivo... Formas de conducta fijadas y repetidas en las que el cumplimiento del esquema fortalece el modo de vida.

—Puede que esté en lo cierto —dijo Dulcifer—. He podido observar a los rastreadores del desierto venusino realizar los mismos actos carentes de sentido una y otra vez. Presumiblemente refuercen así la imagen que tienen de sí mismos como rastreadores del desierto.

—¿Por qué habrán realizado una representación como ésta para nosotros? —preguntó Sygiek.

—Ahora demuestra usted la falta de imaginación de la que hablé antes de que entráramos aquí —dijo Takeido, exaltado—. Lo han hecho para ellos mismos, nosotros no somos parte de él, todavía no. Creo que Kordan está sustancialmente en lo cierto. Había olvidado la palabra correcta: *rito*. Realizar los mismos actos una y otra vez, reforzar la imagen. Es probable que los antepasados remotos del hombre en la Tierra, los monos, llevaran a cabo semejantes actos sin sentido a lo largo de innumerables generaciones antes de convertirse en humanos.

—Pero éstos no son actos sin significado, Ian Takeido —adujo Kordan—. Para nosotros quizá sí, pero seguro que para ellos no. Ahora le pido que ejercite su imaginación. Imagine esa nave capitalista, hace más de un millón de años, imagine cómo sus sobrevivientes se vieron obligados a encajar en varios nichos ecológicos para sobrevivir y perdieron así el lenguaje y la identidad humana. ¿Cuántas criaturas han crecido y se han multiplicado por todo Lysenka y han tenido que sobrevivir en un devónico empobrecido? ¿Varios millones? No lo sé. Pero tenemos ante nosotros la evidencia de que uno de esos grupos infortunados, tal vez uno pequeño porque no parecen ser más de un par de cientos de individuos, ha conseguido mantener su humanidad más o menos intacta, utilizando un sistema jerárquico y ritual para distinguirse mejor de las criaturas que deben convertir en sus presas.

—Habla casi con compasión, Jerezy Kordan —dijo Burek.

—No es bueno mostrarse compasivo hacia esos monstruos, utopista Kordan —añadió Constanza—. Seguro que ellos no sienten compasión por nosotros. Si no nos violan o matan esta noche, lo harán por la mañana. Son animales. No nos han alimentado ni nos han dado agua. Muy pronto nos veremos obligados a utilizar esta jaula como letrina, lo cual es desagradable.

»Aun si lo que dice usted es cierto, y personalmente me importa una higa lo que haya ocurrido en el pasado, se está refiriendo apenas a una extensión del ilegal sistema capitalista, ¿no? Precisamente aquí se ponen a prueba sus creencias utópicas

básicas. Si todo el resto de los colonos degeneró, y sólo este grupo humano sobrevivió a costa de los demás, entonces se trata de la clase explotadora, la chusma burguesa de Lysenka, y ésta es una razón aún más importante para eliminarlos a ellos antes que a todos los demás. Se trata de un enemigo ideológico. Cuando nos hayan rescatado habrá que pasarlos a todos por las armas.

Hubo un silencio.

—Un discurso inesperado viniendo de usted, camarada Constanza —dijo Burek con voz profunda, casi burlona.

—Oh, ya sé que ustedes piensan que soy estúpida. Creo que usted es también elitista y aburrido, utopista Burek, y me siento vejada por tener que orinar en su presencia. Así que dense la vuelta, todos ustedes.

La caverna estaba vacía, excepto por dos siluetas solitarias y encorvadas que apagaban las antorchas en las lejanas escalinatas. La multitud había desaparecido en los túneles laterales, tambaleándose en busca del sueño de una larga noche lysenkana. Los seis prisioneros se sentaron en su jaula.

Al cabo de un minuto, Kordan empezó a hablar de nuevo. Su voz tembló al principio.

—Sé que soy un líder mediocre. Del mismo modo, ustedes son unos pobres seguidores. Nuestra situación no tiene paralelo. Veo que Rubyna Constanza está ideológicamente en lo cierto. Veo también que Ian Takeido tiene razón. Debemos pensar en más de un contexto, y esto es siempre incómodo; necesariamente, tal es a menudo mi deber como historiador.

»Dicho sea de paso, debo pedir disculpas si mis anteriores observaciones acerca del hundimiento del lenguaje como causa del colapso evolutivo no han sonado ortodoxas. He hablado de forma imprudente. Estaba pensando en lo que debería decir cuando regresara a la Academia...

»A veces debemos mirar más allá de nuestra vigilancia necesaria contra los enemigos del Sistema. Creo que lo que hemos presenciado aquí es un rito procedente de un acontecimiento fundacional para varias generaciones de estas criaturas degradadas: el intento de sacar su nave averiada de este planeta y regresar al espacio. A lo largo de las épocas, esta ambición habrá perdido fuerza, la urgencia se ha vuelto ceremonia, el significado se halla ahora en el procedimiento, pero este procedimiento refuerza su amenazada identidad. La idea primitiva del viaje espacial se ha ido consumiendo hasta convertirse en poco más que una religión. Pero ella les ayuda a seguir siendo humanos.

—A seguir siendo capitalistas, querrá decir —dijo Constanza, con desdén.

—¡Religión! —exclamó Takeido—. Ésa es la palabra que venía después. Jaini Regentop mencionó la religión. Significa una especie de fe. Simplemente hemos presenciado una ceremonia religiosa —frunció las cejas de nuevo—. La religión era

otro de los enemigos del Estado. Antes del Biocom, en un tiempo tan remoto como el pasado de estos animales, el trabajo interno de los sistemas nerviosos humanos era tan confuso, que les perseguían espectros diversos, uno de los cuales se caracterizaba como un ser externo sobrenatural de inmenso poder que ordenaba las cosas al azar, para beneficio o perjuicio de los seres humanos. Esta gente ha retrocedido a ese estado de superstición.

—Bueno, esto no nos concierne —dijo Burek, desechando el tema y bostezando—. Deberíamos seguir el ejemplo sagaz de nuestra pequeña Constanza, y luego intentar dormir. ¿Puedo sugerir que todos hagamos lo mismo?

—Puede haber una forma de utilizar esas... hipótesis en beneficio nuestro —dijo Sygiek, pasando por alto la sugerencia y dirigiéndose a Kordan—. Si estas ideas religiosas o ceremoniales que menciona se acercan a la verdad, entonces la pregunta que hay que plantearse es: ¿saben esos brutos que procedemos de otro mundo? Si es así, ¿cuál será su actitud hacia nosotros?

—Una pregunta acertada, Millia —observó Kordan—. Yo ya la tenía en mente. Mañana tal vez tengamos oportunidad de impresionarlos. Puede ser una forma de trabajar su naturaleza supersticiosa en beneficio nuestro. Ahora estamos cansados; como dice Che Burek, es mejor que durmamos si podemos y mañana haremos frente a la situación con esperanzas renovadas.

—De acuerdo —convino Dulcifer—. Siempre que el sueño venga a nosotros, aunque sea sólo por un rato. La esperanza tendrá que cuidarse por sí sola, por sus propios medios.

Se sentaron, incómodos, en los confines reducidos de su prisión.

Sygiek dejó que Dulcifer la rodeara con sus brazos mientras se acurrucaba con los hombros ampollados contra los barrotes de la jaula. Acercando su boca al oído de él, susurró:

—Noto un cambio en Kordan. Vuelve a controlarse. Creo que fue él quien me quitó la pistola. Hubo un momento en que intentó acariciarme después de la muerte del burócrata Morits..., fue entonces cuando me la arrebató.

Dulcifer asintió sin hacer ningún comentario.

—Duerma, querida —dijo—. Piense en los viejos melocotoneros y en las mujeres gruesas de brazos desnudos, y duerma.

Los fuegos en el centro de la caverna fueron extinguiéndose en un viento suave.

\* \* \*

Tras la noche lenta, un día lento.

Tan pronto como una débil luz penetró en la caverna, los cavernícolas iniciaron

varios rituales. Algunos guerreros llegaron y, escoltados por dignatarios menores, entraron en el edificio ceremonial para volver a salir al poco rato, presumiblemente de cacería o a patrullar. Los niños se ejercitaban mediante una vigorosa disciplina gimnástica y las mujeres trabajaban junto al fuego.

La maquinaria de la tribu estaba en acción.

Temprano, trajeron comida para los seis cautivos. Venía en un grueso bol de barro, y consistía en un estofado humeante, con gruesos trozos de carne que flotaban en el jugo. Había también una ancha jarra de agua, que pasaron en ronda de manera agradecida.

—Será mejor que comamos —propuso Kordan, mirando al bol que mantenía sujeto hacia los otros, que se habían puesto en pie.

—Parece bueno —dijo Dulcifer. Metió una mano, sacó un poco de carne y lo introdujo en su boca; los otros lo contemplaron fascinados mientras masticaba—. Coman... Coman —los instó—. Es tan sólo nuestro amigo de ayer, el verraco.

Uno a uno, fueron metiendo la mano. Sólo Constanza rehusó.

—Son ustedes caníbales —dijo—. Va en contra de nuestra ética probar esta inmundicia.

—Tendrá usted hambre —advirtió Takeido—. Por muy nauseabundo que sea, necesitamos alimento. Olvide la ideología, ¡déjeme alimentarla, Rubyna!

—«Los héroes nunca dicen no» —citó Burek.

—No es tan malo —dijo Sygiek, metiendo la mano por segunda vez.

Constanza se apartó y fue a sentarse en el extremo más alejado de la jaula. Los demás vaciaron el bol.

Luego se sonrieron unos a otros con sonrisas incómodas.

Una bruja anciana trajo otro bol. También lo vaciaron. Quedaba un poco de agua; tras un breve debate, se lavaron las manos en ella, y luego vaciaron la jarra en el suelo. La vieja trajo otra jarra, llena de agua de manantial fresca, que bebieron en silencio hasta que les faltó el aliento.

Después de que la vieja hubo recogido su jarra, Sygiek se acercó a Rubyna, que estaba sentada junto a Ian.

—Debemos pensar de manera positiva —dijo, mirando a la otra mujer—. No porque estos salvajes nos hayan traído bajo tierra tienen que ser las posibilidades de que nos rescaten las fuerzas de Ciudad de la Paz más remotas de lo que estimábamos. Así que es necesario que mantengamos nuestras fuerzas. Usted ha cometido un error al no comer.

—Váyase —dijo Rubyna con resentimiento—. Sólo porque usted haya comido esa porquería no tiene por qué obligar a los demás a tragarla.

—He hecho lo que el Sistema espera que hagamos. Debemos seguir manteniendo nuestras fuerzas. Seguro que usted comprende esto.

Rubyna se incorporó de un salto, haciendo frente a la otra mujer, las pupilas de sus oscuros ojos dilatadas.

—¡No me dé ordenes, Millia Sygiek! No ha hecho usted otra cosa que dar ordenes a los demás desde que subió a mi autobús, y estoy harta del sonido de su voz.

Sygiek retrocedió unos pasos y dijo en un tono controlado:

—Usted sólo mantenga la compostura, muchachita de Turismo Exterior. E infórmese: algunos están cualificados para dar ordenes, otros para recibirlas.

—¡Bien, entonces asegúrese de saber quién está en cada una de las dos categorías antes de abrir de nuevo su boca! No he olvidado que me llamó laborante común. Cuando salgamos de aquí, va a recibir una sorpresa muy desagradable... ¡Usted y esos dos estúpidos que revolotean a su alrededor bebiéndole los vientos!

—¡Basta, Constanza, basta! —gritó Takeido, tirando de ella hacia atrás—. No debemos pelearnos. Ya tenemos suficientes problemas sin pelear entre nosotros —sus manos recorrieron el cuerpo de ella y se detuvieron sobre sus senos. Ella se volvió y lo miró fijamente, mientras Kordan alejaba a Sygiek y la consolaba al otro extremo de la jaula.

Pasó más tiempo. Un grupo de hombres, ocho en total, apareció por un túnel interior y avanzó con decisión hacia la jaula. Los cautivos se pusieron en pie y se quedaron mirándolos.

Uno de los cavernícolas era el líder, el resto su séquito. No había dudas con respecto a su autoridad. Era bajo, de mediana edad, pelo largo, vestido con una capa roja que colgaba de una especie de yugo de madera sobre sus hombros. Llevaba un casco de cuero. Sus modales eran enérgicos, y silenció un murmullo que se inició entre sus asistentes. Se dirigió a sus cautivos en una explosión de guirigay.

—No comprendemos lo que está diciendo —le respondió Kordan—, pero antes de que pueda haber alguna comunicación entre nosotros, deseamos salir de esta jaula. Abra la puerta —e hizo sonar los barrotes para demostrar lo que quería decir.

El líder dijo algo, los otros murmuraron tras él. Llamaron a los guardias levantando con fuerza los bastones.

Tras un seco golpe del líder, uno de sus secuaces avanzó con una llave, corrió el cerrojo de la puerta de la jaula y la abrió de par en par. Los cautivos salieron, primero Kordan, luego Burek, Sygiek y Dulcifer, Takeido y, finalmente, Constanza.

—Solicitamos una escolta hasta la seguridad de la garganta Dunderzee —dijo Kordan—. Podemos ofrecerle ventajas a cambio. ¿Comprende?

—Es difícil que entiendan, ¿no? —dijo Sygiek.

—Está bien, Millia. Transmítales el mensaje en lenguaje de signos.

Sygiek se volvió hacia Constanza en forma conciliatoria.

—Usted debe saberlo, Rubyna. Usted vive en este mundo detestable... ¿Puede hablar el lenguaje de esta gente?



Rubyna volvió la espalda a la otra mujer mientras respondía.

—No son gente, sino animales. Disparamos contra ellos hasta matarlos, como a los demás animales. Hasta ahora no se ha probado que posean un lenguaje; Kordan dice lo mismo. Pronto nos rescatarían, y entonces todos ellos serán eliminados. Exterminados.

El líder puso una mano sobre el brazo de Kordan, que se echó hacia atrás. Pero el gesto, aunque imperioso, no era hostil. Les indicaron mediante ademanes que los siguieran.

No les quedaba otra alternativa. Pese a la cortesía, los guardias los vigilaban con celo y los rodeaban mientras cruzaban los fuegos centrales caminando por el suelo irregular en dirección al templo. En la escalinata del edificio, el líder hizo un alto para arengarlos de nuevo. Sus ojos ardían intensamente, clavados en ellos; hablaba con fervor. Señaló varias veces hacia arriba, con un dedo tendido hacia el orificio en el techo de la caverna, a través del cual se veía el cielo nublado. Luego se dirigió directamente a Sygiek, hablándole con vehemencia mientras la señalaba a ella y a sí mismo.

Ella lo estudió con resolución, esforzándose por sostenerle la mirada e intentando adivinar, a pesar de siglos de divergencia, qué clase de hombre era. Lo único que veía era la superficie oscura de sus ojos. Entonces extrajo de su túnica un fragmento de un espejo roto, lo extendió para ver sus propios ojos grises y luego lo apuntó al rostro de él.

—¿Qué teorías extraen ustedes de esto? —preguntó a los demás.

—Le está pidiendo que se empareje con él —dijo Takeido, y dejó escapar una risita.

—Quizá tenga una hija como ella —sugirió Burek.

—Está comentando las similitudes entre nuestra especie y la suya —dijo Kordan.

—Le está pidiendo que vea lo parecidos que somos nosotros y él —añadió Dulcifer—, y que usted es mucho más atractiva que él.

—Se prepara para arrancarle los ojos —dijo Constanza.

La cuestión no quedó resuelta. Como si se sintiera vejado, el líder hizo una señal con la mano izquierda. Los seis fueron conducidos escalinata arriba y dentro del edificio sin techo. Mientras pasaban, vieron hombres con túnica que preparaban antorchas. Pasaron cerca de las dos masas de metal, completamente veteadas con tubos y espitas, y se detuvieron bajo la gran estructura de madera que se elevaba hacia el cielo abierto. Un poco más abajo, casi contra la pared de piedra de la caverna, había una hilera de algo parecido a establos. Precisamente hacia allá se les condujo.

Cada compartimento contenía un asiento, dos largos grilletes clavados en cada pared opuesta, y poca cosa más. Pese a las protestas, los encadenaron de pies y

manos.

—¡Esto es sólo otra prisión inmundada! —gruñó Takeido—. No podré soportar mucho más de esto.

—Hay prisiones peores en toda la Tierra —dijo Burek.

—Daré parte de usted por esta observación —advirtió Sygiek, con algo de su antiguo ardor—. *Nuestros* lugares de confinamiento son parte de un elaborado sistema judicial, y han sido diseñados para la reeducación.

—Además —dijo Kordan—, observen que hemos sido promovidos. Ya no estamos enjaulados como animales, sino como seres humanos. Siguen manteniéndonos cautivos, como era de esperar, pero nos han instalado en un lugar sagrado. Es más, creo que el presidente se está disculpando.

—¡Disculpándose! —se burló Takeido. Hundió su rostro entre las manos y se echó a reír con blandura.

A juzgar por su tono conciliatorio, el líder estaba intentando dar algo parecido a una disculpa. Dio unas palmadas, le alcanzaron un objeto y se lo tendió a Kordan, que lo examinó.

—Es un libro de páginas metálicas —dijo—. Tiene algunos diagramas, así que quizá sea un libro de texto. No hay duda de que el lenguaje es alguna antigua lengua capitalista. Nunca antes vi esos jeroglíficos. No es cirílico ni germánico; podría descifrar ambos. Debe de ser inglés.

Lo devolvió sin darle importancia, diciendo:

—Gracias, imposible leerlo.

—Dudo de que ellos puedan leer eso ni mucho menos —aventuró Dulcifer—. Es sólo una reliquia.

—No importa —dijo Burek—. Está intentando mostrarle que él venera algo que proviene de fuera de este mundo. ¿Puede acaso imaginarlos hojeando las páginas metálicas de un libro en esta maldita caverna?

El libro fue retirado, el líder lanzó otro breve discurso, hizo una reverencia con la cabeza y se retiró con su escolta.

## Capítulo X

Permanecieron solos durante el resto del día, excepto cuando la anciana bruja les trajo unos tazones individuales de sopa aguada con sabor a menta. Las horas pasaban con lentitud, los bancos eran duros. Aunque podían mirar por encima de las puertas de la celda y de las paredes bajas que los separaban, las horas se arrastraban con una inercia terrible. Especularon acerca del rescate, pues sabían que por aquel entonces les echarían ya de menos en el Hotel de la Unidad y en Ciudad de la Paz, pero mantener un optimismo voluntario se hizo particularmente difícil durante la larga tarde.

El orden en que estaban sentados en sus celdas era Burek, Kordan, Constanza, Takeido, Dulcifer y Sygiek.

—Les diré todo lo que siento y pienso —exclamó de pronto Takeido, cuando hacía un buen rato que el silencio se había adueñado de ellos—. Sé que hacerlo es reprobable, de mal gusto o incluso a menudo susceptible de castigo, pero es obvio que, después de todo, quizá nunca regresemos al Sistema. En primer lugar desearía estar acostado junto al río, con Rubyna Constanza en mis brazos, haciendo el amor con nuestros cuerpos desnudos muy juntos. Perdóneme, Rubyna, pero tal es mi sincero deseo.

Constanza no dijo nada. Se mordisqueó el dedo meñique y bajó la mirada.

—«Cuando un lobo aúlla —citó Burek riéndose—, aúlla toda la manada».

Tras otro silencio, Takeido dijo:

—Ya basta de mis deseos, pasemos ahora a mi intelecto, aunque esto puede ser desagradable para ustedes. Poseo cierto conocimiento científico más allá de mi propia disciplina de exobotánico, pero he especulado más de lo que he llegado a divulgar. Lo que digo, aunque ahora me baso en nuevas experiencias, se funda en meditaciones antiguas.

»De acuerdo. Nuestro encumbrado camarada, el académico Jerezy Kordan, es un historiador oficial, pero no dudo que todos nosotros hemos adquirido una cierta noción propia de la historia, pese a diversas prohibiciones. Después de todo, la élite sabe cómo esquivar sus propias reglas mejor que nadie, ¿cierto? Bien. Tal como lo entiendo, el *homo sapiens* del cual procedemos estaba obsesionado por muchos fantasmas, todos ellos relacionados con las imperfecciones heredadas de su sistema de gobierno. Quiero decir que en términos evolutivos se vinculaban entre sí, que añadían nuevos sistemas de control a los viejos. Así pues, un cierto conflicto era inherente a ellos. El *homo sapiens* intentó dar cuenta de esto de varias maneras a través de su historia. Y para ello inventó una serie de *injerencias*, la mayor parte de ellas externas al hombre; proyecciones de adentro hacia afuera, podríamos decir, para mayor comodidad del incómodo *sapiens*. Dioses, fantasmas, azares, demonios,

duendes, hadas, espíritus, gólems; todos eran injerencias. Los grandes sistemas religiosos y filosóficos fueron edificados a fin de dar cuenta de incomodidades fisiológicas, muchas de las cuales habían dominado las mentes de los hombres durante cientos de años. Las proyecciones resultaban más perdurables que la breve individualidad de cada *homo sapiens*.

»A medida que fue pasando el tiempo, el *sapiens* ganó más control sobre la naturaleza, pero no sobre sí mismo. Consiguió esclavizar a los elementos, pero siguió siendo, él mismo, un esclavo.

»Durante este período, los sectores más avanzados de la sociedad del *sapiens* cambiaron sus proyecciones y establecieron nuevos modelos que se conformaban a una perspectiva más sofisticada del mundo. Dieron forma a sus inquietudes en nuevos monstruos metafísicos, incluso en planetas poblados por completo de tales monstruos. Por lo que sabemos ahora, esas cosas no pueden existir, pero la imaginación de aquellos hombres estaba poseída por sus inquietudes. Soñaban también con máquinas perfectas, cosas de metal que no pudieran sufrir de las mismas incapacidades internas que ellos: “robots”, lo que nosotros llamamos radniks. Los robots tenían tan sólo circuitos electrónicos; no tenían sueños ni confusiones internas. Debo explicar que los sueños eran cortocircuitos producidos por la acumulación excesiva de energía nerviosa ocasionada por el desagradable conflicto de los sistemas internos, exceso que conturbaba el descanso del *sapiens* y era casi igual de importante.

»Toda su ciencia, según los pocos que se dieron cuenta de ello, era de hecho mágica y estaba dirigida a exorcizar demonios internos, como los ritos que observamos anoche. Por supuesto, primero tenía que llegar el prototipo de un sistema político perfecto, o de otro modo los gobiernos, enloquecidos por el poder, habrían prohibido tales experimentos.

»El *sapiens* halló finalmente un camino para desarrollar hombres y mujeres sin aflicciones ni limitaciones fisiológicas propias de la especie a través de la ingeniería genética y de lo que ahora denominamos tecnoeugenesia. Esto es lo que estábamos diciendo ayer.

»Nos desarrollaron a nosotros.

»Con ello, generaron también su propia caída. El *uniformis* tuvo que hacerse cargo de su mundo caótico.

»Bien, camaradas, ya saben lo que ocurrió a continuación, o lo que *no* ocurrió. Hemos avanzado lentamente desde que fuimos inventados, no dejamos de avanzar ni un momento, generación tras generación. El viejo mundo murió lentamente bajo nuestro toque. Conservamos algunos animales y, creo, unos pocos ejemplares de *homo sapiens* en zoos. Somos lógicos, y mediante lógica podemos controlarlo todo, desde nosotros mismos hasta la totalidad del Sistema Solar. Sin embargo, ¿qué hemos

hecho aparte de abolir tantas características de la vida del *sapiens* como el nacimiento desde las entrañas, su organización familiar, el arte y la religión? Nada. No hemos hecho nada. En un millón de años, realmente hemos logrado menos de lo que logró el *sapiens* en un siglo, más o menos.

—Todo eso son disparates —dijo Sygiek—. La comida le está haciendo sufrir un envenenamiento.

—Puede usted pensar así, naturalmente... Si lo desea, será mejor que haga su propio discurso más tarde, utopista Sygiek —replicó Takeido sin alzar la voz—. He escuchado a los malditos radniks de su clase declamar sus discursos durante toda mi vida. Ahora me estoy tomando mi turno. Sólo quiero expresar otro planteamiento que en el Sistema nunca llegará a ser planteado. No hay forma de hacerlo. ¿Entienden lo que quiero decir, camaradas? Si hablas en voz alta, eres un enemigo del Sistema. ¿Es tan insegura nuestra forma de vida? ¿Puede una objeción hacer que nuestros principios se derrumben totalmente?

»Puede pensarse que sí cuando uno contempla lo poco que hemos conseguido. Es cierto que podemos viajar a través del abismo, algo que el *sapiens* nunca habría podido lograr puesto que el cratocálculo necesario para ello es una rama de las matemáticas que está más allá de su mentalidad... Y más allá de la mía, debo añadir. Por lo mismo, el *sapiens* se habría aventurado a estas alturas mucho más lejos de lo que, comparativamente, lo hemos hecho nosotros. Un millón de años de Biocom, ¡y todo lo que hemos hecho es atrincherarnos en el Sistema como garrapatas en un perro viejo!

Con una voz fríamente controlada, Kordan dijo:

—Utopista, desde luego su mente está ofuscada y deberá someterse a tratamiento si logramos salir vivos de aquí, ¡un rito tan deplorable como el que presenciamos anoche puede provocar un fermento así de subversivo!

—¡No! ¡No! ¡Sí, sí, mi mente está ofuscada, apestoso cerdo intelectual, porque el Sistema nos obliga a todos a permanecer separados los unos de los otros en nombre de la maldita Unidad! —Takeido estaba arrodillado sobre su banco, tan erguido como se lo permitían sus grilletes, y vociferaba por encima de la celda de Constanza a Kordan, que lo contemplaba pálido. Constanza permanecía acurrucada y se tapaba los oídos—. No podemos confiar los unos en los otros debido al constante temor a la traición... Lo que el Estado llama conciencia no es más que un repugnante esquema de traición. No podemos confiar en los demás... Ahora me atrevo a hablar sólo porque confianza y traición son irrelevantes en estas circunstancias. Pero tiene razón, sí, esa ceremonia de la pasada noche puso un fermento en mi pecho.

Se sofocaba con la emoción y se golpeaba el pecho, haciendo sonar sus cadenas.

—Pienso en la *resistencia* de esta gente, en cómo cuidan ellos mismos de sus jóvenes, por ejemplo, en lugar de criarlos como animales de laboratorio de la manera

en que lo hacemos nosotros. Sobreviven en condiciones imposibles. Les diré... Les diré a todos ustedes, utopistas atontados, que si ahora mismo abandonaran unos pocos centenares de *nosotros* en un lugar desierto de Lysenka, nos sentaríamos sobre nuestros traseros y hablaríamos y discutiríamos y mentiríamos y exageraríamos hasta morir. Esta sería nuestra lógica. Somos poco más que robots, radniks.

—Nuestra habla es superior a su discurso ritual —comentó Burek—. Siéntese, Takeido, siéntese y cálese. El suyo es un razonamiento inmaduro. Nadie lo comparte. Takeido estalló de nuevo.

—Ja, no quiere usted apoyarme, ¿verdad, utopista Burek? Es sólo un individuo aislado que adopta una postura individualista para mantener un mínimo de dignidad. Pero usted no puede dar ni recibir ayuda... ¡Es sólo una marioneta como las que desea el Sistema! —se volvió hacia el otro lado y le gritó a Dulcifer—: ¿Y qué hay de usted, Vul Dulcifer? ¿Me apoyará? ¡De tanto en tanto dice usted algunas cosas atrevidas! En nuestros corazones, lo sabemos... ¡Sí, lo sabemos! ¡Es usted un agente provocador, un miembro de la podrida y hedionda PRU! No importa que lo niegue. No tengo miedo de decir lo que todo el mundo supone.

—Si es así supone mal —dijo Dulcifer—. Siéntese, camarada... Ya tenemos suficientes problemas sin que usted añada unos cuantos más.

—Sí, por favor, siéntese, Ian —añadió Constanza.

—Me sentaré —dijo Takeido—. Me sentaré porque Rubyna me lo pide, y ella es la única persona decente aquí. Me sentaré, pero antes les contaré mi gran idea. Es una manera de quebrar la opresión imposible que ejerce el Biocom sobre todos los miembros del Sistema, tanto da si me apoyan o no.

»Debemos olvidar los prejuicios que con tanto cuidado hemos aprendido y comprender que estos salvajes son dignos de admiración. ¡Sí, admiración! No deben ser eliminados. Debemos cuidar de preservarlos o, aún mejor, habría que llevarlos de vuelta, incluyendo al último hombre, mujer y niño, y deberían establecerse en una amplia reserva en la Tierra o en Marte. No me refiero a todas las formas animales que han degenerado en Lysenka; simplemente a esta tribu y a cualquier otra que hayan conseguido retener su humanidad a lo largo de más de un millón de años de circunstancias imposibles. Creo que los necesitamos. Después de un millón de años de embrutecedora Unión Mundial, creo que necesitamos al *sapiens* tanto como en su tiempo él nos necesitó a nosotros. Eso es todo.

—Es más que suficiente —dijo Constanza con sequedad—. Está proclamando herejías. Siéntese.

El tono de su voz deshinchó a Takeido, que se desplomó hacia atrás en su banco y no dijo nada más.

—Uno podría decir muchas cosas —dijo Kordan, pero su voz se apagó sin decir cuáles.

Nadie más habló durante un buen rato. La mayoría se amodorró. Sólo Sygiek permanecía sentada y erguida, casi sin moverse, mirando al frente, a la penumbra de la caverna.

Fue ella quien vio el inicio del final del día. Las nubes cubrieron el cielo sobre sus cabezas, la luz se disolvió en un color perlino, y los cavernícolas empezaron a regresar a sus madrigueras. Trajeron más animales muertos. Los niños empezaron a correr de un lado a otro. Los sacerdotes avanzaron hacia el templo, se encendieron las antorchas y los hombres iban de aquí para allá con ellas; sonaban voces, gritos. Se avivaron los fuegos, y un aroma de cocina llenó el aire.

Sygiek se volvió y despertó a Dulcifer. Uno tras otro, los demás se desperezaron y se sentaron, gruñendo con incomodidad. Dulcifer miró por encima de la pared de su celda a Takeido.

—Utopista Takeido, pese a sus insultos y exageraciones, me ha interesado lo que ha dicho usted acerca de la falta de adecuación del Sistema y nuestra necesidad del *homo sapiens*.

—Olvídelo. Sé que su interés es sincero —Takeido no levantó la vista.

—Su juventud hace que usted piense así, el Sistema ha ido moldeando lentamente la razón sobre fundamentos erróneos. Cuando usted alcance la madurez completa, sus creencias derivarán en la misma inversión de valores en que lo hicieron las mías; llegará a comprender que el desarrollo descontrolado del *sapiens* es síntoma de algo erróneo. Me atrevería a decir, como usted afirma, que el *sapiens* habría infectado a estas alturas la mitad de la galaxia. ¡Pero recuerde qué confusión ocasionaron a la Tierra! No sea tan sentimental respecto a ellos. Piense en la confusión que hubieran podido traer a la galaxia. No, nuestro prudente modo de actuar es mejor, pero no puedo esperar persuadirlo a usted de mi punto de vista más de lo que usted puede persuadirme del suyo; no son los argumentos lo que cambia nuestro modo de pensar en tales materias, sino el tiempo.

Takeido inclinó la cabeza y miró sus manos esposadas. En voz baja, dijo:

—Supongo que usted es igualmente incapaz de aceptar el argumento de que estamos en peligro de convertirnos exactamente en la clase de robots que los *sapiens* imaginaron.

Pasaron unos segundos y Dulcifer no respondió, por lo que Kordan añadió:

—Salgamos vivos o no de esta caverna, ello no es razón para que tengamos que tolerar discusiones sediciosas. Los robots están viviendo aquí, y actúan día y noche a través de sus conjuros.

»No dudo de que usted, Takeido, encontraría excitante una vida de cazador, puesto que es joven. Pero hay más desafíos en la forma de vida que nuestro Sistema ha levantado. Nuestro desafío es existencial. No se puede curar temporalmente con un estómago lleno o una cópula. Hemos suprimido nuestro «yo» y hemos renunciado

a nuestra identidad para mayor beneficio de la sociedad y el Estado. Somos conscientes del coste de hacerlo así, somos conscientes también de que la condición de la vida es trágica. Pero éste es el camino que hemos elegido y debemos seguirlo durante toda la vida, sin compasión por nuestras propias debilidades ni por las debilidades de los demás.

—Como la mía —dijo Takeido.

—Como la suya —asintió Kordan—. Si regresamos al Sistema, nos veremos de nuevo cuando usted sea enjuiciado. Estaré entre los testigos.

Con aire burlón, Takeido alzó un dedo hacia él.

Hubo un nuevo silencio, y contemplaron fútilmente la entrada de más figuras en la caverna. El retazo de cielo nublado sobre sus cabezas se iba tornando oscuro. Los cavernícolas iban penetrando con sus antorchas en la parte delantera del templo, deteniéndose en círculo solemne a saludar a los sacerdotes.

—¡La monotonía de la vida! —exclamó Sygiek—. Parece que lleváramos varios años aquí como prisioneros. Si la huelga ha terminado, la región debe de estar siendo vigilada por satélites y por aeronaves de Ciudad de la Paz... Si tan sólo uno de nosotros pudiera salir...

—Veamos lo que ocurre durante la ceremonia de esta noche —dijo Dulcifer—. Tengo la sensación de que están preparando algo para utilizarnos. Tal vez entonces podamos aprovechar alguna oportunidad. No desespere nunca, Millia, no desespere nunca.

Como la noche anterior, fueron entrando grupos familiares; había mujeres entre ellos, con bebés en sus brazos, y niños pequeños que permanecían en silencio. Se sucedieron las complicadas gesticulaciones, carentes de sentido para los observadores. Luego la gente se reunió en un grupo que ascendió las escalinatas y penetró en el templo.

Una vez allí, inclinaron ligeramente las cabezas y empezaron a frotar las palmas de las manos contra las dos sólidas masas de maquinaria que estaban situadas debajo del andamiaje central de madera.

—¿Es posible que esas cosas de metal sean los motores de la nave colonial? —preguntó Constanza.

—Después de todo este tiempo, los motores originales deben estar reducidos a herrumbre —respondió Burek—. Eso deben ser réplicas, imagino que se trata de una especie de pantomima acerca de reparar las máquinas. ¿No lo cree así, Dulcifer? Usted es ingeniero, además de filósofo a ratos.

—Soy ingeniero, pero no sé lo que ocurre en las cabezas despreciables de estos salvajes. Puedo ver lo que ocurre en sus cuerpos: son un lamentable grupo de gente desnutrida.

Tuvieron todo el tiempo que desearon para observar pantorrillas esqueléticas,



protuberancias, huesos y piernas ulceradas antes de que la ceremonia terminara y la compañía se retirase. Las familias empezaron a reunirse alrededor de los fuegos centrales y de nuevo la mujer de cabello blanco y ropas flotantes apareció y procedió a relatar una larga historia.

—¿Será la misma historia? —preguntó Sygiek—. No creo que la soporten cada noche. Debe ser distinta.

—Adoctrinamiento —dijo Takeido de forma sucinta. Era la primera palabra que pronunciaba después de un largo rato.

Finalmente llegó la comida que, como antes, servían las mujeres con mandiles. El hombre con la bolsa atada a su estómago apareció y recolectó piezas de todos.

—¡Sí, vean...! ¡Capitalismo! —exclamó Constanza—. ¡Tienen que... que pagar moneda por todo! ¡Ése es su dios!

Trajeron comida para los prisioneros, que estaban exentos de pago. Aquella noche había un bol para cada uno. Comieron sin hacer ningún comentario, evitando las miradas de los otros. Incluso Constanza comió.

La velada se prolongó. Tras la comida vino otro acto circense, protagonizado por dos criaturas de largo cuello que gritaban y corrían de un lado a otro antes de que las sacrificaran. Cuando iba a comenzar la parte siguiente de la ceremonia, apareció el líder con su séquito. Todo el mundo se puso en pie. Sonó un gong y el líder levantó una mano imperiosa a manera de saludo.

Luego caminó con paso majestuoso de un extremo a otro del templo y se detuvo frente a las celdas que albergaban a los seis prisioneros. Adoptando una postura especial, se dirigió a ellos en voz alta, de modo que todos los presentes pudieran oír. Luego hizo un gesto a sus hombres para que los soltasen, y entonces fueron liberados de sus grilletes.

De inmediato, Takeido rodeó con sus brazos a Rubyna Constanza.

—¡Queridísima Rubyna, cuánto he anhelado tenerla entre mis brazos! Dígame que comprende lo que dije cuando solté esos discursos locos.

—No soy una estúpida. Comprendo, Ian Takeido. Usted odia todo lo que nosotros creemos fundamental.

—¿No me censura por ello? —Se apartó de la mujer.

—Cuando expresamos nuestras propias opiniones, se hace inevitable sufrir por ellas. Esa no es mi ley, es la ley —y eso fue todo lo que dijo, luego se apartó de él y alisó su arrugado uniforme rojo.

—No utilice esa horrible palabra: «inevitable». Es una palabra de Kordan —eso fue todo lo que dijo él antes de avanzar hacia ella.

Los guardias los separaron.

Sin exaltarse, Sygiek dijo a Kordan:

—Es preciso que confiemos en los demás, Jerezy Kordan. Apruebo la correcta

elocuencia con que le ha hablado a Takeido. Si planea alguna acción positiva, por supuesto que le apoyaré.

—Esto es un cambio de actitud en usted, Millia Sygiek. —La miró con severidad y frunció los labios—. Me ha proporcionado muy poco apoyo..., por ejemplo en cuanto a ceder la pistola.

—Entonces siéntase orgulloso de haberse hecho cargo de ese asunto —ella tocó su brazo—. Usted y yo somos gente orgullosa, y no enteramente incompatible, tal como determinó la computadora. Nuestras incompatibilidades pueden ser materia para una discusión posterior.

Él la miró a los ojos con dureza.

—Veremos si lo que dice se convierte en una promesa o en una amenaza. Mientras tanto, su deber es dar un apoyo incondicional a mi liderazgo.

Ella suspiró.

—Como usted afirma correctamente, suprimimos nuestras identidades para el bien común. Eso es lo que debemos hacer ahora.

Los guardias los separaron también a ellos.

Dulcifer dijo a Burek:

—Si tengo la oportunidad de realizar algún movimiento repentino, confío en usted para que me secunde, Che Burek.

—Todos saben que pueden confiar en mí por completo —respondió Burek—. Así es como he sobrevivido tanto tiempo. Ya vio cómo me tragué mi ira ante los insultos de Takeido. «Un elefante no repara en un mosquito».

—Le estoy pidiendo que sea usted un hombre, no un maldito elefante.

Los guardias también los separaron.

Se les condujo a todos juntos hacia adelante.

## Capítulo XI

Los sacerdotes habían estado preparando una plataforma. Se erguía bien a la vista de todo el mundo, bajo el alto andamiaje de madera. Con gestos corteses, algunos de los sacerdotes animaron a los cautivos a que subieran a ella, y éstos así lo hicieron. Un murmullo de expectación brotó de los cavernícolas apiñados.

Constanza se situó cerca de Kordan y le sujetó el brazo. Su rostro estaba pálido.

—Nos harán un homenaje o nos ejecutarán —dijo.

—No se alarme, Rubyna Constanza. Estos salvajes han reconocido nuestras cualidades y esperan algo de nosotros. Apóyeme.

Al mirar hacia arriba, los seis pudieron comprobar que la abertura del techo de la caverna estaba justo sobre ellos. La silla litera ajustable estaba cerca. Sygiek dedujo que el andamiaje era quizás una burda imitación de algún olvidado artefacto que los capitalistas habían utilizado para aterrizar con sus cohetes. No podía verse ninguna estrella a través de la abertura del techo, pero había extraños destellos de luz cuyo origen ella era incapaz de adivinar. Probablemente se gestaba una tormenta.

El líder de los cavernícolas inició otra oración y levantó los brazos. Su voz resonó con fuerza, creando ecos a través del espacio. La masa de gente avanzó en una oleada, con los hijos delante, hasta que se detuvo en la escalinata del templo. Los rostros expresaban anhelo.

La plataforma empezó a moverse. Ascendió uno o dos centímetros del suelo. Debajo de ellos empezaron a estallar cohetes.

—Comprenden que somos de otro mundo —dijo Kordan—. Nos están utilizando como un ejemplo práctico. Estén tranquilos. No vamos a sufrir ningún daño. ¡Permanezcan firmes!

—¡No entra en mis planes el ser un ejemplo para ninguna pandilla de salvajes! —exclamó Dulcifer.

La plataforma se alzó lentamente, mientras los cohetes seguían estallando debajo de ella. La alzaban mediante unas cuerdas atadas a los extremos. A un lado, ocultos de la concurrencia, ocho sacerdotes manejaban vigorosamente un manubrio.

La plataforma se detuvo a un metro o más del suelo y la gente gritó. Dulcifer saltó de la plataforma y se colgó del andamiaje de madera. El líder de los cavernícolas, que había estado conduciendo la ascensión como si fuera un director de orquesta, lanzó un grito de ira y saltó hacia delante blandiendo una espada.

Entonces corrió hacia el andamiaje, alzando ojos y voz hacia Dulcifer. Los sacerdotes, consternados, soltaron el manubrio y la plataforma se estrelló contra el suelo, por donde quedaron desparramados los cinco pasajeros. Dulcifer extrajo una pistola de su bolsillo y disparó hacia abajo.

Kordan se puso en pie, el rostro lívido.

—¡Baje, Dulcifer! ¡Me robó la pistola mientras yo estaba durmiendo la otra noche, desviacionista! Pensé que Sygiek la había recuperado. ¡No dispare!

—¡Es usted inútil sin el Sistema, Kordan, vuelva a él! —Dulcifer efectuó otro disparo y luego empezó a trepar rápidamente.

—¡Siga adelante, camarada! —gritó Takeido.

El líder de la tribu se tambaleó y cayó en brazos de Kordan. Sygiek corrió para ayudarlo, y entre los dos mantuvieron al líder de pie mientras éste vacilaba y sus brazos se agitaban descontroladamente. El dolor le retorció el rostro, la sangre manaba a borbotones de sus labios y, después de dar un fuerte grito, murió.

Toda la multitud se levantó y empezó a avanzar por las escalinatas del templo hacia los utopistas.

\* \* \*

Dulcifer dirigió una última mirada a la confusa escena de abajo. Había alcanzado la cima del andamiaje, donde se bamboleaba peligrosamente de un lado a otro. Mientras se balanceaba en los últimos travesaños, con las piernas abiertas, su cabeza penetró en la poco profunda chimenea de roca que conducía al mundo de arriba. La chimenea tendría poco más de metro y medio de ancho por dos de profundidad. Al otro lado, las nubes oscuras escudaban un oscuro cielo.

Así que puso músculos y nervios en tensión y saltó. Toda la feroz energía de su cuerpo estaba dirigida a aferrarse a la roca. Piedras y gravilla se desprendieron bajo sus manos, pero con los brazos extendidos consiguió encajarse en la chimenea. Uno de sus pies halló un hueco a un lado. El aire escapó en un estallido de sus pulmones, el sudor le cubrió el rostro y, con esfuerzo, subió por la chimenea.

Tras un intervalo eterno, su cabeza alcanzó el aire libre, seguida por los hombros. Con un jadeo de alivio, Dulcifer sacó sus brazos y se echó sobre un suelo en pendiente, donde permaneció tendido un minuto, sujetando sus manos ensangrentadas en las axilas. Luego se levantó, tambaleándose ligeramente, y miró alrededor.

Estaba libre.

El agujero del cual había emergido estaba protegido por enormes piedras. En la oscuridad, podía distinguir muy poca cosa del entorno, pero aun así la brisa que sopló en sus mejillas, el fresco aroma del aire, el sonido lejano de una corriente de agua, la fría impresión en sus sienes, incluso la sensación del suelo pedregoso bajo sus pies, todas aquellas cosas le causaban un aprecio inmediato y regocijante, del planeta, de la misma manera en que un hombre puede, en un instante, recordar un amor perdido. Entonces levantó sus brazos y extendió los dedos engarfiados hacia los cielos, y a duras penas pudo contenerse para no lanzar un fuerte grito de alegría. Gruñendo,

aspiró el aire nocturno.

Bajó los puños y empezó a descender por la ladera.

Apenas hubo rebasado el círculo de piedras, unas luces hirieron sus ojos. Se detuvo, confuso. Dos proyectores entrecruzaban sus haces oscilantes ante él.

—Eh, ¿quién hay ahí? —llamó—. ¿Amigo o enemigo?

Unos segundos más tarde, una nave rastreadora eratobática cruzaba el cielo a toda velocidad hacia él. Se detuvo, suspendida a pocos centímetros del suelo, y dos oficiales del EMU, con el símbolo de la Unidad Mundial en sus capas, saltaron a tierra y palmearon su hombro. Intercambiaron rápidamente nombres y explicaciones y ayudaron a Dulcifer a subir a bordo y acomodarse en uno de los asientos anatómicos que se hallaban al descubierto. Dos soldados del EMU y un hombre con el siniestro uniforme negro de la PRU estaban ya a bordo.

—Pensábamos que nunca nos encontrarían —dijo Dulcifer—. ¿Todavía sigue la huelga?

Fue el oficial de la PRU el que habló.

—No hay ninguna huelga, utopista Dulcifer; que esto quede claro. Hubo sólo un pequeño problema técnico, que ya ha sido resuelto. Por lo demás, hemos acudido de manera rápida y eficiente. No debería ponerlo en duda.

Dulcifer se echó a reír.

—*¡Usted* debería probar lo que se siente al ser capturado por caníbales durante algún tiempo!

—Hemos tenido que rastrear una amplia zona —dijo uno de los oficiales del EMU—. Mientras ustedes permanecían bajo tierra, nuestros instrumentos no pudieron localizarles —le pasó un frasco a Dulcifer, y palmeó su hombro—. Estamos contentos de llegar a tiempo, Vul Dulcifer.

—Quizá no lleguen a tiempo, por lo que se refiere a los demás. Bajen hasta el río e intentaré mostrarles el camino a través de los riscos. ¿Podemos penetrar hasta el fondo en esta nave rastreadora?

—Puede apostar a que sí. No hay ningún problema.

—Estupendo —bebió un trago profundo y satisfactorio del fuerte líquido del frasco—. Vamos allá. Cada segundo cuenta.

Uno de los soldados estaba transmitiendo información a las otras dos naves rastreadoras que estaban en las inmediaciones. Todas ellas convergieron en las tierras bajas. Al otro lado del río aguardaba un vehículo-oruga terrestre. Siguiendo el curso del río, la nave rastreadora ganó velocidad en el aire, mientras su reflector proyectaba luz sobre la pared del risco. Las otras naves la siguieron.

La pared del risco estaba acribillada de agujeros, todos iguales. No había señales de vida. El área parecía deshabitada.

—Retiran las escaleras por la noche —dijo Dulcifer, y empezó a sudar. Ansioso,

se golpeó las rodillas con los puños.

Entonces vio el puente, que se distinguía como una plancha que cruzaba el tenue relumbrar del agua debajo.

—Ése debe de ser nuestro puente. Gire aquí y busque el túnel a unos diez metros de altura en la pared.

La nave aplanada giró a la izquierda en un ángulo cerrado y apuntó directamente al risco. El piloto pulsó algunos botones y la montaña se los tragó. Frenando con brusquedad, la nave exploradora penetró en un túnel y se detuvo. Dulcifer, alarmado, se echó hacia atrás y se cubrió la cabeza.

Un chorro de luz casi circular les precedió mientras avanzaban de nuevo. El camino parecía prometedor. Había allí centinelas de la tribu, que echaron a correr presas del pánico o se apretaron contra las paredes, gritando aterrorizados, ocultando los ojos.

—¡Más animales! —dijo riendo uno de los oficiales—. Estamos en el buen camino. —Extrajo un arma y empezó a disparar. Un centinela se derrumbó y se perdió detrás, en la oscuridad. Los soldados lanzaron vítores.

Dulcifer sujetó el brazo del oficial.

—No dispare contra ellos. No son animales.

El túnel giró, se bifurcó, se curvó a la izquierda. Una barricada avanzó hacia ellos. Una llamarada de luz anaranjada surgió de la parte frontal del vehículo que los llevaba y las maderas se volvieron humo. Se deslizaron a través de un remolino de cenizas en el aire y llegaron a la caverna principal, donde brillaban las luces.

Multitud de cavernícolas se aferraban a sus hijos y corrían en todas direcciones, los gritos resonaban y los oficiales sacaron de nuevo sus armas.

—¡No disparen! —gritó Dulcifer.

La nave exploradora se detuvo a pocos centímetros del suelo. Oficiales, soldados y Dulcifer saltaron fuera.

En el templo se hallaban Sygiek, Kordan, Constanza, Burek y Takeido, momentáneamente paralizados como en un cuadro. El líder de la tribu yacía muerto a sus pies. Cerca se hallaban inclinados la escolta del líder y varios sacerdotes, en actitud de adoración. El resto de la congregación también había estado arrodillado, pero en ese momento huía a la carretera para salvar sus vidas.

—¿Están todos bien? ¿Hemos llegado a tiempo? —inquirió Dulcifer con preocupación, corriendo presuroso hacia sus amigos—. ¡Mi querida Millia Sygiek... está usted sana y salva!

Sygiek se había acercado a Kordan, que apretaba su mano. Y aguardaba en tensión, observando con sus ojos grises a Dulcifer, que se acercaba. Su rostro se mantenía inexpresivo. Dignatarios y sacerdotes abrieron camino ante él, pero ella no se movió.

—Es usted un perro rabioso, utopista Dulcifer. Ha infringido la ley con su uso de armas de fuego —dijo Kordan, señalándole con la mano—. Eso y todos sus otros delitos no pasarán impunes, puede estar seguro de ello.

Dulcifer no le hizo caso. Miraba intensamente a Sygiek.

—¡Millia, hábleme! Su terrible experiencia ha terminado.

—Cayeron de rodillas ante nosotros. Nos adoraron. Nos aceptaron como dioses —dijo ella, como sorprendida—. Qué poco comprenden... Y qué poco comprendemos nosotros acerca de nosotros mismos...

—Déjela sola, Dulcifer —intervino Kordan—. Cuando mató al líder, ¿fue para detenerlos y dejarnos aislados en venganza? ¡Se preocupó mucho! Por fortuna, estábamos tan bien colocados en el papel de dioses en su ceremonia que aceptaron el asesinato como justo, como un sacrificio, y no nos hicieron daño. Podríamos estar todos muertos ahora.

Dulcifer le palmeó burlescamente el pecho.

—Ha hecho usted muy poco para salvar su propia piel, Kordan. Considérese afortunado de que haya en este universo alguien lo suficientemente estúpido como para confundirlo con un dios —se volvió hacia Sygiek y la abrazó, manteniéndola apretada contra su desmañado cuerpo, acariciando su pelo.

—Nos perdonaron —prosiguió ella, con la misma voz aturdida de antes—. Necesitaban un poder al que adorar y nos vieron a nosotros como omnipotentes. ¿Por qué otro motivo nos perdonarían?

—Es una ley universal, adorar al poder —respondió Dulcifer—. Pero yo me preocuparía por usted, Millia Sygiek, únicamente en el caso en que las leyes del universo fallaran por una vez. Afortunadamente existe la piedad.

—Piedad... —Sygiek salió de su aturdimiento y lo sujetó enérgicamente—. Sí, incluso yo he oído hablar de piedad, Vul. Deseo hablar con usted, hablar como es debido. Cuando regresemos a casa. Atrevámonos a hablarnos.

Él la apretó contra sí, sin hablar.

Los ojos de ella resplandecían en los de él.

Mientras los ocupantes de las cavernas se escabullían, llegaron las otras dos naves rastreadoras. Los soldados saltaron al suelo con las armas preparadas y se formaron en torno a los seis turistas, que se abrazaban y felicitaban unos a otros por sobrevivir. Se oyó la risa atronadora de Burek. Y oficiales y soldados lanzaban vítores.

Pero Rubyna Constanza se soltó del abrazo de Ian Takeido con una exclamación colérica y bajó las escalinatas del templo hacia el oficial de la PRU. Takeido hizo un ademán de seguirla, luego se detuvo. El nombre de la mujer brotó de sus labios:

—¡Rubyna Constanza!

Ella, con el rostro pálido, no miró hacia atrás.

Los otros turistas se volvieron, contagiados de una repentina frialdad en el aire.

Los soldados guardaron silencio.

El oficial de la PRU, con sus botas resplandecientes, avanzó para reunirse con Constanza. Su arrugada cara se plegó en una sonrisa, sus manos se tendieron.

—¡Felicidades! Habrá mucho alivio oficial cuando se sepa que usted sigue viva y a salvo, oficial Rubyna Constanza —dijo—. La hemos buscado incesantemente desde que logramos rescatar a los demás del grupo del autobús accidentado ayer.

Constanza tocó sus manos. Cuadró sus hombros y habló con una voz que los demás apenas reconocieron:

—Han tardado demasiado. Hemos sido humillados, oficial Gunnar Gastovich, humillados. Alguien deberá asumir la responsabilidad de esto.

—Mis excusas, camarada oficial. Mis más profundas excusas. La huelga dificultó nuestros propósitos... Los responsables deberán hacerse cargo de ello, se lo aseguro. Les transportaremos inmediatamente a Ciudad de la Paz.

Restando importancia a esta última observación, Constanza tiró de su uniforme y se volvió para enfrentar a los turistas.

—Oficial Gunnar Gastovich, le ordeno que arreste a estos cinco turistas: Ian Takeido, Che Burek, Vul Dulcifer, Jerezy Kordan y la mujer Millia Sygiek. Póngalos bajo custodia desde este mismo momento. Redactaré un informe completo cuando regresemos a Ciudad de la Paz. He descubierto una conspiración contra nuestro bienamado Sistema.

Gastovich chasqueó los dedos, y los soldados empezaron a moverse.

—¡Esto es demencial! —gritó Kordan—. Nadie es más leal que yo al Sistema. Soy académico, un honrado y respetado académico del IEPU. No pueden arrestarme. Será castigada por esto, camarada Rubyna Constanza, cuando yo regrese a la Tierra. Exijo que se nos informe de los cargos.

Takeido lloraba, llamándola por su nombre.

—Cálmese, Ian Takeido —dijo Constanza con severidad—. Está usted dando muestras de culpabilidad, como se puede apreciar con claridad. Los otros deberán testificar acerca de sus largas diatribas contra el Estado, que serán castigadas con la pena máxima. En cuanto a los demás... —levantó su dedo para señalar sucesivamente a Sygiek, Kordan y Dulcifer—. Estas tres personas han acudido a este planeta con propósitos subversivos. Son miembros de una célula y comparten la posesión ilegal de un arma, como será testificado.

Burek agitó su puño.

—¡No se olvide de mí en su exhibición, maldita bruja! Apoyo a mis camaradas. Odio a la PRU tanto como ellos, y quiero ser castigado con ellos.

—¡Silencio! —estalló Gastovich.

—Los cargos contra estos criminales... —dijo Constanza, su voz se volvió vacilante en la continuación—. Los cargos contra estos criminales incluyen



conspiración, sedición, lógica hostil, procesos de pensamiento deformados, aplicación errónea de la historia, libre discusión de materias clasificadas, traición al partido, pesimismo, confabulación con traidores e intento de conspirar con capitalistas degenerados con la pretensión de tomar el control de este planeta. Los cinco son enemigos del Sistema... ¡Manténgalos estrictamente vigilados!

Se tambaleaba mientras hablaba. Gastovich la sujetó. Ella hizo un gesto irritado hacia los oficiales del EMU, que vacilaban. También los soldados se habían detenido delante de los cinco acusados, apiñados en el último escalón del acceso al templo.

—¿Qué esperan? ¡Arresten a esta escoria!

En ese momento Dulcifer tenía entre sus manos la pistola. Apartó a Sygiek y extendió su brazo con el arma firmemente sujeta, apuntando al negro atuendo del oficial de la Policía de la Razón.

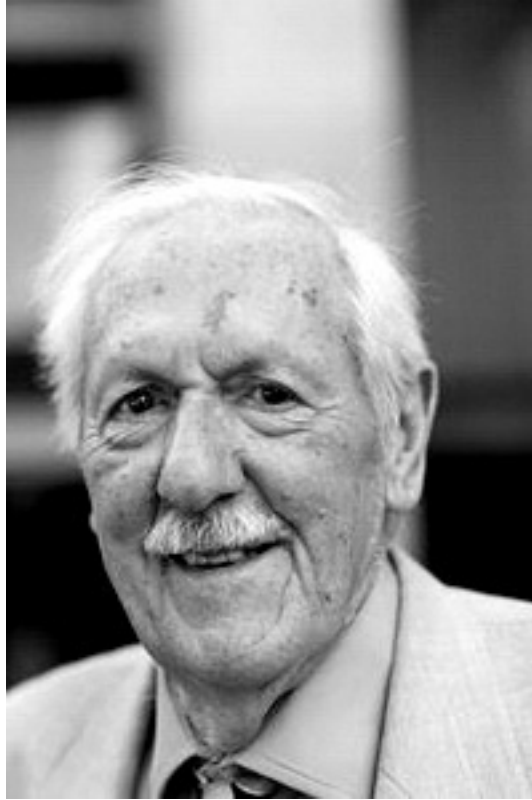
—Quédense todos donde están, o ese pedazo de mierda morirá. Oficiales del EMU, ustedes son hombres honorables, les pregunto...

Sonó un disparo. Un oficial de la tercera nave rastreadora había hecho fuego desde su cadera. Dulcifer se derrumbó en brazos de Millia Sygiek, soltando el arma para aferrarse a su hombro. Los soldados corrieron hacia ellos.

Indiferente a las voces y los gritos, Gastovich hizo una inclinación hacia Constanza. Señaló con un gesto hacia su vehículo.

—Los prisioneros pueden viajar en una de las otras naves. Acompañeme usted, por favor. Ha hecho un buen trabajo, y será recompensada por él. Ahora, cuanto antes regresemos a la civilización, mejor.

Los cinco prisioneros fueron empujados o arrastrados hacia los otros aparatos. Los motores se pusieron en marcha, los vehículos giraron en perfecta formación, abandonaron la caverna, atravesaron los túneles y penetraron en la noche de Lysenka II.



BRIAN WILSON ALDISS (Norfolk, 1925). Escritor inglés de ciencia ficción, es uno de los principales representantes de la llamada Nueva ola de la ciencia ficción británica. Tras terminar sus estudios es llamado a filas por el ejército británico durante la Segunda Guerra Mundial.

Cuatro años más tarde pudo dejar la vida militar, y halló trabajo como librero, mientras empezaba a escribir relatos y poco a poco iba interesando al público gracias a su participación en varias revistas y al ganar el primer premio del popular certamen de cuentos del periódico *The Observer*. Su primer libro publicado, *The Brightfount Diaries*, apareció en 1955, el mismo año en que nació su primer hijo, Clive. A partir de dicha publicación, surgieron cada vez más relatos y novelas de su pluma, especialmente de ciencia ficción. Fue uno de los mayores propulsores de la nueva ola de dicho género, que abogaba más por un interés artístico y narrativo que por el tecnológico y simplista de las novelas pulp.

Abandonó su oficio de librero para dedicarse por completo a la escritura y al periodismo literario. En 1962 obtuvo el Premio Hugo a mejor relato por la serie de *Invernáculo*, en 1965 recibió el Nébulas a mejor relato por *El árbol de saliva* y en 1982, el John W. Campbell Memorial por *Heliconia Primavera*. En 2005 fue ordenado Caballero del Imperio Británico.